

EL TEATRO  
MODERNO



E. VILCHES

*Francisco Villa expresa*  
BOLIVAR

1930  
ESTO

Saga



R 42.420  
BIBLIOTECA  
N.º 1000

# EL TEATRO

MODERNO

Director: LUIS URIARTE

Francisco Villaespesa

## BOLÍVAR

POEMA ROMÁNTICO

ORIGINAL Y EN VERSO EN UN  
PRÓLOGO Y TRES ACTOS



PRENSA MODERNA  
MADRID

## PERSONAJES

Josefina Machado.	Zingarello.
Fanny Trobiani de Vihars.	El mulato Machado.
La Golondrina.	Don Pedro Machado.
Mari-Juana.	Luigi Aldoni.
Hipólita.	Cosimo.
Matea.	Giacomo.
La ciega.	El cabo Trujillo.
La viuda.	Jacinto, el ciego.
La huérfana.	Tomás Sánchez.
Una niña.	Mateo, el seminarista.
Simón Bolívar.	Carlota Torres.
Don Simón Rodríguez.	Agustín, el mulato.
Fernando de Toro.	Jose Antonio, el zambo.
Mariano Montilla.	Guernsando Lopez.
José Félix Ribas.	Gonzalo.
Vicente Campo Elias.	José.
Anastasio Girardot.	Pío.
Rafael Urdaneta.	El anciano.
Juan Nepomuceno Quero.	Hombre primero.
Giovanni Bianchi.	Hombre segundo.
El marqués de Casa León.	Preso primero.
Don Domingo Monteverde.	Preso segundo.
Fray Félix de Sosa.	El lazarillo.
Don Francisco de Iturbe.	Mendigo primero.
Bernardo Muro.	Mendigo segundo.

Mendigos romanos, frailes dominicanos, sacerdotes, monaguillos, soldados, oficiales patriotas, soldados y oficiales españoles, esclavos, presos, hombres, niños y mujeres del pueblo.

La acción del prólogo, en Roma, 1805. Los tres actos restantes, en Caracas y en una hacienda del camino de Valencia a Puerto Cabello, por los años de 1812 a 1813.

## PROLOGO

La cima del Monte Aventino. A la izquierda, el atrio de la iglesia de Santa María. A la derecha, las ruinas mármóreas del templo de Diana. En el centro de la escena, un pedestal del más puro estilo jónico. Junto al pedestal, una columna tronca. El verdor glorioso de los laureles prestigia los escombros de tantas grandezas mutiladas. La lozanta desbordante de las hiedras y el encanto pagano de las vides alegran la palidez dorada de los mármoles sacros. Al fondo, la eternidad augusta de Roma, glorificada por la apoteosis solar de una tarde de mayo. Una urna sepulcral, que las lluvias primaverales han colmado de agua, muestra aún, en sus bajo-relieves leprosos, los torsos robustos y las siluetas ágiles de los sátiros y las ninfas de una familia clásica, al amparo de un grupo de cipreses. Y la azul serenidad de los cielos, la blancura dorada de las piedras evocadoras y el verdor perenne de los árboles y de las plantas gloriosas parecen coronar con el más heroico ensueño la pompa mística y cesárea de la ciudad lejana

## ESCENA I

*Giacomo, Cosimo, Zingarello, Mendigos y Voces monjes*

*(Al alzarse el telón, por las puertas de la iglesia de Santa María trasciende un perfume místico de incienso, de cera y de flores. Se escucha la música solemne del órgano, acompañando las voces claras y primaverales de las monjas, que entonan la pagana invocación de las flores de mayo. Algunos mendigos, de rodillas, en el atrio, con las manos tendidas, parecen estatuas orantes. Son ciegos, mutilados y ancianos; pero a pesar de sus harapos y de sus vejezes, tienen la orgullosa serenidad, la línea severa y clásica de los apóstoles y de los santos escul-*

*pidos en la fachada de la iglesia. Giacomo y Cosimo conversan sentados en el pedestal. Zingarello toma el sol, voluptuosamente reclinado sobre el musgo, bajo los cipreses, cerca de la urna funeral. Es un adolescente ágil y fuerte, de rostro pálido y cabellos enmarañados, que pudo haber servido de modelo a Donatello para la belleza inmortal de su "San Juan Bautista". Cosimo y Giacomo, con sus rostros nobles y austeros y sus barbas fluviates, no desentonarian entre los apóstoles de "La Cena" maravillosa del divino Leonardo.)*

VOZ. *(Cantando dentro a los compases del órgano.)*

¡Las flores más bellas  
que orvalló la aurora,  
ofrendad, doncellas,  
a Nuestra Señora!...

¡Los lirios más blancos, las rosas mejores,  
porque Ella es la santa madre de las flores!...

CORO. *(También dentro.)*

¡Los lirios más blancos, las rosas mejores,  
porque Ella es la santa madre de las flores!...

COSIM. ¡Con épocas como ésta,  
quién nuestra Roma conoce!...

GIACO. ¡Malos años!...

COSIM. ¡Y tan malos,  
que te juro por San Cosme,  
que desde que el Tiber copia  
en sus cristales las torres  
y las murallas que ciñen  
la mejor ciudad del orbe,  
no hubo tiempos tan mezquinos  
como los tiempos que corren!...

GIACO. ¿Dónde está el fausto y la pompa  
de las viejas procesiones?...  
A contemplarlas venían,  
desde sus lejanas cortes,  
largos cortejos de príncipes,  
de reyes y emperadores!...  
Descalzos, y cirio en mano,  
tras el Pontifice, entonces,

iban varones y damas  
de las estirpes más nobles;  
y hoy, tras las santas imágenes,  
sólo caminan los pobres,  
con las manos extendidas,  
pidiéndole al cielo, a voces,  
la piedad de las limosnas  
que aquí les niegan los hombres!...

COSIM. ¡Tiembra en sus ejes la tierra;  
se desploman las naciones;  
ruedan cabezas de reyes  
de la guillotina al golpe;  
y en los templos se asesina  
a los santos sacerdotes!...  
Y el mundo está tan revuelto  
con tantas revoluciones  
y con tantas herejías,  
que parece que se oye,  
como tempestad que truena,  
del Anticristo el galope...

GIACO. ¡Napoleón Bonaparte  
es el Anticristo!... ¡Donde  
su corcel, como el de Atila,  
los ferrados cascos pone,  
hasta la hierba se seca!...  
Rey de Italia coronóse  
en Milán, y, según dicen,  
arrebatarse propone  
su tiara al Santo Padre;  
¡y ha jurado, por los dioses  
infernales, que de Roma  
no habrá de dejar ni el nombre!...

COSIM. ¡Roma es Roma!... ¡Y ay del que osado  
siquiera una piedra toque  
de sus muros! ¡Cuando el mundo  
desquiciado se desplome,  
sólo en pie quedará Roma  
con sus templos y sus torres,  
para testiguar al cielo  
que en la tierra ha habido hombres!...  
¡Así se lo ofreció Cristo

a San Pedro cuando dióle,  
con las llaves de la iglesia,  
poder sobre todo el orbe!...

ZINGA. *(Sin moverse, tendido sobre el musgo, con las manos cruzadas bajo la naca, una pierna estirada y la otra en arco, en un gesto esultórico de gladiador moribundo, y con las negras pupilas voraces absortas en la visión maravillosa de la ciudad lejana.)*

¡Tienes razón!... ¡Roma es Roma!...  
¡Por eso es más digno y noble  
ser un mendigo romano  
que ser rey en otra corte,  
pues Roma no hay más que una,  
y reinos hay a millones!...

GIACO. ¡Bien hablado, Zingarello!...

COSIM. ¡Mancebo, bien se conoce  
que te amamantó en sus ubres  
la eterna loba de bronce!...

ZINGA. Nacer de padres romanos  
es más que nacer de dioses,  
porque los dioses se borran,  
y a Roma no hay quien la borre!...  
*(Pequeña pausa. Vuelve a resonar el órgano. El adolescente permanece inmóvil, con los ojos clavados en el azul, como si quisiera absolver por ellos toda la gloria y la luz de la campiña romana.)*

GIACO. *(Observando entre las ruinas del templo de Diana.)*

Gente viene hacia la iglesia...

COSIM. Pues al oficio, que el padre  
mendigo, que de su oficio  
el menester no conoce,  
se expone a morir de hambre  
con estos tiempos que corren!  
*(Se dirigen hacia el altar, a reunirse con sus compañeros. Zingarello continúa inmóvil, tendido en el musgo.)*

VOZ. *(Cantando dentro a los tonos del órgano.)*

¡De Nuestra Señora sobre los altares,  
ofrendad, doncellas, lirios y azahares!...  
¡Pero son mejores  
ramos de almas puras que ramos de flores!...  
CORO. ¡Pero son mejores  
ramos de almas puras que ramos de flores!...

## ESCENA II

*Dichos, Giovanni Bianchi y Luigi Aldoni.*

*(Bianchi y Aldoni penetran por la derecha, conversando. El primero, bronceado y fuerte, es la encarnación perfecta del corsario mediterráneo. Viste pantulón bombacho azul, chaleco y chaquetilla orientales con bordados de oro. Por la abertura de la camisola muestra la rizosa y áspera pelambre del pecho. Entre los pliegues bermejos de la faja de seda fulguran el pomo de un puñal y la culata de una pistola, con incrustaciones y arabescos de plata. Calza botas de agua y ostenta en la oreja derecha un ancho y fino zarcillo de oro. El cabello tiengo y enmarañado ciñe sus sienas como un turbante de sombra. Puma golosamente su larga cachimba marina. Aldoni es fino, sutil e insinuante. Lleva con decoro su librea de lacayo de casa grande, y muestra aún la peluca empolvada de a últimos del siglo XVIII.)*

BIAN. ¿Y es generoso el indiano. ?  
ALDO. ¡Tira el oro a manos llenas!  
No hay pólvora a quien no acorra,  
ni hermosa que no proteja;  
y es, por su porte y boato,  
asombro de Roma entera...!  
Al salir del Vaticano  
esta mañana, a la puerta  
topóse con un mendigo,  
y como en su faltriguera  
no encontrase una piastra,

quitóse de la pechera  
la esmeralda más hermosa  
que ojos de mortales vieran,  
y la entregó, sonriendo,  
a la mano pedigüeña...!

BIAN.

¿Y es noble...?

ALDO.

¡Sangre de príncipes  
en la sangre de sus venas...!  
El embajador de España  
le estima y le considera;  
y de par en par abrieron,  
para obsequiarle, sus puertas,  
los más insígnies salones  
de nuestra rancia nobleza;  
nobleza que a muchos reyes  
no diera puesto en su mesa...!

BIAN.

¿Y es bravo...?

ALDO.

¡Como un jabato...!  
¡Su brazo y su gentileza  
no conocieron rivales  
en lances de amor y guerra...!  
Y en el tapete del juego  
no hay quien a luchar se atreva  
con quien pierde sonriendo,  
como si nada perdiera,  
mil ducados a una carta,  
y de nuevo el doble juega!

BIAN.

¿Y hace mucho que le sirves...?

ALDO.

Hace dos meses apenas;  
mas le estimo de tal suerte,  
que por él la vida diera...!

BIAN.

¿Y de mí qué necesitas...?

ALDO.

Fletar un barco desea,  
para zarpar no sé dónde...  
Mas una nave que tenga  
siete cañones por banda,  
y tripulación que sea  
capaz de abordar a Nelson  
y colgarle de una cruz...!

BIAN.

¿El precio...?

ALDO.

¡No pone tasa...!

BIAN. *(Con intención.)* ¿Es lance de amor o guerra...?

ALDO. El amor pinta en el juego  
si no fallan mis sospechas!...

BIAN. ¿Y es la paloma...?

ALDO. *(Bajando la voz y señalando la iglesia de Santa María.)*

Una dama

que en ese claustro se hospeda,  
por no sé qué parentesco  
que tiene con la abadesa...!

BIAN. ¿Y quién es...?

ALDO. ¡Su nombre ignoro...!

¡Sólo sé que es extranjera;  
que es hermosa como un ángel  
y noble como una reina...!

BIAN. ¿Y hemos de zarpar de Ostia...?

ALDO. Mañana, con las primeras  
claridades que en las ondas  
difunda la luna llena...!

BIAN. Pues contar puedes conmigo  
y con mi nave, ya hecha  
a cruzar el Oceano...

Africa, Europa y América  
ya conocen mis hazañas  
y saben que no hay galera  
que cazar logre a la mía,  
cuando tendidas las velas,  
surca bizarra las olas  
a la luz de las estrellas...!

ALDO. *(Reparando de pronto en Zingarello y dándole con el pie.)*

¿Qué haces, Zingarello...?

ZINGA. *(Levantándose de un salto, con un desprecio felino, e inclinándose ante Aldoni.)*

Espero

a que llegue Su Excelencia,  
vuestro amo, que es el hombre  
más rumboso de la tierra...!

BIAN. Lindo mozo, ¿en qué te ocupas...?

ZINGA. Soy tañedor de vihuela;  
modelo de los pintores;

mandadero de esta iglesia;  
y la cigarra de Roma  
me llaman, pues, según cuentan,  
paso la vida cantando...

BIAN.  
ZINGA.

¿Y ser marino quisieras?  
¡A vivir lejos de Roma,  
prefiero morir en ella...!

*(Reparando en el movimiento de los mendigos del atrio y dirigiéndose a Aldoni.)*

Aquí viene vuestro amo...

*(Corre hacia la derecha y se inclina cortésmente ante Bolívar, que, seguido de don Simón Rodríguez, aparece entre las ruinas del templo de Diana.)*

¡Dios conserve a Su Excelencia...!

### ESCENA III

*Dichos, Simón Bolívar y don Simón Rodríguez.*

*(Los mendigos del atrio, en actitud implorante, se vuelven a los recién llegados. Bolívar cuenta apenas veintidós años, estatura correcta, delgado, ágil y esbelto. La frente amplia y alta, el rostro largo y ovalado, el color blanco y pálido, la nariz recta y dominadora, los labios gruesos y sensuales, los ojos negros y profundos, las cejas pobladas e intensas y los rizos finos y crespos, todo en él revela agilidad y energía, imperio y voracidad, dulcificados por un displicente y melancólico aire romántico. Elegancia suprema, aunque un poco recargada de oro y de joyas. Colores claros y suaves. Capa española del más fino paño. Oro en la empuñadura de su espada, en las hebillas de sus zapatos, en la cadena y en las botonaduras de su traje. Esmeraldas en la pichera. Las cortinas agaban sus manos aristocráticas, blancas y cuidadas como las de un pontífice. Diríase un primer adolescente de Van Dyck, vestido con traje directorial. Don Simón Rodríguez tie-*

*ne treinta y cuatro años, pero representa diez más. Musculatura recia, su frente alta, sus sienas descarnadas, su nariz larga y aguileña, su boca grande, sus ojos acerados y su recta mandíbula, evocan el boceto hecho a golpes de escopio de un busto romano. Casacón verde oscuro de amplio faldamento, sobre un chaleco de seda rameado que le cae hacia los muslos. Calzón de tripe. Calcetines negros, y grandes zapatos con hebilla de plata. Corbatín blanco, gorro frigio de seda, negro, y lengua capa parda de paño de San Fernando. Usa largas patillas castañas, anteojos redondos de carey. Lleva un libro: el "Emilio", de Juan Jacobo Rousseau, en el cónca y debajo del brazo.)*

*(A Bolívar, a quien cercan los mendigos.)*

Santa María del Aventino,  
da al camnante buen camino;  
librale del puñal asesino;  
su casa y su hacienda prospera;  
aumentále la buena suerte,  
y que en la hora de la muerte  
te tenga a ti por compañera...!

GIACO.

¡Santa Sabina,  
dale la rosa sin espina;  
que nunca le falte un abrigo,  
ni se cansé su campo de dar trigo  
ni su molino en dar harina...!

CIEGA.

¡Libra a sus ojos, Santa Lucía,  
de que les falte la luz del día...!

ROLI.

*(Displícitamente arrojándoles un bolsillo con monedas de oro.)*

¡Tomad, y basta de letanias...!

*(Los mendigos le besan las manos y se alejan, repartiéndose el tesoro detrás del atrio. A lo lejos se va extinguiendo la monofonía lagrímica de sus bendiciones.)*

MENDI.

--¡Préstale amparo, Virgen María!

--¡Que no le falte oro ni amor!

--¡Que su sendero siempre esté en flor...!

—¡Tu gloria eterna, dale, Señor...!  
*(Desaparecen por la izquierda. Bolívar les contempla sonriendo. Aldoni se le aproxima, seguido de Bianchi.)*

#### ESCENA IV

*Bolívar, Don Simón Rodríguez, Bianchi, Aldoni y Zingarello.*

- BOLI. Zingarello, ¿qué noticias...?  
 ZINGA. *(Bajando la voz.)*  
 ¡Que en este lugar le espera,  
 cuando, al terminar las flores,  
 cierren del templo las puertas...!
- BOLI. *(Dándole una moneda de oro.)*  
 ¡Truco en oro tus noticias,  
 aun cuando valen más ellas...!
- ZINGA. *(Después de contemplarle con gran respeto.)*  
 ¡Lástima que no seáis  
 romano...!
- BOLI. *(Sonriendo.)*  
 ¿Por qué?
- ZINGA. Excelencia,  
 porque un romano no puede  
 servir a gente extranjera;  
 y si vos fuerais romano,  
 con gran placer os sirviera...!
- SIMON. ¡Ni Cicerón el retórico,  
 ni el panegirista Séneca,  
 nunca elogiaron a Roma  
 con tan sencilla elocuencia...!
- ALDO. *(Presentando a Bianchi.)*  
 ¡Bianchi, el armador del buque...!
- BIAN. ¡Y un amigo que desea  
 servirnos hasta la muerte...!
- BOLI. *(Examinándole de una ojeada y como complacido del examen.)*  
 ¿Podremos tender las velas...?
- BIAN. ¡Mañana mismo, si os place...!  
 ¡En Ostia mi barco espera...!

- BOLI. Aldoni esta misma tarde  
os precisará la fecha...!  
*(A un gesto de Bolívar, Aldoni y Zingarello se apartan junto a las ruinas.)*
- SIMON. *(A Bolívar.)*  
¡Vamos, cuénteme la historia,  
que me muero de impaciencia...!  
El embajador de España  
dicen que cundió la nueva,  
y a estas horas no se habla  
de otra cosa en Roma entera...!
- BIAN. *(Intentando retirarse.)*  
Si estorbo...
- SIMON. *(Conteniéndole.)*  
¡No, capitán...!  
¡Esa historia os interesa,  
para conocer el temple  
del alma orgullosa y férrea  
que se oculta bajo tanto  
terciopelo y tanta seda...!
- BOLI. ¡Pues bien; el caso es sencillo...!  
Quise conocer de cerca  
al Soberano Pontífice;  
pedile para ello audiencia;  
concedióla esta mañana,  
y en unión de Su Excelencia,  
el embajador de España,  
en mi dorada litera,  
el umbral del Vaticano  
traspuse por vez primera...!  
En su silla gestatoria  
miré al Padre de la Iglesia...  
Doblé al punto las rodillas,  
bajé humilde la cabeza;  
pero en lugar de besarle  
—como es de precepto y regla—  
la cruz de oro que, prendida,  
en una sandalia ostenta,  
mi labio besó su anillo  
con profunda reverencia...

—¡Besad la cruz!—a mi oído  
 murmuraron en voz queda...  
 Y yo, mi voz elevando  
 para que todos la oyeran,  
 les repliqué: —¡En tal sitio  
 besar la cruz fuera mengua  
 para el signo que, orgullosos,  
 sobre sus coronas llevan  
 en la frente, los más altos  
 soberanos de la tierra...!  
 —Todos se quedaron mudos  
 de asombro con mi respuesta...  
 Sonrióse el Santo Padre,  
 y, haciendo tres reverencias  
 sombrero en mano, escurri-me  
 tras el tapiz de una puerta...!  
 Y aquí termina la historia  
 que en salones y en tabernas,  
 por las calles y las plazas  
 toda la ciudad comenta...!

BIAN. (*Con entusiasmo.*)

¡Gesto propio de un romano  
 de otros tiempos...!

SIMON. (*Abrazando paternalmente a Bolívar.*)

Bella réplica,

digna de que, para ejemplo  
 de las gentes venideras,  
 con caracteres de oro

se esculpiese en bronce y piedra...!

(*Resuena el repiqueteo sonoro y alegre de una  
 pandereta. Todos se vuelven hacia el atrio, por  
 donde aparece danzando la frágil y alada silue-  
 ta de la Golondrina.*)

ZINGA. (*Sin poder reprimir su entusiasmo, corriendo  
 hacia el atrio.*)

¡Se acerca la Golondrina  
 tocando su pandereta...!

## ESCENA V

*Dichos y la Golondrina.*

*(La Golondrina penetra danzando en la escena. Es fina, bella y ágil. Viste corpiño y saya tan violentamente rojos, que parecen envolverla en llamas. La cabellera suelta por la espalda humea sombras en los revueltos de la danza. Collares de coral y de granates se enroscan a su garganta. Casquete oriental y medias azules, sible, cimbreando el talle de palmera, guantán puro, que parece desprendida de un medallón de bronce antiguo. Morenez de mármol glorificado por los siglos. Avanza rápida y flexible, cimbreando el talle de palmera, girando sobre la punta de los pies ingravidos de puro ágiles. La pandereta de cuero, con sonajas de plata y lazos de seda roja, parece una cosa viva en sus manos. Se eleva, desciende hasta el suelo; se alza de nuevo; cae sobre la espalda; a veces se detiene, inmovilizada de voluptuosidad, sobre los senos, repiqueteando siempre, estremecida en temblores metálicos, hasta desfallecer en una agonía argentina.)*

SIMON. *(Mientras danza la Golondrina.)*

¡Es como una alegoría  
de la eterna Primavera!...

ZINGA. *(Siguiendo con sus ojos de lebril los revuelos de la danza.)*

¡Parece que tiene alas,  
y que cuando danza, vuela!...

SIMON. Se va a quebrar, como un lirio  
de cristal... Y se dijera

que un suspiro de la brisa  
la puede tirar por tierra!...

*(La danzarina se apoya en un arco trunco, agitando suavemente la pandereta, tendida, como implorando una limosna. Bolívar, que la ha contemplado danzar, recogido en su silencio, como en un ensueño, se le acerca y le vacía su bolsa.)*

*Todos la rodean. Los ojos grandes y negros de Zingarello se rasgan en la voracidad de contemplarla, de no perder un movimiento de la Tanagra alada.)*

BOLI.

A los ojos nostálgicos de la gloria pasada  
entre los viejos mármoles de este lugar sugieres  
la estatua de una diosa recién desenterrada,  
que busca entre las ruinas su pedestal... ¿Quién eres?  
*(La voz estridente y dominadora se dulcifica en la evocación. Los ojos llamean al absorber el encanto embriagador de la belleza antigua.)*

GOLON. *(Recostada en la columna, con la pandereta, como si fuera un nido, sujeta con las manos sobre el seno. Su acento tiene una frescura catarina del agua corriente, y de todo su ser se difunde como una primavera musical, luminosa y fragante.)*

¡Soy un soplo de brisa que perfuma la siesta  
con las líricas rosas de estival serenata;  
pandereta de oro que prende en la florista  
el cairel de sus claros cascabeles de plata!...  
¡Soy el eco perdido de una voz que te nombra;  
la ilusión que en tus sueños se deshoja en jazmines;  
el rayito de luna que ilumina tu sombra,  
y el ruisenior que alegra tus nocturnos jardines!...  
¡Soy el hada madrina que custodia la puerta  
de un palacio encantado; la alegre golondrina  
que en las floridas rejas de tu ventana trina,  
y al rozar con sus alas tu cristal, te despierta!...  
No conozco mis padres ni sé dónde he nacido;  
quizás en el recodo de alguna carretera,  
mientras sobre el silencio del campo adormecido  
se enojaba de rosas la rubia Primavera  
y la alondra sus trinos en el azul rompía,  
y se irisaba en perlas la fresca catarata,  
¡y la última estrella sobre la mar caía,  
cual lágrimas de oro sobre un vaso de plata!...  
Me llaman Golondrina, porque mi vida ha sido  
un constante y alegre volar de clima en clima...  
¡Las palmas del desierto cobijaron mi nido,

y he hollado con mis plantas las nieves de la cima! ..  
 Las nubes que se pierden en el azul; las naves  
 que pasan; el rocío fugaz de las mañanas;  
 las olas que se alejan sin retorno, y las aves  
 que emigran y no vuelven, ¡esas son mis hermanas! ..  
 Ciudades y caminos me son indiferentes...

¡Y así pasa mi vida, alegremente inquieta,  
 mientras danzan, gruñendo el marfil de sus dientes,  
 los osos, al vibrante son de mi pandereta! ..

BOLL. *(Como embriagado por las palabras de la errabunda.)*

Más que un acento humano, tu voz es un conjuro;  
 es algo misterioso, como un presentimiento,  
 que viene del pasado, camina hacia el futuro,  
 y pasa por las almas como un soplo de viento! ..  
 ¡Qué bien te sienta el nombre que llevas, Golondrina!  
 ¡Ay, Golondrina, ese nombre qué bien te sienta,  
 pues parece que arrancas con tu voz tanta espina,  
 como al crucificado corazón ensangrienta! ..

¡Oyéndote, el sol brilla, la tempestad se calma;  
 porque de tus sonoras piedad al abrigo,  
 parece que nos brotan dos alas en el alma  
 que se abren impacientes para volar contigo! ..  
 ¡Quién pudiera, bohemio, seguir tu caravana! ..

Por valles y por montes vagar eternamente,  
 gozando entre tus risas las glorias del presente,  
 sin pensar dónde iremos a descansar mañana! ..

GOLON. *(Súbitamente seria, con la voz lenta y suave como si describiera un misterio.)*

Nació la golondrina para tender sus vuelos  
 sobre ramas y aleros, por campos y ciudades,  
 y el águila ha nacido para escalar los cielos  
 y desplegar sus alas contra las tempestades! ..  
 El fuego de cien soles en tus ojos fulgura,  
 y extinguirle las nubes intentarían en vano! ..

*(Dejando de súbito la pandereta y la bolsa sobre un pedestal, y aproximándose a Bolívar, insinuante y ágil.)*

Te diré los secretos de la buenaventura  
 si a mis ojos le ofreces la palma de tu mano.

*(Tiende, a las manos de Bolívar, sus manos*

*morenas, que transparentan al sol, como si fueren labradas en ámbar.)*

BOLI. *(Rechazándola suavemente.)*

Toma tu ovisa, y sigue, cantando, tu camino,  
que bien vale ese oro el oro de tu risa!...  
No me tienta el enigma que encierra mi destino!...  
¡Mi vida es una rosa que deshojó la brisa!...

GOLOS. *(Insistiendo, teniéndolas las manos trémulas, como si quisiera escudriñar algo oculto, y fija las pupilas en los ojos de Bolívar, como intentando descifrar un misterio.)*

¡Dame la mano, y calla! ¡Quien sabe si mañana,  
al mirar tu destino cumplido, tendrás una  
sonrisa para esta vagabunda gitana  
que preujó las glorias de tu buena fortuna!...

BOLI. *(Atajándola, con una amarga sonrisa en los labios y una sombra dolorosa en los ojos.)*

¿De mi buena fortuna? ¡Tan buena fué la mía,  
fué tan avara en bienes y tan prodiga en daños,  
que hasta por las inmundas llagas de Job daría  
las inútiles rosas de mis veintidós años!...

GOLOS. *(Gravemente, imponiéndole silencio. Todos la cercan. Las pupilas arden de ansiedad. Zingarello tiembla, como si un misterioso escalojro recorriese su cuerpo. Solo Bolívar permanece sonriendo, con una amarga sonrisa desdénosa. La tarde tiende sobre los mármoles, las vides y los cipreses, las divinas transparencias de sus velos de oro.)*

¡No es estéril ninguna humana pesadumbre!...  
¡Aquél que abrió tu llaga sabe por qué la ha abierto!...  
¡Dios labró las cavernas en medio de la cumbre,  
y floreció el oasis en mitad del desierto!...

*(Le toma entre sus manos trémulas la mano izquierda. Se inclina como para cumplir un rito y permanece como absorta en una visión lejana, contemplando las tincas de la palma. La ansiedad aumenta.)*

BOLI. *(Impaciente por que se rompa el silencio circundante.)*

¡Aquí tienes mi mano!... ¿Qué contemplas en ella, para que así el espejo de tus ojos se asombre?...

GOLON. *(Como transfigurada, alzando bruscamente los ojos, y con la voz profunda y extraña, como si viniese de un mundo lejano.)*

¡No habrá estrella que eclipse el fulgor de tu estrella, ni habrá gloria que iguale la gloria de tu nombre!...

*(Bolívar no puede contener un gesto desdeñoso. La Golondrina vuelve a inclinarse sobre la palma de la mano. La examina casi con religiosidad, siguiendo los complicados jeroglíficos de sus líneas. Después dobla la mano por la muñeca y observa los pliegues que forma al doblarse. Alza de nuevo la testa. Se reconcentra en una contemplación interior con tal violencia, que se siente crujir toda, como si fuera a desgarrarse. Su rostro palidece; los ojos se cierran... Y luego, después de una pequeña pausa, se pasa las manos por la frente, y su voz se derrama sobre el silencio y la ansiedad de todos, con la impasibilidad monótona de un decreto del destino.)*

Cinco veces los mares has de surcar... Y, luego, pastor de un indomable rebaño de leones, con tu espada de llamas y tu verbo de fuego, como Dios creó el mundo, crearás cinco naciones!...

Tocarás con tus sienes las celestes esferas, y se hundirán tus plantas más allá del abismo!...

Lucharás contra todos: los hombres y las fieras, con la Naturaleza, y hasta contigo mismo!...

Tras haber realizado la más gloriosa hazaña que los siglos han visto, en la hora de tu muerte, pobre y desamparado, en una casa extraña, no encontrarás ni una camisa que ponerte!...

BOLÍ. *(Volviéndole desdeñosamente la espalda.)*

¡Qué mal adivinaste mis sueños, Golondrina!...

¡Qué mal adivinaste!... ¡Ni grandezas ni honores!...

Ni la gloria me atrae, ni el poder me fascina, y ambas cosas las diera por un beso de amor!...

GOLON. *(Deteniéndole con la voz profundamente conmovida.)*

¡Será en vano!... ¡Tu hora del amor ya ha sonado!...  
 El beso que nos hace temblar hasta en los huesos,  
 ese beso infinito tus labios ya lo han dado!...  
 ¡Y ese beso no pueden borrártelo otros besos!...

*(Bolívar se vuelve ansiosamente. Se le ve un instante temblar, palidecer de espanto, como si en pleno pecho se le abriese, de súbito, una herida mal cerrada.)*

BOLI. ¿Qué dices, Golondrina?...

GOLON. *(Con la voz rota en sollozos.)*

Que en unos dulces ojos  
 desvanecerse has visto el fulgor de tu estrella;  
 ¡y al sepultar, llorando, sus tenebres despojés,  
 tu corazón por siempre sepultaste con ella!...

BOLI. *(Haciendo un esfuerzo supremo por contener los sollozos que le ahogan la garganta.)*

¿Quién te lo ha dicho?... ¡Dime!...

GOLON. ¡Como en un libro abierto,  
 he leído, en las líneas de tu mano, tu historia!...  
 ¡Si para los amores tu corazón ha muerto,  
 aún te queda un consuelo: vivir para la gloria!...

*(Bolívar se aleja del grupo y se apoya en el arco para disfrazar su turbación contemplando el panorama de la ciudad, que empieza a resplandecer en la apoteosis dorada de la tarde. Su mano izquierda se abre bajo el cuello, como si quisiese estrangular sus sollozos, y el índice de la mano derecha sella su labio superior con el signo del silencio. Simón Rodríguez y Giovanni Bianchi se aproximan más a la Golondrina, mientras Zingarello la contempla, queriendo devorarla con sus grandes ojos voraces, y Luigi Aldoni permanece inmóvil, respetuosamente separado del grupo.)*

SIMON. *(Tendiéndole la mano a la Golondrina.)*

Y mi mano, ¿qué dice?

GOLON. *(Después de examinarla, como herida de esfuerzo.)*

¡Qué andarás tu camino,  
y morirás de viejo!...

*(Le suelta la mano.)*

SIMON. Conforme con mi suerte,  
con tal que no me falte, en la hora de mi muerte,  
unos amantes labios y un vaso de buen vino!...

*(Saca una moneda y se la entrega a la Golondrina.)*

¡Que los Dioses te escuchen!...

BIAN. *(Tendiéndole también la mano.)*

Y mi mano, ¿qué augura?...

COLON. *(Después de examinarla, con la voz áspera de fatiga.)*

¡Apñarás riquezas y tendrás poderío!...

¡Mas morirás colgado del mástil de un navío!...

*(Bianchi no puede contener un estremecimiento de terror, y sus manos se crispan de ira para estrangular a la gitana.)*

*(Recuperando de pronto su alegría y su volubilidad, recogiendo su pandereta y su bolsillo, y haciendo una gentil reverencia.)*

¡Gracias, nobles señores!... ¡Ya la buenaventura

les dije a cada uno!... Con la bolsa repleta,

esta pobre bohemia, al azar se encamina;

¡y cantando, al vibrante son de su pandereta,

lo mismo que ha venido se va la Golondrina!...

*(Vibra alegremente el pandero, y se pierde, bajo el atrio, cantando y bailando, mientras todos permanecen absortos y ensimismados en sus presagios. Sólo los ojos de lebril de Zingarello siguen los revuelos bermejos de su falda.)*  
*(Cantando.)*

Porque volar me gusta

de clima en clima,

todo el mundo me llama

la Golondrina.

Soy libre como el viento,

y el mundo es mío,

pues siempre habrá un alero

para mi nido.

Por eso sin temores,  
de clima en clima,  
siempre vuela cantando  
la Golondrina!...

*(Desaparece por la izquierda, y con ella parece que se van también las últimas claridades y alegrías de la tarde.)*

SIMON. *(Viendo desaparecer a la Golondrina, como hablando consigo mismo.)*

¡Viajar eternamente!... ¡Que peregrina historia!..

BIAN. *(Simplemente.)*

¡Morir en un navío colgada de una entena!..

BOLI. *(Pasándole las manos por la frente, como para disipar un doloroso pensamiento.)*

¡La espina sin la rosa!... ¡Sin el amor la gloria!..

¡Subir solo el Calvario, sin una Magdalena!...

*(Todos permanecen inmóviles y abatidos con la cabeza entre las manos, mientras se extinguen a lo lejos los últimos compases de la pandereta. Los jales empiezan a salir de las flores de mayo; se les ve perderse a la izquierda, bajo el atrio de la iglesia.)*

## ESCENA VI

*Todos, menos la Golondrina.*

BIAN. ¡Tiene gracia la gitana!

SIMON. ¡Pero a vos os ha dejado  
más pálido que la muerte!..

BIAN. ¡No es muy feliz el presagio!..

¡Yo, si la encuentro en mi nave,  
si que la cuelgo de un palo!..

ZINGA. *(Aproximándose a Bolicar, que aún permanece reclinado en la columna.)*

¡Perdonad, señor! ¡Las puertas  
del templo ya están cerrando!

BOLI. *(Como quien despierta, hablando consigo mismo.)*

Tiene razón Zingatello..

Se acerca el momento... ¡Vamos

a embriagarnos del presente  
para olvidar el pasado!...  
*(Recupera de nuevo su impetuosidad y se dirige  
hacia don Simón Rodríguez.)*

Maestro, se acerca la hora...  
SIMON. Con el capitán en tanto,  
visitaremos las ruinas  
que a este monte le han prestado  
la eternidad de sus broncees  
y el prestigio de su mármol;  
el gran templo de Minerva  
y el palacio de Trajano!...  
Zingarello será el guía  
que nos saque de ese largo  
laberinto de columnas  
y pedestales truncados!...  
*(Se marcha, seguido de Bianchi, Aldoni y Zin-  
garello, por la derecha.)*

## ESCENA VII

*Bolívar y Fanny.*

*(Dan las siete en el reloj de la iglesia. Bolívar  
se aproxima al centro de la escena. Aparece  
en el atrio la elegante y fina silueta de Fanny.  
Viste un rico traje directorio, de colores oscu-  
ros, para realzar más el rubio veneciano de  
sus cabellos y la blancura mate de sus manos,  
de su rostro y de su cuello desnudo. Belleza  
aristocrática, con empaques de reina, y mirar  
nobre y austero de abadesa. Avanza lentamen-  
te, dolorosa y convulsa, retorciéndose de dolor,  
bajo su máscara impasible. Sus ojeras, su pa-  
lidez, y más que nada lo rígido de su perfil,  
denotan el martirio interior que la consume.)*

BOLI. *(Corriendo hacia ella.)*

Te esperaba impaciente... ¡Nunca tuve  
tanta impaciencia al esperar!...

FANNY. *(Rígida como una muerta, con la voz trémula*

*y desesperada, lentamente, dejando caer las palabras, como saboreando su amargura.)*

Y llego

sobre tu cielo azul, como una nube,  
a apagar con mis lágrimas tu fuego!...

*(El llanto se agolpa, por fin, a sus pesaños.)*

BOLI. *(Sorprendido.)*

¿Qué dices, Fanny?...

FANNY. *(Sin poder contenerse.)*

Que la pobre loca,

la que sedienta de pasión, un día,

todas las glorias del amor bebía

en las rojas vendimias de tu boca.

hoy, recobrada la razón, comprende

que un sueño quiso eternizar en vano...

viene a darte su adiós, y, antes, te tiende,

toda bañada en lágrimas, la mano!...

BOLI. ¿Partir intentas?... ¿Dónde?

FANNY. A la amargura

de un hogar sin calor donde reclama

el deber la presencia de una dama

que a tu amor sacrifica su ventura!...

*(Estremecida por la lucha interior, poniendo en sus palabras toda la tristeza y todo el ardor que la devoran.)*

¡Porque te adoro, sí, con tal vehemencia,

que por salvar tu amor de ti me alejo,

aunque en tus manos para siempre dejo

cuanto es aroma y luz en mi existencia!...

BOLI. *(Como dudando aún.)*

¿Te estás burlando de mi amor?... ¿No es cierto que es una burla a mi cariño urdida?...

FANNY. *(Contemplándole fijamente a través de sus lágrimas.)*

¡Pregúntale a las lágrimas que vierto

al darte mi postrera despedida!...

BOLI. *(Tomándole las manos con apasionada solicitud.)*

¿Estás llorando?... ¿Qué dolor te aqueja?...

¿Qué amargura motiva tu quebranto?...

*(Le tiende los labios a los ojos. Ella los cierra.)*

*pálida y estremecida, como si fuera a morir.)*

¡Para santificar mis labios, deja  
que enjuguen, con sus besos, ese llanto  
que al perlar las alburas de tu cuello  
hace tu taz más dulce y más hermosa!...

*(Le besa devotamente los ojos; después la contempla, subyugado por el encanto de su dolorosa belleza.)*

¡Rafael no soñó rostro tan bello  
para pintar su Mater Dolorosa!...

*(La atrae en un abrazo hacia su corazón. Fanny troncha su cabeza tacrimante sobre el hombro de Bolívar, y permanece un instante sollozando. La tarde empieza a declinar en un adiós de oro y de púrpura.)*

FANNY. *(Desfallecida, pugnando por libertarse de sus brazos.)*

¡De esa prisión mi corazón liberta,  
si no quieres que, loca de ventura,  
al descenir tus brazos mi cintura  
me desplome a tus pies como una muerta!...

*(Bolívar la suelta. Después la toma de una mano y la conduce al pedestal, cerca de la columna trunca. Ella se deja arrastrar como una sonámbula.)*

BOLI. Como un Emperador, en sangre tinto  
expira el sol... ¡Sonriete y reposa  
sobre el antiguo mármol de este plinto  
que reclama la estatua de una diosa!...

*(Le ayuda a subir. Ella apoya su silueta sobre la columna. Bolívar arranca una rama de laurel y se la ciñe a las sienes áureas.)*

Yo, para disipar esos agravios,  
he de inmolar ante tu altar, de hinojos,  
las más dulces miradas de mis ojos  
y los más tiernos besos de mis labios!...

*(Se postra y se abraza a las rodillas de Fanny, que, inmóvil sobre el pedestal, resucita el pagano encanto de una Venus dolorosa. Pequeña pausa. Bolívar se alza y la contempla un instante, ebrio de belleza.)*

¡Así qué bella estás!... Esta colina,  
 que es como el alma de la vieja Roma;  
 la púrpura solar que te ilumina;  
 el incienso de mayo que te aroma;  
 la columna en que muda te sostienes;  
 el arco roto que te presta sombra;  
 la rama de laurel que orna tus sienes,  
 y ese tapiz de hiedras que te alfombra;  
 todo este ambiente heroico, que atestigua  
 un pasado de gloria y de grandeza,  
 da a la fragilidad de tu belleza  
 la eternidad de un belleza antigua!...  
 De una estirpe divina, a mis antojos  
 toda la pompa celestial sugieres...  
 ¡Diana debió de ser como tú eres,  
 y Venus tuvo que tener tus ojos!...

*(Fanny, apoyada en la columna, se bebe ansiosamente las palabras, con los ojos alóntos y los labios tremulos.)*

Cuando mañana, a la remota América,  
 la nave vuela por la azul llanura,  
 superará mi orgullo y tu hermosura  
 de Helena y Paris, la leyenda homérica!...  
 Y al cerrar con mis besos tus pestañas,  
 dirá mi orgullo con tu amor a solas,  
 mientras gimen los vientos y las olas,  
 y el perfil de las últimas montañas  
 en la lejana bruma se amortigua:  
 ¡Oh, Viejo Mundo!... ¡En mi bajel me llevo  
 todo el fulgor de tu belleza antigua  
 para encender de amor a un Mundo Nuevo!  
*(La descende reverentemente del plinto y la sienta en la urna sepulcral.)*

FANNY. *(En una imploración desesperada.)*

¡No prosigas, por Dios!...

BOLI. *(Sentándose a su lado y tomándose las manos.)*

¿Aquí qué dejas?

¡Podredumbres, vileza y cobardía!...

Viejos prebucos y ciudades viejas;

Cristo en la cruz, sangrando todavía;

catedrales que el tiempo desmorona;

el cáliz roto y profanada el ara;  
la impiedad con cayado y con tiara,  
y la idiotez con cetro y con corona!...  
Tronos que se derremian en astillas;  
la libertad, que de expirar acaba,  
y la Europa, que tiembla de rodillas  
ante Napoleón, como una esclava!...  
Allí, en vez de salones cortesanos  
y la estrecha prisión de tus ciudades,  
tendrás la pompa inmensa de mis llanos,  
por cuyas anchurosas soledades,  
cuando abaten las alas las tormentas  
en las noches de estrellas consteladas,  
desgarran, con sus finas cornamentas,  
la plata de la luna, las vacadas;  
y en el iris triunfal de los estios,  
en un raudo galope sobrehumano,  
saltando zanjas y cruzando ríos,  
con pulso firme y con certera mano,  
lanzan potros salvajes los llaneros,  
mientras bajo la paz de los samanes,  
a la orilla de hipnóticos esteros,  
hosteazan esmeraldas los caimanes!...  
Allí, en vez de tus parques invernales,  
recortados a punta de tijera,  
te ofrecerán su eterna primavera  
nuestras vírgenes selvas tropicales!...  
Allí, en vez de jacintos y rubies,  
para enjorar tus rizos onduantes,  
te darán mis cocuyos sus diamantes,  
y sus iris de sol mis colibríes;  
olvidarás tus nardos y azucenas,  
tus rosas, tus jazmines y azahares,  
suspirando el ardor de mis cayenas  
y el fragante coral de mis bucares;  
y en la pompa pluvial de los ocasos,  
cuando todo en tus ojos lo zafiras,  
no rimarán la gracia de tus pasos  
los violines, las flautas ni las liras,  
sino el estruendo de mis manantiales,  
el verde abanicar de mis palmeras,

los celosos rugidos de mis fieras,  
y el amante arrullar de mis turpiales!...  
Y de los Andes en la blanca cima,  
donde se rasga con la mano el cielo,  
y el alma, ansiosa de minuto, mira  
con el alma de Dios su eterno vuelo;  
allí con luz de sol y con fulgores  
de estrellas, de una roca suspendido  
fabricará mi orgullo nuestro nido  
para ocultar al mundo tus amores!...

**FANNY.** *(Irguiéndose de pronto, como si se reforcase entre las llamas de un incendio.)*

¡No prosigas, por Dios!... Paso la hora  
de nuestro sueño, y sólo ya nos resta  
la realidad que por mis ojos llora...

*(Se cubre el rostro con las manos, mientras que Bolívar, bruscamente sorprendido por su actitud, la contempla un instante, atónito, con los brazos cruzados.)*

¡Dulce sueño de amor, cuánto nos cuesta!...

*(Se descubre el rostro. Se yergue mas aun, con un gesto de resolución irrevocable.)*

Ya el alma de ese sueño ha despertado,  
y el deber le ha trazado su sendero...

¡Y parto, para siempre, de tu lado,  
aunque de angustia y de dolor me muera!...

**BOLI.** *(Sin poder contener su violencia, oprimiéndole las muñecas y mirándola fijamente.)*

¿Qué, partes...?

**FANNY.** *(Sosteniéndole la mirada, en un esfuerzo supremo, con los dientes apretados y la faz livida.)*

¡Sí!... ¡Cuando despunte el día!...

*(Bolívar se separa con brusquedad, casi rechazándola.)*

¡Deja que sola hacia el olvido vaya!

**BOLI.** *(Volviendo a sujetarla por las muñecas.)*

¿Dónde están tus promesas?

*(La rechaza de nuevo.)*

¡Ah, ¡maldita

quien de promesas de mujeres fia!...

¡Pecar y arrepentirse!... ¡Pobres seres  
de alma de pluma y corazón de viento!...  
¡El pecado y el arrepentimiento  
son la única virtud de las mujeres!...

FANNY. *(Con la voz dolorosa, pero segura.)*  
¡Ultraja más aún!... ¡Mi nombre infama!...  
¡Mi corazón retuerce entre tus manos!...  
¡Mas todos tus extremos serán vanos!...  
¡Yo partiré donde el deber me llama!...  
¡Al hogar sin calor, donde inocentes,  
para alegrar mi vida sin fortuna,  
aún me aguardan mis hijos, sonrientes,  
con los brazos tendidos, en la cuna!...

BOLL. *(Refrenado su primer impulso de ira y profundamente conmovido por el acento doloroso de Fanny.)*

¿Adónde ha ido tu piedad fraterna?  
¿Por qué me abandonas, tú, que fuiste  
en los desiertos de mi vida triste  
sombra de palmas y agua de cisternas?...  
¡Mas, perdona!... ¿Por qué cuando en mis bra-  
zos,

confundiendo tu llanto con el mío,  
para ahuyentar mis penas y mi hastío,  
juraste hacer eternos estos lazos?  
¿Por qué creyendo tu pasión sincera  
di mis muertas tristezas al olvido,  
igual que si una nueva Primavera  
hubiese en mis desiertos florecido?  
*(Exaltándose de nuevo.)*

FANNY. *(Desesperadamente.)*  
¡Maldita, sí, porque tu infamia quiso  
hacer más hondo mi dolor eterno!...  
¡Por haberme mostrado el Paraíso  
para hundirme después en el Infierno!...  
FANNY. *(Desesperadamente.)*  
¡No me maldigas, no!... Si no te amara,  
¿cómo hubiese mi hogar abandonado,  
y a él para siempre y sin honor tornara,  
a llorar este amor desventurado?...

BOLL. Si es cierto ese cariño que blasonas,  
¿por qué niegas al alma tus consuelos,

y solo, en mi calvario, me abandonas?...

FANNY. *(Sin poder reprimir el dolor que la devora, en un grito desesperado de naufragio, con las manos tendidas al cielo y los ojos cubiertos de lágrimas.)*

¡Porque se rompe el corazón de celos!...

*(Pequeña pausa. Se estremecen en el silencio, como dos condenados.)*

Entre nosotros una tumba abierta  
se interpuso por siempre... ¡Y aún percibo  
que hay en tus ojos y en tus labios, vivo,  
el perfume de besos de una muerta!...

*(Bolivar retrocede y se cubre el rostro con las manos.)*

¡Ya te ha roto mi alma su secreto,  
y sabes la razón de mi partida!...

¡Luche contra el destino, y fui vencida,  
y de nuevo al destino me someto!...

*(Bolivar permanece inmóvil, con la cabeza entre las manos, sin fuerzas para detenerla.)*

¡En tu recuerdo eternamente presa,  
yo rogaré al Señor por tu destino!

*(A un movimiento convulsivo de Bolivar.)*

No intentes detenerme en mi camino...

¡Te lo pido, llorando, por Teresa!...

*(Le tiende la mano a Bolivar. Este se inclina y se la besa. Algunas lágrimas la humedecen. Ella, en la desesperación de su martirio irrevocable, se lleva la mano a la boca y se bebe las lágrimas. Después, lenta y rígida, como una reina que va al suplicio, se dirige hacia el atrio, perdiéndose, bajo los arcos, con los postreros fulgores de la tarde. Bolivar, al verla desfallecer, corre hacia ella con los brazos tendidos; pero falta de fuerza, se detiene y se desploma, sollozando, sobre la urna funeraria. Se oye sollozar en el silencio crepuscular, y la sombra lo envuelve sobre el sepulcro como una mortaja.)*

## ESCENA VIII

*Bolívar y Don Simón Rodríguez.*

*(Don Simón Rodríguez penetra por las ruinas de la derecha, y al ver a Bolívar sollozando sobre la urna funeraria se inclina y lo levanta en sus brazos. Bolívar, al reconocer a su maestro, se apoya y se refugia en su seno como en su última esperanza. Su corazón, como un vaso coimado, se desborda de amargura.)*

SIMON. Dame, ¿qué te pasa?

BOLI. *(Animándose en su dolor.)*

Por siempre ha unido

de Helena y de París la dulce leyenda...

¡Parto solo a América!... ¡Fanny se ha mar-

[chado,

y de nuevo solo me encuentro en mi senda!...

Otra vez la mano que toca en la llaga,

y la llaga sangra de nuevo, Maestro!...

La esperanza huye, mi antorcha se apaga,

y en la vida es todo lóbrego y siniestro!...

Su brillo imposible me brinda una estrella,

y algo en mis oídos en voz baja vierte:

--¡Ya sólo la muerte te unirá con ella!...

¡Y siento un profundo amor por la muerte!...

SIMON. Eres rico y joven... ¡La vida te llama

para darte todas sus fragantes flores!...

¡Tu pasado olvida!... ¡Goza, triunfa y ama,

que un amor se cura con nuevos amores!...

BOLI. *(Impetuosamente, como queriendo ahogar con la violencia de sus palabras las amarguras de sus desconsuelos.)*

¡Tú qué sabes de eso!... ¡Tú qué sabes de eso,

para aconsejarme bálsamos de olvido,

si nunca en un beso la vida has bebido,

ni has dado tu vida por la miel de un beso!...

¡Tú qué sabes de eso, si fué tu existencia

un pardo desierto sin aves ni flores!...

¡Apagó el estudio todos tus ardores,

y secó tu estéril corazón la ciencia!...

SIMON. *(Con orgulloso cinismo.)*  
 ¡Mis pasos son libres, y de ello me alabo!...  
 Ningún sentimiento me impuso su yugo;  
 y en vez de que fueras—¡oh, amor!—mi ver-  
 [dugo,

¡te puse cadenas, y te hice mi esclavo!...  
 La ahtvez austera de mi pensamiento  
 a nada su eterna libertad inmola...  
 Más que árbol inmóvil me agrada ser viento  
 fugaz, y a ser roca prefiero ser ola!...  
 Es largo el camino, y el tiempo es escaso...  
 La sed muchas veces me asalta en el yermo...  
 Tengo sed, y bebo; tengo sueño, y duermo,  
 sin que me preocupe ni el lecho ni el vaso.

BOLI. *(Después de una pequeña pausa de reconcentración, sentado con don Simón Rodríguez sobre la urna sepulcral, y cambiando de tono, mientras el crepúsculo avanza y da a todos una semipenumbra de confidencias.)*

¡Tú sabes mi historia!... ¡Mi infancia enlutada,  
 huérfana de todo sincero cariño!...  
 ¡Cuántas veces, cuántas, por una mirada,  
 en la casa aiena sollocé de niño!...  
 ¡Cuántas veces, cuántas, en la noche oscura,  
 postrado en el lecho, de angustia gemía!  
 ¿Por qué no quisiste llevar, madre mía,  
 mi orfandad contigo a la sepultura?...  
 ¡Tú el primer volumen a mis manos diste,  
 y con tus consejos y con tus lecciones,  
 hiciste mi vida más hosca y más triste,  
 poblando mi mente de extrañas visiones!...  
 ¡Con tantos relatos de heroicas hazañas,  
 en mí despertaste la férrea energía  
 de mi estirpe vasca, osada y bravia,  
 como los picachos que ornan sus montañas!...  
 Y eclipsar soñaba los hechos laudados  
 de tantas lobeznas y tantos azores,  
 de Gonzalo Pérez, terror de prelados,  
 y de mis abuelos los Conquistadores!...  
 Y en las viejas salas, llenas de armaduras  
 y antiguos retratos, sorprendiome el día,

como a Don Quijote, forjando aventuras  
y leyendo libros de caballería...

Para hacerla dueña de mis pensamientos,  
soñaba una dama romántica y bella,  
que, como las reinas de los viejos cuentos,  
llevase en la frente prendida una estrella!...  
¡Y la amé en mis sueños, con todo el cariño,  
con las locas ansias y con la vehemencia  
de mi solitaria orfandad de niño  
y de los ardores de mi adolescencia!...

En todas las damas que cruzar veía  
la busqué en mi patria, sin hallarla nunca,  
y, cuando ya estaba mi esperanza trunca  
en Madrid, con ella tropecéme un día!...

*(Pequeña pausa. Como si viviese de nuevo su  
bello sueño desvanecido. La emoción profunda  
que le subyuga pone en su voz y en sus ojos  
una suavidad y una ternura desconocidas.)*

¡Qué bien lo recuerdo!... ¡Los nobles salones  
del marqués de Ustáriz... Damascos bermejos,  
consolas y arañas, tapices y espejos,  
viejas cornucopias y áureos artesones!...

¡Y una adolescente de perfil suave,  
palidez de lirio y pupila bruna,  
cuyas blancas manos preludiaban una  
dulce serenata de Mozart, al clave!...

En una mirada prendimos los ojos,  
y al ver en su frente fulgar mi estrella,  
el alma, temblando, se postró de hinojos,  
y rezó, muy bajo, suspirando: —¡Es ella!...

¡Oh, tiernos idilios!... Frases temblorosas,  
horas de embriagueces, sonrisa y suspiro;  
y aquel primer beso, que en el Buen Retiro  
hizo empurpurarse de pudor las rosas,  
mientras que temblando la mano en la mano,  
juntos apuramos en un mismo trino,  
todas las delicias del amor humano  
y todas las glorias del amor divino!...

La tierra y los cielos hechos carne humana,  
dejaron mi alma de infinito impresa!...

Ella fué mi novia, mi madre y mi hermana,  
y Dios se llamaba; para mí, Teresa!...

Mi vida de estrellas como su vacío!...

¡Oh, mi Venezuela, como nunca hermosa  
te mire en los negros ojos de mi esposa,  
desde la cuartera del viejo navío!...

*(Su voz se rompe en lágrimas, su mirada se humedece, y huy en sus manos un temblor de angustia.)*

Hasta que envidiosa de tanta ventura,  
la muerte en mis brazos la dejó dormida...

¡y hoy, con su recuerdo, se pudre mi vida,  
bajo el blanco mármol de su sepultura!...

*(Desfallece en un sollozo. Don Simón Rodríguez le sostiene paternalmente.)*

¡tus penas olvida!...

SIMÓN.  
BOLI.

*(Reanimándose después de una pausa de sollozos. A su desesperación sucede un desaliento infinito.)*

Dejé Venezuela

para ahogar la angustia de mis sufrimientos,  
y hace ya tres años que mi vida vuela,  
cual las hojas secas, a merced del viento!...

¡En vano las sendas del mundo he corrido,  
buscando un oasis de paz y de olvido!...

Pensé muchas veces, en mi descontento,  
renunciar a todo, y entrar a un convento,  
para que mi vida, cual lirio morado,  
muriese a las plantas del Crucificado!...

Mas la fe, que salva, y el fervor, que cura,  
con ella se fueron a la sepultura!...

Bálsamo de olvido pedí a los placeres;  
me embriague de juego, de vino y mujeres;  
y al abrir los ojos junto al lecho mío,  
bostezando siempre contemplé el hastío,  
mientras en las manos oculta la frente  
su amor sollozaba silenciosamente!...

En vano a la ciencia pedí lenitivo,  
pues la ciencia hizo mi dolor más vivo;  
y en todos los libros dejaron su huella  
mis ojos a solas, llorando por ella!...

¡Cuántas veces, cuántas, con mi pena a solas,  
 mi mano a las sienas llevó sus pistolas;  
 mas siempre su santa sombra bendecida  
 se interpuso entre la muerte y mi vida!...  
 Y esa sombra, ahora, tras de mi camina;  
 en horas de angustia sobre mi se inclina;  
 alisa mis bucles, me da sus consejos,  
 y se desvanece tras de los espejos!...  
 Y el viento que pasa, las aves, las flores,  
 las nubes, las olas y los surtidores;  
 el aire que aspiro y el sol que me besa,  
 todo al par suspira: —¡Teresa!... ¡Teresa!...  
*(Vuelve a desfallecer en un sollozo desesperado.)*

SIMON. *(Volviendo a estrecharle entre sus brazos, profundamente conmovido.)*

Si tu alma en llanto desahogarse quiere,  
 aquí están los brazos de este viejo amigo,  
 que si no comprende el mal que te hiere,  
 sabe, sin embargo, sollozar contigo!...  
*(Quedan un instante abrazados.)*

## ESCENA ULTIMA

*Dichos y Zingarello.*

*(La figura de Zingarello aparece en el fondo. Recortándose, como esculpida en sombras, sobre el rubi llameante del crepúsculo, se adelanta alegre, saltando entre las ruinas, hasta cerca de la urna funeraria. Una campana lejana repica el Angelus, y a este conjuro musical, como bandadas de aves vivaces, despiertan las voces bronceadas, cristalinas y argentinas de todas las campanas de Roma, y ascienden en un himno sonoro y múltiple, animando el encanto cóncavo y místico del crepúsculo primaveral.)*

ZINGA. *(A Bolívar.)*

¡Venid, señor!... ¡Perdonen!...

*(Se detiene trémulo ante el grupo que forman Bolívar y don Simón Rodríguez. Los dos se vuelven.)*

BOLI. *(Procurando serenarse.)*

¿Qué pasa, Zingarello?...

ZINGA. ¡Venid a ver a Roma cómo fulgura y arde en los maravillosos incendios de la tarde, mientras la voz del Angelus hace sonoro el cielo!...

*(Se sube al pedestal y les señala, con la mano extendida, a la ciudad gloriosa, que llamea a lo lejos, toda envuelta en las púrpuras flamegeras del crepúsculo. Bolívar y don Simón Rodríguez se vuelven a la contemplación, y mientras vuelan las campanas del Angelus, parecen sumergir sus pobres ánimas mortales en la eternidad de la ciudad augusta, purificándolas en el fuego del crepúsculo de toda escoria terrena.)*

BOLI. *(Después de extinguirse la última vibración del Angelus, con los brazos tendidos hacia la ciudad lejana, como renaciendo a la vida después de una dolorosa convalecencia.)*

¡Roma!... ¡Loba materna, ciudad de maravillas, la primera de todas en la paz y en la guerra, cuyo nombre glorioso se pronuncia en la tierra con los ojos al cielo, temblando, y de rodillas!  
 ¡Roma!... ¡Roca Tarpeya; el Capitolio; el Foro; y en una apoteosis de palmas y de flores, monarcas arrastrando las carrozas de oro y marfil de los Cónsules y los Emperadores!...  
 ¡Roma es luz y es tinieblas! ¡Es fuerza y es dominio; heroicidad y crimen; esplendor y boato; es el puñal de oro que hiere a Viriato, y es el hacha de plata que decapita a Arminio!...  
 Es garra de diamantes y es arado fecundo; es festín y hecatombe, desinterés y medro; el águila de César; y la cruz de San Pedro clavadas en el centro del corazón del mundo!...  
 La eternidad— ¡oh, Roma!— se ha nutrido en tu pecho; en ti todos los dioses erigieron altares;

a los pueblos les diste la Fuerza y el Derecho;  
 al Arte los más dulces y sonoros cantares,  
 las más bellas estatuas, las telas más gloriosas;  
 a la Virtud y al Crimen los más altos ejemplos...  
 ¡No hay templos más hermosos ni hiermes que tus templos,  
 ni rosas que perfumen lo mismo que tus rosas!...  
 ¡No hubo ciudad ni pueblo, montañas ni arenales,  
 en donde con la espada tus leyes no impusieras,  
 ni mar que no mirase sangrar en sus cristales  
 la victoriosa púrpura de tus áureas galeras!...  
 Infiltraste tu sangre de ceniza y de lava  
 en las venas de fuego de los Conquistadores.  
 ¡No hay raza que no haya sido, Roma, tu esclava,  
 ni pueblo que no haya llorado tus rigores!...  
 Como en sacro Museo, acogiste en tu alma  
 todo el marmóreo Olimpo de los dioses paganos;  
 y diste catacumbas, circos, martirio y palma,  
 y luego, altar y templos, al Dios de los cristianos!...  
 El pensamiento humano crujió bajo tu rueda:  
 se desangró Rienzi; ardió Savonarola...  
 ¡Deshácese los siglos como una inmensa ola;  
 pasan los dioses, pero tu gloria, eterna, queda!  
 Ruedan razas y siglos, y, sentada en tu solio,  
 permaneces inmóvil; y aún los senos fecundos  
 de la Loba de Bronce, sobre tu Capitolio,  
 como a Remulo y Remo, amamantan dos mundos!...  
 Nadie arrasó tus muros; nada tu fuerza trunca;  
 pues sobre el sortilegio de tus siete colinas,  
 en todas las catástrofes, más hermosa que nunca,  
 igual que el Ave Fénix, renaces de tus ruinas!...  
 Y el día en que tu gloria despéñese al profundo,  
 y se desgarré el velo de plata que te encierra,  
 se habrá paralizado el corazón del Mundo,  
 y habrá muerto, en las sombras, el alma de la Tierra!...

*(Queda un instante con los brazos tendidos hacia la ciudad, que llamea a lo lejos.)*

SIMON. *(Con los brazos tendidos también hacia Roma. Zingarello, recostado sobre la columna rota, los escucha religiosamente.)*

Mas esa ciudad sacra que se derrumba al peso  
 de su eterna grandeza y su eterno delito,

aunque ha creado dioses de bronce y de granito,  
 formar nunca ha podido hombres de carne y hueso!...  
 ¡Al Universo ha dado su luz y sus fulgores,  
 pero también con ellos le infiltró su veneno!...  
 Nutrió razas de santos y de conquistadores;  
 ¡mas nunca un pueblo libre se amamantó en su seno!...  
 Con su espada y su genio impuso sus doctrinas,  
 su religión, su ciencia y su arte soberano;  
 mas por cada Lucrecia tuvo cien Mesalinas,  
 y doscientos Calígulas por cada Vespasiano!...  
 Hacer al barro humano más libre y más honrado,  
 desgarrar de esos velos el enigma profundo,  
 parece que el Destino le tiene reservado  
 a la Naturaleza virgen del Nuevo Mundo!...

BOLI. *(Exaltándose, como un ebrio, las pupilas dilatadas y los labios trémulos, como si un Dios invisible, el Dios custodio de Roma, acabase de poseer su alma.)*

¡Maestro, con tus palabras mi corazón inflamas!...  
*(Volviéndose de súbita, deslumbrado por el espectáculo flamígero del crepúsculo.)*

Mas contempla a lo lejos... ¡Ve Roma cómo arde  
 envuelta en las gloriosas púrpuras de la tarde!...  
 ¡Lleve fuego del cielo, y el Tiber es de llamas!...  
 Soplan las brisas vivos reflejos carmesíes;  
 y palacios y templos, escombros y jardines,  
 desángranse en topacios, dilúyense en carmines,  
 revientan en granates, y estallan en rubíes!...  
 Y bajo la encendida refulgencia del cielo,  
 lamida por un río de fuego, altiva y roja,  
 Roma es como un inmenso rosa! que se deshoja,  
 tiñendo con su sangre la púrpura del cielo!...  
 Se transfunde en las aguas; se extiende como un óleo  
 la apoteosis roja por el agua romana;  
 y es ceniza en la cúpula triunfal del Vaticano,  
 y corona en el áureo mármol del Capitolio!...

*(El crepúsculo va tornándose cada vez más rojo, hasta apeparse en un humo de sombra.)*

ZINGA. *(Dirigiéndose a Bolívar y señalando a la ciudad con un gesto místico.)*

¡Esa es la vida, la Eterna!... ¡Arrójale tu anillo  
para que con su eterna grandeza te desposes!...  
Es la fragua que al mundo le da calor y brillo...  
¡Si echas hierro, da héroes!... ¡Si echas oro, da dioses!...  
¡Todo se hace en sus llamas luminoso y sonoro,  
por siglos de los siglos!...

BOLI. *(Transfigurado por un frenesi divino.)*

Si en esa fragua homérica  
yo arrojase mi alma, que es de hierro y de oro,  
¿qué surgirá, Maestro?

SIMON. *(Como iluminado.)*

¡La libertad de América!...

BOLI.

¡Oh, Madre de los héroes!... ¡Oh, Roma!... ¡Antes que  
[muera

abrasada en la llama de tus propias hogueras,  
deja prendidos dentro del corazón algunos  
chispazos inmortales de tus rojos luceros;  
y da a mi brazo el épico vigor de tus guerreros,  
y a mi voz la elocuente virtud de tus tribunales!...

*(Desenvaina su espada violentamente, y, ten-  
diéndola hacia Roma, cae de rodillas.)*

¡Maestro, por los nobles huesos de mis mayores;  
de ese sol que se apaga, por los rojos fulgores;  
por la visión heroica de esta ciudad sagrada;  
por todo cuanto puro nuestra vida acrisola;  
por la luz de mis ojos y la cruz de mi espada,  
juro que he de hacer libre la América Española!...

*(Caen todos de rodillas, envueltos en las pri-  
meras sombras, y permanecen inmóviles, como  
orando, mientras desciende lentamente el te-  
lón.)*

## ACTO PRIMERO

La plaza de San Jacinto, en la muy noble y leal ciudad de Santia-  
go de León, de Caracas. Al fondo, recortándose enérgicamente en la  
serenidad azul y plata del plenilunio de marzo, fachada pétrea y sob-  
bria de la antigua iglesia conventual de San Jacinto, primera fun-  
dación de la Orden de Predicadores. Arquitectura del más austero  
y puro estilo colonial. Tejedos bermejos; autos amarillentos, como

de un marfil milenario. Amplia puerta central de hojas macizas de cedro con artísticos herrajes. Sobre el arco de la puerta un balcón con barandaje de hierro, y el campanil, en forma de pirámide, rematado por una veleta. A ambos lados, otra puerta más angosta, y sobre la puerta el hueco de un balcón. A la derecha, terminando la fachada, una torre cuadrada y ancha, más baja que el campanil, con los huecos de tres ventanas de medio pecho. Una escalinata de dos peldaños, de piedra, conduce al atrio, donde se eleva, frente a la puerta principal, un pilar cónico, coronado por la estera de un reloj de sol. A la izquierda, en último término, formando ángulo con la fachada de la iglesia, el convento de los padres dominicos, con dos puertas cuadradas, y sobre las puertas dos balcones del mismo estilo y balaustre de piedra. En ambas puertas el escudo de Santo Domingo de Guzmán. En el primer término de este lado, la desembocadura de una calle, con la que forma esquina el convento. En el primer término de la derecha, la fachada de la casa solariega de los Bolívar, de Caracas, de planta baja, puerta amplia, de grandes hojas de cedro, tachonada por gruesos clavos en forma de caracolas. Sobre el dintel, tallados en mármol, las armas de los fundadores, escudo con velmo plumado y lambrequines de hojarasca y flores, en cuyo centro campea una rueda de molino, de plata, en fondo de azul. Ventanas laterales de labradas celosías de artísticos herrajes. En la puerta un llamador de bronce y dos gruesas argollas del mismo metal. En el último término de este lado, la desembocadura de otra calle. En el centro de la plaza, frente a la escalinata del atrio, una fuente monumental, sombreada por cedros centenarios. Cabezas de molletudos angelitos de piedra soplan mohosos caños de piedra. En el frontispicio campean esculpidas las armas reales de la casa de Austria. Se siente aún, en todo, el herrumbroso temblor de las alas de una catástrofe pavorosa. La torre de la iglesia se inclina cuarteada. Las techumbres, hundidas, dejan como huellas de espanto, y prietas enormes mutilan, como cicatrices, la vejez lentosa de los muros. El balaustre del atrio se desportella de angustia. Escumbros y ruinas por todas partes. Los cedros, empujados de terror, con las raíces al descubierto, amenazan desplomarse sobre la fuente, que por sus caños rotos parece llorar una tragedia monumental. Hasta el suelo se estremece tembido, en una arañada fantasma. Todos los castigos públicos se desengalanan sobre la ciudad voluptuosa y florida, que se despreveza muellemente, como una colina, sobre tapetes de verde terrapelo, al soplar azúl y zumbido del viento pluri-sol.

Al alzarse el telón, grupo de hombres y de mujeres, pálidos y des-  
 arrapados, aparecen en la escena. Negros, pardos, mulatos, zambos  
 y blancos; todas las castas sociales fraternizan en un mismo dolor  
 y en una misma miseria. Bajo los barapos polvorosos, el pánico  
 estremece aun sus pobres carnes laceradas. Orfandades lividas, que,  
 con el rostro entre las manos, sollozan su soledad, acurrucadas  
 en los quicios de las puertas. Viudeces enlutadas, que se desgajan  
 de desesperación sobre los escombros de sus felicidades derruidas.  
 Ancianos que eran, nimoviles, como petrificados, en las puertas  
 del templo. Niños abandonados, que, rendidos de dolor, duermen  
 su inocencia, con la cabeza recimada en los brazos, bajo los gran-  
 des árboles de la plaza. El plendunio de marzo lo amortaja todo en  
 una blancera livida y azulesa de mármol sepulcral.

### ESCENA I

La *Viuda*, la *Huérfana*, el *Anciano*, el *Lazarillo*, el mula-  
 to *Machado*, un *Ciego*, *Hombre primero*, mujeres, hom-  
 bres y niños.

VIUDA (*Con los brazos tendidos al cielo.*)

¡Misericordia, Señor!...

ANCIA. (*Con la voz rota en sollozos.*)

¡Calma tu justo rigor!...

CIEGO. (*Apoyando una mano en el hombro del laza-  
 rillo y con la otra tendida hacia el cielo.*)

¡Por el dolor de tu cruz,

danos un rayo de luz

en esta noche de horror!

HOM. 1.º (*Conversando con el mulato Machado, en el  
 primer término de la derecha.*)

¡Ah! ¡Malhayan los herejes,

que con tantos sacrilegos,

descargan sobre nosotros

las justas iras del cielo!...

MACH. (*Mirando recelosamente a todos lados, y en  
 voz baja.*)

¡Silencio, que si te escuchan,

de la copa de esos cedros,

para pasto de zamuros

habrán de colgar tu cuerpo!...

HOM. 1.º *(Desesperadamente.)*

¡Para vivir como vivo,  
la muerte fuera un consuelo!...  
¡Poco a poco, en veinte años  
de privaciones y esfuerzos,  
logré labrarme una casa,  
bajo cuyo honrado techo,  
con mi mujer y mis hijos  
vivi tranquilo y contento!...  
Mis hijos mató la guerra;  
mi casa se vino al suelo;  
y mi mujer y mis padres  
en sus escombros murieron,  
¡y hoy, sin casa y sin familia,  
solo en el mundo me encuentro!...  
¡Ya no tengo más recursos  
que, pobre, achacoso y viejo,  
caminar de puerta en puerta  
mendicando por los pueblos!...  
¡Ay, malhayan los herejes  
que causa de este mal fueron!...

MACH.

¡Ellos luchan por nosotros;  
y quieren hacer del pueblo  
un pueblo libre y sin amos!...

HOM. 1.º

¡Para ser los amos ellos!...  
Media ciudad, por sus culpas  
el terremoto ha deshecho;  
y la peste y la miseria  
acabarán con el resto;  
que la cólera divina  
se descargue sobre el pueblo  
que a las leyes de sus reyes  
les niega su acatamiento  
porque el Rey es en la Tierra  
lo que Dios es en el Cielo!

CIEGO

*(En oración.)*  
¡Cristo murió en Jueves Santo  
y en Jueves Santo también  
Caracas tembló de espanto!

ANCIA

*(En oración.)*

- VIUDA. ¡¡Señor, tu furor contén!...  
 ¡Ampara nuestro quebranto!...  
 CIEGO. ¡Danos paz!...  
 LAZA. (Gimoteando.)  
 ¡Amén!...  
 TODOS. ¡Amén!...  
 (La campana de la iglesia comienza a doblar.  
 Todos se dirigen al atrio.)

## ESCENA II

Dichos y Fray Félix de Sosa.

(Las puertas del templo se abren, y aparece **Fray Félix de Sosa**. Es un fraile sanguineo, ancho y fuerte, que recuerda, por su apostura, a aquellos prelados que, vestidos de hierro, con la cruz en una mano y en la otra la espada, ganaron batallas y asaltaron fortalezas en los días homéricos de la reconquista de España. Al verle, todos los grupos le rodean. El fraile les da a besar la mano, y les bendice con un gesto que quiere ser místico y resulta marcial.)

- VOCES. ¡Padrecito!... ¡Padrecito!...  
 FRAY. ¡Los herejes lo quisieron,  
 y los cielos, irritados,  
 para que sirva de ejemplo,  
 sobre esta ciudad maldita  
 todas sus iras vertieron!...  
 ANCIA. ¡Dios castigue a los herejes  
 por el mal que nos han hecho!...  
 FRAY. ¡Tan grandes fueron los crímenes,  
 que ni aun con tal escarmiento  
 se han aplacado las cóleras  
 de nuestro Dios justiciero!...  
 ¡Todo cuanto hemos sufrido,  
 y aun mucho más sufriremos!...  
 CIEGO. ¡Miranda ha sido culpable!...  
 ¡Su nombre maldiga el Cielo!...  
 VIUDA. ¡El aro de oro que lleva  
 de sus orejas sujeto,

será la argolla que pronto  
le sujetará al Infierno!...  
ANCIA. ¡Misericordia, Dios mio!...  
FRAY. ¡Hermanos, entrad al templo  
y encended los cirios, para  
servir de acompañamiento  
a la Virgen del Rosario,  
que en procesión llevaremos,  
a ver si ante su presencia  
calman sus iras los cielos!...

*(Todos van penetrando en el templo. Fray Félix de Sosa descende por la escalinata y se dirige al ciego, que, apoyado en el hombro del lazarillo, habrá permanecido en el centro de la escena, cerca de la fuente, al lado del mulato Machado.)*

### ESCENA III

*Fray Félix de Sosa, el mulato Machado y Jacinto el ciego.*

CIEGO. *(Al lazarillo.)*  
¡Anda también a la iglesia,  
que yo aquí tu vuelta espero!  
*(El lazarillo se va, y el ciego se apoya en el mulato.)*

FRAY. *(Después de una rápida ojeada por la plaza y de convencerse de que están solos.)*

Jacinto, ¿qué nuevas traes?  
CIEGO. ¡Padre, todo está dispuesto,  
y sólo una chispa falta  
para que estalle el incendio!...  
Al Rey la hacienda y la vida,  
como es natural, debemos;  
y mi existencia y mi hacienda  
son de don Fernando Séptimo.  
Ya que no puedo servirle  
con las armas, por ser ciego,  
le sirvo con la influencia  
que entre las turbas ejerzo!

- FRAY. ¡Dios y nuestro Rey Fernando  
habrán de premiar tu celo!  
(*Dirigiéndose al mulato Machado.*)  
¿Y podremos esta noche  
dar el golpe?...
- MACH. Así lo espero,  
si no fallan mis arbitrios  
y no nos traiciona Quero.
- FRAY. ¿Dudas de él?...
- MACH. ¡Es mantuano,  
que es ser traidor de abolengo!...  
¡Y el que traiciona a los suyos,  
traicionar podrá a los nuestros!...  
Mas si el plan que yo he trazado  
no sufre ningún tropiezo,  
don Domingo Monteverde  
avanzar podrá sin riesgo,  
que cuando llegue a Caracas,  
en las torres de los templos  
la bandera de Castilla  
flotará libre a los vientos!...
- FRAY. Yo me marchó, antes que salga  
la Santa Imagen del templo...  
Mas recibid, hijos míos,  
la bendición de los cielos!...  
(*Los bendice y se dirige a la iglesia. La campana comienza a doblar de nuevo.*)

## ESCENA IV

El mulato *Machado* y *Jacinto* el ciego.

- CIEGO. ¿Qué plan fraguaste, Machado?...  
¡Conociéndote, me temo  
que aún peor que la dolencia,  
será, si es tuyo, el remedio!...
- MACH. ¡Para acabar con traidores  
todos los planes son buenos!...
- CIEGO. ¡Conocer quisiera el tuyo,  
que de fijo será espléndido,

porque lo que tú no inventas  
no lo inventa ni el Infierno!...

MACH. A todos los que pudieran  
oponerse a nuestro intento,  
los he denunciado, como  
enemigos del Gobierno,  
¡y cargados de cadenas  
a estas horas están presos!...

CIEGO. ¿Y qué conseguimos?...

MACH. ¡Nadal...  
¡Quitar estorbos del medio,  
y que al saber la noticia  
se alborote más el pueblo!...

CIEGO. (*Horrorizado.*)  
¿Y si a fusilarlos llegan?...

MACH. Será mayor el provecho,  
pues se exaltarán los ánimos;  
y así, Jacinto, tendremos  
unos adictos de más  
y unos enemigos menos!

CIEGO. ¿Y si prueban su inocencia?...

MACH. ¿Quién la prueba en estos tiempos,  
si oro precisa el Erario,  
y oro tienen todos ellos?...

CIEGO. Mas, ¿si descubren la intriga?...

MACH. Sé que la vida me juego,  
y si la pierdo, al verdugo  
la entregaré sonriendo,  
que vida como la mía,  
más que vida es un Infierno!...

CIEGO. (*Espantado.*)  
¿Y la justicia divina?...

MACH. En la justicia no creo,  
porque si hubiese justicia  
en la tierra o en el cielo,  
no luchasen como fieras,  
en el fondo de mi pecho,  
las altiveces del blanco  
con los rencores del negro!...

CIEGO. ¡El color de nuestros rostros,  
para Dios es lo de menos!...

MACH.

¡Hay tantas almas tan negras  
que tienen tan blanco el cuerpo!...  
¡Lo contrario piensa el mundo,  
y yo con el mundo pienso!...  
¡Tú ya conoces mi historia!...  
¡Sabes que soy un liberto  
de don Carlos de Machado  
y que, gracias a mi estuerzo,  
en la ciudad de Caracas  
logré conquistar un puesto,  
si no el primero en alcurnia,  
en riquezas el primero!...  
Un amor, que desde niño  
oculté dentro del pecho,  
humedecido de lágrimas  
y alimentado de ensueños,  
para triunfar en la lucha  
me daba vigor y aliento,  
y siempre fui, por su influjo,  
generoso, noble y bueno!...  
Con este amor infinito,  
queriendo ahogarle en silencio,  
luché más de siete años,  
hasta que ya no pudiendo  
contener dentro del alma  
tanta lava y tanto fuego,  
por los labios, una tarde  
se desbordó mi secreto!...  
Ella, por toda respuesta,  
dijo, mostrando en espejo:  
—¡Mirate en él!—. Y de súbito,  
abandonando su asiento,  
tras un tapiz de la sala  
alejóse sonriendo...  
Y yo, toda la ponzoña  
de su intención comprendiendo,  
de Dios maldije y del mundo,  
y hasta de los que me dieron  
la ignominia de una vida  
que sólo inspira desprecio!...  
Y a solas juré vengarme

de la que al tocar el Cielo,  
 rompió, de un golpe, mis alas,  
 para hundirme en los Infiernos!...  
 Y desde entonces, mi vida  
 tan solo tiene un objeto:  
 odiar al blanco y odiarme  
 a mi mismo, porque tengo  
 sangre de blanco en mis venas  
 y quitármela no puedo!...  
 ¡Que me importa a mi la patria  
 ni el monarca a quien defendo,  
 si patria, reyes ni dioses  
 pueden transformar mi cuerpo!...  
 A esta lucha fratricida  
 me arrojé, porque deseo  
 ahogar en mares de sangre  
 los monstruos que llevo dentro:  
 ¡Mis ativeces de blanco  
 y mis rencores de negro!...

*(Empieza a salir la procesión. Un monago va delante, agitando la campanilla. Después los fieles, en dos filas, con los cirios encendidos; el crucifijo, el estandarte de la congregación del Sagrado Corazón de Jesús, el de la cofradía de Santa Bárbara, y, por último, resplandeciente sobre sus andas doradas, la imagen de Nuestra Señora del Rosario, llevada en hombros de cuatro dominicos. Los porta-incensarios, dos sacerdotes revestidos, bajo pavo, y la comunidad. La campana prosigue doblando.)*

## ESCENA V

*Dichos, Fray Felix de Sosa, la Viuda, la Huérfana, el Anciano, Hombre práctico, el Luzarillo, mujeres, hombres y niños, frailes y monagos.*

LAZA. *(Corriendo hacia el ciego)*

¡Amigo, la procesión  
 ya está saliendo del templo!...

CIEGO. *(Al mulato Machado.)*

¡Vente conmigo, Machado,  
y en el camino hablaremos!  
*(Conducido por el mulato y el lazarillo, ascien-  
de por la escalinata y se incorporan a la proce-  
sion.)*

FRAY. ¡Santa Virgen del Rosario,  
por el llanto y el dolor  
con que subiste el Calvario  
en busca del Redentor;  
ante tu hijo levanta  
la voz en nuestro favor!

MUJER. ¡Ampáranos, Virgen Santa!

HOMBR. ¡Misericordia, Señor!

FRAY. ¡Por esos siete puñales  
que tus senos virginales  
de dolor han traspasado  
al mirar, entre ladrones,  
a Jesús Crucificado!  
¡Madre, no nos abandones,  
y ante tu hijo levanta  
la voz en nuestro favor!

*(La procesion se va alejando por la calle del se-  
gundo término de la derecha, y la voz del fraile,  
pausada y grave, resuena a lo lejos, como una  
salmódia, entre el rumor de los pasos y el re-  
sonar metálico de la campanilla.)*

MUJER. *(A lo lejos.)*

¡Ampáranos, Virgen Santa!

HOMBR. *(Desde más lejos.)*

¡Misericordia, Señor!

*(Los ecos de los rezos se van apagando ienta-  
mente en la distancia. La campanilla vuelve a  
doblar, y la escena permanece un instante sola  
hasta que se abre la puerta de la casa de Bolí-  
var, y aparecen por ella Zingarello y Giovanni  
Bianchi.)*

## ESCENA VI

*Bianchi y Zingarello.*

- ZINGA. Con sus tñebres tañidos  
que esparce y dilata el viento,  
los bronces de esas campanas  
parece que van diciendo:  
¡Mortales, doblad la frente,  
y, unidos, rogad al cielo  
por las penas de los vivos  
y las aimas de los muertos!
- BIAN. ¡Terremoto como este,  
ojos mortales no vieron!
- ZINGA. Fue algo así, cual si de pronto,  
entre rayos y entre truenos,  
sobre la tierra convulsa  
se desplomasen los cielos!...  
Las vertebrae de granito  
de las montañas crujieron;  
fueron los abismos cumbres,  
y abismos las cumbres fueron!  
Media ciudad de Caracas,  
de pronto se tragó el suelo,  
y la otra media, entre escomoros,  
llorando está por sus muertos!  
Caminamos sobre tumbas,  
y pisamos sobre huesos;  
y hasta parece que, cuando  
reina en la noche el silencio,  
bajo nuestras plantas trémulas  
suenan ayes y lamentos!...
- BIAN. Ayer atriqué en La Guaira,  
y al tomar tierra en el puerto,  
yo, que de nada me espanto,  
de espanto quedé suspenso!  
Pero habiemos de otra cosa  
¿Cómo te va, Zingarello?
- ZINGA. Si no fuera porque vivo  
de nuestra Roma tan lejos,  
por estas tierras de América

fuese mi gozo completo,  
 porque un amo como el mio  
 no existen dos bajo el cielo!  
 ¡De el se refieren prodigios!  
 ZINGA. ¡Pues los prodigios son ciertos!  
 Seguido de sus esclavos,  
 sin descansar un momento,  
 donde el peligro es mas grande  
 acude siempre el primero!  
 Trepa muros, salva abismos;  
 y entre el pavoroso estruendo  
 de un techo que se derrumba,  
 surge siempre, porvoriento,  
 con una vida en los brazos,  
 su propia vida exponiendo!  
 Socorro presta a los vivos,  
 cuidados a los enfermos,  
 y hasta con sus propias manos  
 da sepultura a los muertos!  
 Y **pródigo hasta el derroche**,  
 transformó el solar paterno  
 en un hospital de inválidos  
 y en un hospicio de huérfanos!  
 Y hoy, el nombre de Bolívar,  
 entre las gentes del pueblo,  
 todos los labios pronuncian  
 con cariño y con respeto!

BIAN. Y de la guerra, ¿qué cuentas?  
 ZINGA. ¿De la guerra? ... ¡Que con estos  
 catachismos ha quedado,

BIAN. si no extinguida, en suspenso!  
 ¿No son faustas las noticias  
 que corren por esos puertos!...  
 ¡Se afirma que Monteverde,  
 al frente de un gran ejército,  
 para atacar a Caracas  
 avanza a sangre y a fuego!  
 Les falta a los patriotas  
 unión para contenerlo,  
 pues los mantuanos miran  
 a Miranda con recelo;

de todos recera el pueblo,  
 que tras dos años de lucta,  
 ensangrentado y hamoriento,  
 atribuye el terremoto  
 a un castigo de los cieos!...  
 Y tanto se esta enredando  
 esta madeja, que temo  
 que de Miranda y los suyos,  
 las caozas, como ejemplo  
 de la justicia del Rey,  
 dentro de poco veremos  
 en las puertas de Caracas,  
 en una jaula de hierro!  
 Nada ya puede salvarnos,  
 y por tu señor lo siento!  
 Yo, de el, dejaba estas tierras

**ZINGA.** Y por si quisiera hacerlo,  
 vengo a ofrecerte mi barco,  
 que con las velas al viento,  
 solo espera su llegada  
 para abandonar el puerto!

**BIAN.** Todos huirán; mas Bolívar  
 no abandonará su puesto,  
 pues juró romper los grillos  
 que esclavizan estos pueblos,  
 ¡y aun a costa de su vida,  
 cumplirá su juramento!

Yo, fado en sus promesas,  
 vine a estas tierras, creyendo  
 hacer en ellas fortuna,  
 y ahora, por desgracia, veo  
 que son cortas las ganancias,  
 y, en cambio, grandes los riesgos!

A mi se me da un ardite  
 la libertad de estos pueblos  
 y lo que busco es el oro,  
 y pues el oro no encuentro,  
 largo velas, y a los vientos  
 a piratería me vuelvo!

*(Por la calle del primer término de la izquierda  
 aparece don Simón Bolívar y don Francisco*

*de Iturbe, seguidos de algunos esclavos conduciendo heridos sobre parihuelas. Bolívar viste de coronel de patriotas. Colán blanco, bota fina de cuero negro, dolmán rojo con brandemburgos de oro, y sombrero plumado con plumas amarillas, azules y rojas. Don Francisco de Iturbe es enjuto, moreno y alto. Toda su figura revela la sobria hidalguía de un viejo caballero español, de aquellos que immortalizaron en sus lienzos los pintores representativos de la raza: Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz y Velázquez.) (Zingarello se vuelve hacia el grupo.)*

ZINGA  
BIAN.

¡Aquí mi señor se acerca!  
¡Gracias a Dios que le veo!

### ESCENA VII

*Dichos, Don Simón Bolívar, Don Francisco de Iturbe, una niña dormida, esclavos y heridos.*

*(Bolívar conduce en sus brazos una niña dormida, cuya cabecita se inclina sobre su hombro, medio oculta entre los pliegues de la capa. Los esclavos avanzan lentamente, conduciendo dos parihuelas con heridos. Algunos llevan picos y azadones, y otros portan antorchas encendidas. Bianchi y Zingarello se aproximan a Bolívar.)*

BOLI

*(Reparando en Bianchi.)*

BIAN.

Bianchi, ¿cuándo habéis llegado?

BOLI.

*(Saludando.)*

¡Con la última luz del día!

¡Vuestra ausencia me tenía seriamente preocupado!

Os voy a necesitar,  
y hablaros largo quisiera

BIAN

¡Mi barco en la Guaira espera  
vuestra orden para zarpar!

BOLI.

Aguardadme en mi morada.

BIAN.

*(Reparando en la niña.)*

¿Y esa niña?

BOLI.

*(Con la voz profundamente conmovida.)*

**Abandonada**

cerca de su madre, muerta,  
 en el quicio de una puerta  
 me la encontré acurrucada...

Sobre el blanco seno helado  
 llorando con voz dolida;  
 en mis brazos la he tomado,  
 y de llorar se ha quedado  
 profundamente dormida!

*(Reparando en Zingarello.)*

¡Bien hallado, Zingarello!

A tu cuidado y te celo  
 es confío este tesoro...

*(Cuidadosamente le entrega la niña, después de contemplarla un momento a la luz de la luna.)*

Su tez es nieve, y es oro  
 la maraña de su pelo!

¡Sola en el mundo está ahora!

*(A Zingarello.)*

A tus cuidados la fio...

¡Su risa clara y sonora  
 pondrá un reflejo de aurora  
 en mi hogar mudo y sombrío!

*(Se inclina y besa a la niña.)*

BIAN.

¡Un rasgo tan generoso  
 es digno de admiración!

ITURB.

*(Abrazando a Bolívar.)*

¡No hay corazón tan brioso,  
 tan noble y tan generoso  
 como vuestro corazón!

*(A una inclinación de Bolívar, Bianchi y Zingarello, con la niña en los brazos, y los esclavos conduciendo las parihuelas con los heridos, penetran en la casa.)*

### ESCENA VIII

*Don Simón Bolívar y Don Francisco de Iturbide.*

ITURB.

A vuestro corazón mi amor apela  
 Cese esta torva lucha que ha dejado

para siempre sangriento y desgarrado  
 el viril corazón de Venezuela!  
 Calle el clarín su bélico sonido;  
 vuelva a empuñar la laboriosa mano  
 el arado otra vez; tome el hermano  
 a abrazar al hermano, y que el olvido  
 restañe el seno de la patria herida...  
 Corra la paz sobre el pasado un velo  
 ¡No irrite las cóleras del cielo  
 prosiguiendo esta lucha fratricida!

3011

*(Interrumpiéndole.)*

¡Castigo y premios, para mí son vanos!  
 La visión del cadalso no me aterra,  
 pues no admito cadenas ni tiranos  
 ni sobre el cielo ni sobre la tierra!  
 Desde que yo nací, con osadía  
 América se yergue ante el castigo,  
 clamando libertad, porque conmigo  
 vino al mundo también la rebeldía!  
 Mi propio nombre es un presagio aciago,  
 contra el poder de todo despotismo  
 Al echarme las aguas del bautismo  
 quisieron darme el nombre de Santiago,  
 en homenaje al Patrón de España  
 Pero mi padre, de repente, dijo  
 atento a una inspiración extraña:  
 —¡Sólo Simón se llamará mi hijo!  
 Alguien pidió razón de tal deseo;  
 y él repuso con voz clara y serena:  
 —¡Porque, como Simón el Macabeo  
 romperá de su patria la cadena!  
 Y así formarme al Hacedor le plugo,  
 indómito al poder y al miedo ajeno,  
 como un potro rebelde a todo freno  
 y un novillo salvaje a todo yugo!  
 Era yo niño aún, cuando vencido  
 de Gual y España, el ideal caía  
 igual que un cóndor a traición herido;  
 y los sicarios de la tiranía,  
 en sus fieras e inicuas represiones,  
 buscando apoyo en testimonios falsos,

de víctimas poblaron las prisiones,  
 y de sangre tuvieron los cadalsos!  
 Con la insistencia de los pordioseros,  
 de puerta en puerta la ciudad anduvo  
 mendicando favor, hasta que obtuve  
 permiso para ver los prisioneros,  
 que a la luz temblorosa y amarilla  
 que la agonía de los cirios vierte,  
 esperaban, rezando en la capilla,  
 la libertad suprema de la muerte!...  
 En la penumbra de los calabozos,  
 pobres seres que, ahogando sus sollozos,  
 al moverse arrastraban sus cadenas!  
 Nobles varones de cabellos canos,  
 y jóvenes de pálidas mejillas,  
 que, abrazados, llorando, a mis rodillas,  
 me bañaron de lágrimas las manos!...  
 Sangró mi corazón sus agonías,  
 como si por ignotas concordancias  
 todas sus amarguras fuesen mías...  
 ¡y fuesen también mías sus venganzas!  
 —¡Valor! les dije—, y olvidad pesares!  
 ¡La sangre de los mártires, fecunda!...  
 ¡Qué os importa morir, si en vuestra tumba,  
 la patria, libre al fin, alzará altares!  
 De nuevo el llanto se agolpó a los ojos,  
 y en un hondo clamor que al cielo vuela,  
 rezaron a la par, puestos de hinojos:  
 —¡Viva la libertad de Venezuela!...  
 También recuerdo en México, que un día  
 el Virrey, con los nobles de su corte,  
 acaloradamente discutía  
 la libertad de América del Norte  
 Todos le condenaban rudamente...  
 En nombre del Derecho, un Licenciado,  
 y hasta en nombre de Dios Omnipotente  
 un sanguineo y orondo prebendado,  
 mientras lacayos de oro y de escarlata  
 con reverencias y genuflexiones,  
 servían, en bandejas de oro y plata,  
 el chocolate de las colaciones...

—¿Y qué opina el doncel venezolano?  
dijo, locuaz, mirándome el Virrey  
a través de sus lentes de carey,  
mientras que su enjoyada y blanca mano  
tomaba polvo de rapé de una  
tabaquera de esmalte y filigrana...

Y ante aquella pregunta inoportuna  
en medio de la chusma cortesana,  
repuse, levantando la cabeza  
con un noble ademán y un gesto bravo:

—¡La muerte es preferible a la vileza  
de arrastrar las cadenas del esclavo!...

Y añadió, petulante y orgulloso:

¡Dichoso el héroe que se debe ser inmortal!

¡Oh, quién me diera ser el valeroso  
Washington de la América española!

Se hizo el silencio en todos... Asombrado  
se santigua un oidor, y la cabeza  
con las manos cubrióse un prebendado;  
y el Virrey, con un dejo de tristeza,  
murmuró: Ya tocamos los escallos  
de ese ejemplo, en la fecha que se entabla,  
pues por la voz de este doncel nos habla  
el corazón de todos los criollos!...

De nuevo me ofreció su tabaquera,  
y prosiguió, bajando las pestañas:

¡Ya te habrán de curar de esa quimera  
en la Corte Real de las Españas!...

¡La Corte de Madrid! Favoritismo;  
rápida red de intrigas y traiciones;  
bajo flores se ocultan los abismos,  
y la miseria bajo ostentaciones!

¡Oh, madre España! ¡Bajo el tiempo rudo  
tu gloria excelsa amortiguó tus brillos;  
y sólo restan, de tu heroico escudo,  
las piedras de tus épicos castillos  
y la piel de tus hélicos leones!

¡Tus monarcas están degenerados!

¡Carlos Primero iba a cazar naciones,  
y Carlos Cuarto va a cazar venados!...

Manos hambrientas, labios sitibundos,  
 del fanatismo y la ignorancia opresos...  
 ¡Las joyas que Isabel trocaba en mundos,  
 María Luisa las transforma en besos!...  
 Y a presencia de tanta decadencia,  
 de tanto esfuerzo derrochado en vano,  
 el soñado ideal de independencia  
 arraigó más profundo y más lozano! ...  
 Recuerdo otro episodio... Cierta día  
 conmigo estaba, en Aranjuez, jugando,  
 el Príncipe de Asturias, don Fernando,  
 en un frontón que en el palacio había,  
 cuando en el juego, inopinadamente,  
 de un pelotazo rápido y certero,  
 le derribé la pompa del sombrero,  
 joyel de plumas de su regia frente...  
 El Príncipe, irritado, se alborota,  
 y a proseguir se niega la partida;  
 y mientras, rebotando la pelota  
 contra el muro quedóse contenida,  
 yo, pensando en el Nuevo Continente  
 que una garra despótica aprisiona,  
 juré que arrancaría de su frente  
 el más rico joyel de su corona! ...  
 Y luego, en Roma, sobre el Aventino,  
 tendido el brazo y el cabello al viento,  
 ante Roma, ante Dios y ante el Destino,  
 renové, para siempre, el juramento!  
 Y desde entonces, con el arma en vela,  
 el ojo atento y con el brazo activo,  
 lejos de otra ilusión, tan sólo vivo  
 para la libertad de Venezuela!  
 ¡Con esta fe no he de rendirme a nada,  
 y aunque en la lucha desangrado muera,  
 yo vengaré la sangre derramada,  
 y le daré a mi patria una bandera!

ITURB. Mas, renegar de España que os dió vida  
 con su sangre inmortal!

BOLL. Mas, ¿quién reniega  
 de la madre infeliz y desvalida,  
 cuando se encuentra aprisionada y ciega?

¿Cómo negar a quien nos dió sus fueros  
y enseñó a nuestras nobles rebeldías  
a luchar cual sus heras germanias  
y morir cual sus bravos comuneros?...  
Por ser sus hijos, porque al cielo plugo  
que encendiese su sangre nuestras venas,  
no admitamos tirato ni verdago,  
ni queremos prisiones ni cadenas!  
¡al desgarrar los lazos opresores,  
colaremos a España, y le diremos:

¡Señor tu también, que no queremos  
que entre cadenas prisioneras llorés!...

¡Leona, da al viento tu melena brava,  
y un himno heroico en tu rugido vibre,  
que tus hijos de América, ya libre,  
te dan la libertad que te faltaba!...

ITURB. *(Profundamente conmovido, estrechándole las manos.)*

¡Qué noble corazón! Aunque enemigo  
vuestro, en esta contienda fratricida,  
en cualquier circunstancia de la vida  
para todo podéis contar conmigo,  
porque en su fondo vuestro pecho encierra,  
para que en él se acendre y aquilate,  
el corazón más español que late  
con latido inmortal sobre la tierra!...

## ESCENA IX

*Dichos y Don Fernando de Toro.*

*(Don Fernando de Toro entra por la calle del primer término de la izquierda. Viste gallardamente su uniforme de brigadier patriota. Arrogancia aristocrática, juventud elegante. En sus maneras hay distinción, en su voz sinceridad, y en sus ojos resplandece el valor y la hidalguía. Camina apoyado en sus muletas de inválido.)*

FERN. *(Dirigiéndose a Bolívar, a don Francisco de Harbe, y saludándolos cordialmente.)*  
¡Simón!... ¡Señor don Francisco!...

BOLI. *(Abrazándole.)*

¡Fernando!...

FERN. En tu busca vengo.

BOLI. Mas, ¿qué ocurre?

FERN. El caso es grave...

Tengo que entregarte un pliego  
que del Cuartel General

trajo hace poco un correo

Tomaio... Mas, te suplico

que tengas calma al leerlo

*(Le da un pliego.)*

BOLI. *(Leyendo.)*

"Por la presente se ordena  
que sin perder un momento,

para defender la plaza,

marchéis a Puerto Cabello.

Cuartel General Miranda."

*(Profundamente indignado, estruendo el pliego.)*

¡Qué sarcasmo, vive el cielo!

Inutilizar mis bríos,

poner trabas a mi esfuerzo,

encerrándome en los muros

de una ciudad, como un preso,

cuando mi amor necesita

tierra libre y campo abierto

espacios donde tender

sus recias alas al viento!...

¡Ni mis propios enemigos

ultraje tal me infirieron!

FERN. ¡Poner freno a tanto ultraje

los mantuanos debemos!

Gracias a los sacrificios

que nosotros hemos hecho,

empuñando nuestras armas

y agotando nuestros créditos,

la revolución ha rotto

las cadenas de estos pueblos,

y gracias a los señores,

hoy son ya libres los siervos!

Y en pago de lo que dimos,

¿qué recompensa nos dieron?...  
 Nivelarnos con la plebe  
 y con los aventureros,  
 que está, por desgracia nuestra,  
 al frente de los ejércitos,  
 sin pensar que, aunque democratas,  
 llevamos en todo tiempo  
 la democracia en los labios,  
 la aristocracia en el pecho,  
 que no en balde somos hijos  
 de aquellos nobles guerreros  
 que a los Monarcas Católicos  
 un Nuevo Mundo ofrecieron!

URB.

Vosotros sois los culpables;  
 y vos, Simón, el primero!  
 Contra la opinión de todos  
 vuestros nobles compañeros,  
 a don Francisco Miranda  
 vos trajisteis del destierro,  
 y Dictador le nombrásteis!...  
 ¡Tornad al Rey, que aún es tiempo;  
 y como aquellos gloriosos  
 paladines de otro tiempo,  
 puesta una rodilla en tierra,  
 decid a Fernando Séptimo:

«¡Un Nuevo Mundo perdisteis,  
 y un Nuevo Mundo os devuelvo!  
 Y si regío es la presente,  
 el pago será más regío!»

BOLE.

*(Después de un momento de vacilación, irguiendo orgullosamente la cabeza.)*

No me tentéis, don Francisco,  
 porque es inútil intento,  
 que a recompensas ajenas  
 ultrajes propios prefiero!  
 Relajar la disciplina  
 es relajar al ejército  
 la disciplina lo manda,  
 y a su fallo me someto,  
 que entre el deber y el orgullo  
 el deber siempre es primero!

Antes que despunte el día  
 marcharé a Puerto Cabello,  
 que si hoy acortan mis alas,  
 ya vendrán mejores tiempos,  
 en que apaguen las estrellas  
 con la altivez de su vuelo!

FERN.

*(Abrazando a Bolívar.)*  
 ¡Oh, Bolívar; tú eres digno  
 de vivir en otros tiempos,  
 que un alma como la tuya  
 tiene un temple tan soberbio,  
 que ni se dobla ni rompe,  
 lo mismo que los aceros  
 que en sus fraguas inmortales  
 forjó la imperial Toledo!

BOLL.

*(Despidiéndose.)*

Al Cuartel voy a dar órdenes.

FERN.

Pues en tu casa te espero.

*(Bolívar sale por la calle del primer término  
 de la izquierda.)*

### ESCENA X

*Don Luis de Iturbe y Don Fernando de Toro.*

ITURB. ¡Gran corazón,  
*(Por Bolívar.)*

FERN. ¡Yo, la vida  
 a ese corazón le debo!

ITURB. *(Con intención.)*  
 Pues vigilad bien la suya,  
 que en los tiempos que corremos,  
 ser traidor es el oficio  
 más lucrativo. Y yo temo,  
 no venganzas de los míos,  
 sino envidias de los vuestros;  
 y aunque enemigo en política,  
 como un hermano le quiero!

FERN. Pues viviré prevenido.  
 ¡Y a mí mismo me prometo  
 que pañal que busque el suyo!

antes se hundirá en mi pecho,  
que el ser desagradecido  
no es propio de un caballero!...

### ESCENA XI

*Dichos y el mulato Machado.*

FERN. *(Al mulato Machado.)*

¿Qué pasa?...

MACH.

¡Que por Caracas

andan sueltos los infiernos!

Prendieron a unos realistas

esta mañana, y, temiendo

que al conocer la noticia

pueda alborotarse el pueblo,

a fusilarlos los llevan!

FERN.

*(Desesperadamente.)*

¡Don Fernando, por el cielo,

para no aumentar sus iras,

salvad a los prisioneros!...

*(Por la calle de la derecha se precipita doña Josefina Machado, desmelenada y trágica, con el manto negro flotando sobre su espalda como un ala de sombra. Es fina, esbelta y ágil. Ojos y cabellos negros. Blancura pálida de citóia. Penetra en la plaza, como ciega, tropezando con los escombros y los troncos de los árboles, y al divisar a los que dialogan se dirige a ellos con los ojos cubiertos de lágrimas y las manos tendidas en una imploración desesperada.)*

### ESCENA XII

*Dichos y Doña Josefina Machado.*

JOSEF.

*(A don Francisco, casi próxima a desfallecer. El mulato Machado se estremece al contemplarla. Don Fernando de Toro se le aproxima para ampararla.)*

¡Bolívar!... ¡Pronto, Bolívar!...

¿Dónde está? ¡Mi padre han preso,  
y a fusilarlo lo llevan!...

—¡Ve a Bolívar!— me dijeron.

—¡Si Bolívar no lo salva,  
tan sólo Dios podrá hacerlo!

¡Decidme dónde se encuentra,  
porque si pierdo un momento  
en encontrarle, quizás  
será inútil el encuentro!...

FERN. Salió Bolívar; más pronto  
lo tendremos de regreso!...

FERN. ¡Estad tranquila, señora!

¡Vuestro padre salvaremos!...

JOSEF. ¡No hay que perder un instante!...

*(Reparando de súbito en el mulato Machado, y  
acogiéndose a él.)*

¡De nuestra infancia en recuerdo,  
para salvar a mi padre,  
búscame a Bolívar presto!...

Mi padre te hizo hombre libre...

¡Paga tus deudas, liberto!

¡La libertad y la vida  
son cosas del mismo precio!...

¡Corre a salvar a mi padre!...

¡Su salvación sólo esperó  
de la piedad de Bolívar,  
o de un milagro del cielo!...

*(Desfilando soliozante, sostenida por Fernando  
de Toro y don Francisco de Iturbe.)*

MACH. *(Aparte, contemplando con un gozo infernal.)*

¡Si le fusilan, es mía!

¡Venganza, llegó el momento  
en que comés a su orgullo  
todas sus deudas con réditos!...

*(Resuena más cerca el redoble de los tambores.  
Bolívar le muestra por la calle de la izquierda,  
y se dirige al grupo.)*



## ESCENA XIII

*Dichos y Simón Bolívar.*

- ITURB. *(Contemplando a Bolívar.)*  
 ¡No os preocupéis de Bolívar,  
 que a aquí lo conduce el cielo!  
*(Josefina corre hacia Bolívar, y se abraza, so-*  
*llozando, a sus rodillas.)*  
 ¡Señor, salvad a mi padre!  
 ¡Sólo vos podéis hacerlo!  
 ¡Os lo pido de rodillas,  
 llanto de sangre vertiendo,  
 por la salud de los vivos,  
 y el alma de vuestros muertos!
- BOLI. *(Absorto en la contemplación de su dolor y de su belleza.)*  
 ¡Alzad del suelo, señora,  
 pues no es justo este en el suelo  
 belleza a la que de hinojos  
 adorar todos debemos!
- JOSEF. Por una denuncia falsa  
 esta tarde le prendieron,  
 y a fusilarle esta noche  
 le llevan, con otros presos!  
 ¡Es inocente!... ¡Os lo juro!
- BOLI. *(Galantemente extendiéndole la mano para que se levante.)*  
 ¡Mi señora, reponeos,  
 porque inocente o culpable,  
 darle libertad prometo!
- JOSEF. *(Cubriendo de lágrimas las manos de Bolívar.)*  
 ¡Gracias, señor!
- BOLI Por serviros  
 en tan justos sentimientos,  
 y mirar libres de lágrimas  
 esos lindos ojos negros,  
 capaz fuera de arrancarle,  
 a estocadas, del infierno  
*(Resuena un redoble de tambores por la calle de la derecha, y aparecen por ella los presos.)*

*custodiados por un piquete de soldados. Los presos, con las vestiduras desgarradas y los rostros pálidos, vienen unidos en cuerda. Delante de los soldados, con su uniforme de coronel, el gobernador, don Juan Nepomuceno Quero. Es un mozo arrogante, de ojos azules y patillas rubias.)*

## ESCENA XIV

*Dichos, Don Juan Nepomuceno Quero, Don Carlos de Machado, presos y un piquete de soldados.*

ITURB. Mas, ¡escuchad los tambores!...

¡Hacia aquí vienen los presos!...

JOSEF. *(Queriendo correr hacia su padre.)*

¡Padre mío!...

¡Padre mío!...

FERN. *(Conteniendola.)*

¡Mi señora, conteneos!...

*(Bolívar se adelanta hacia el piquete de soldados, seguido de Fernando de Toro, mientras don Francisco de Iturbe procura detener a doña Josefina Machado.)*

BOLI. *(Deteniendo a los soldados.)*

¡Muchachos, muchachos, alto un instante!

*(Los soldados se detienen. Momento de ansiedad.)*

JUAN. *(Saludando militarmente.)*

¡Bolívar!...

BOLI. Coronel Quero:

en nombre de la República  
mandad que suelten los presos!

*(Un estremecimiento de esperanza recorre a los cinco prisioneros.)*

JUAN. *(Con asombro.)*

¿Qué decís?

BOLI. ¡Es una súplica,  
y que la atendáis espero!

JUAN. ¡Los condena una denuncia!

BOLI. ¿Y a una denuncia dais crédito?

Si los fusiláis ahora,  
y se comprobase luego  
que la denuncia era falsa,  
decidme, coronel Quero,  
ante Dios y ante los hombres,  
¿cómo enmendabais el yerro?

JUAN.

*(Dudando.)*

¡Hay pruebas!...

BOLI.

Habiendo pruebas

más insisto en mi deseo,  
que el libertar los culpables  
es acción de mayor mérito.

*(Todos siguen atentamente el diálogo, sin atreverse a pronunciar palabra.)*

¡Dadles suelta, coronel,  
y no perdamos el tiempo!

¡Con mi hacienda y con mi vida  
respondo por todos ellos!

FERN.

*(Adelantándose.)*

¡Yo también, como rehenes,  
mi hacienda y mi vida ofrezco!

*(Momento de suprema expectación. Todas las miradas se clavan en el rostro de don Juan Nepomuceno Quero.)*

JUAN.

*(Después de un momento de vacilación.)*

¡Nada negaros podría  
ante tal ofrecimiento!...

¡Atenderé vuestras súplicas!

*(Volviéndose a los soldados.)*

¡Soltad a los prisioneros!

*(Un grito de júbilo se eleva de todos los corazones. Los soldados rompen la cuerda, y Josefina corre a arrojarle en los brazos de su padre.)*

PRESO.

*(Abrazándose a Bolívar.)*

¡Gracias, señor!...

OTRO.

*(Abrazándose también, con los ojos llenos de lágrimas.)*

¡Con mi vida

os pagaré la que os debo!

JUAN

¡Soldados, vamos en marcha!

- (A los soldados.)  
**BOLI.** (Despidiéndose con Fernando de Toro, de Quero.)  
 ¡Mil gracias, coronel Quero!...  
 (Los presos salen por la izquierda. Los soldados desfilan por el mismo lado.)
- CARE.** (A Bolívar.)  
 ¡Qué he de deciros, Bolívar, sino que obligado quedo!...
- JOSEF.** Una acción como la vuestra será eterna en mis recuerdos!...  
 (Bolívar y Fernando de Toro le besan gentilmente la mano, y abrazada a su padre, salen también por la izquierda. Se oye, a lo lejos, la campanilla de la procesión, que regresa al templo. La campana de la iglesia comienza a doblar de nuevo. Bolívar se despide de don Francisco de Iturbe, y seguido de don Fernando de Toro, se dirige a su casa.)

### ESCENA XV

*Don Francisco de Iturbe y el mulato Machado.*

- MACH.** (Que ha quedado perplejo entre quedarse a acompañar a sus antiguos señores.)  
 ¡Esas generosidades castigan también los cielos!
- ITURB.** (Sorprendido.)  
 Mas, ¿qué decís?
- MACH.** (Torvamente.)  
 ¡Que esta noche andan sueltos los infiernos!...  
 Vos no temed, don Francisco, porque vos sois de los nuestros! Se ayer cumplióse en Caracas la justicia de los cielos esta noche la justicia de los hombres ya comienza!  
 (La procesión desfila por la plaza. Penetran en el templo las imágenes y los estandartes los

*sacerdotes y los monagos. La multitud se arremolina en torno a Fray Félix de Sosa, que, encaramado sobre un montón de escombros, casi en el centro de la plaza, se dispone a dirigirles la palabra. El mulato Machado se une a la multitud. Don Francisco de Iturbe se dirige a la casa de Bolívar. Un momento solemne de silencio, en el cual sólo se oye el jadear fatigado de la muchedumbre apiñada en torno a Fray Félix.)*

ITURB. ¡Prevenamos a Bolívar,  
que el caso puede ser serio!  
(*Entra en la casa.*)

### ESCENA XVI

*Fray Félix de Sosa, el mulato Machado, Jacinto el negro, la Viuda, la Huérfana, el Lazarillo, un Anciano. Hombre primero, hombres, mujeres y niños*

FRAY. (*Con la voz tonante y el ademán frenético del fanatismo, la multitud le escucha aterrado*)

¡Señor, Señor, perdona nuestros torpes pecados!

¡Aparta de Caracas tus ojos irritados!

¡Ten de nosotros compasión!

¡Castiga a los herejes que hollaron tu ley santa!

¡Sobre tu altiva frente tu cólera levanta!

¡Confúndalos tu admonición!

¡Por su culpa traidores hemos sido a la ley!

¡Hollamos nuestra patria, renegamos del Rey  
y de tu santa religión!

Nos ladran las miserias y nos gruñe la muerte,  
y la Naturaleza sobre nosotros vierte  
su destructora maldición!

Para calmar las iras de Dios Omnipotente,  
mesad vuestros cabellos, encenizad la frente,  
rasgad las ropas de dolor;

y puestos de rodillas, gritad todos llorando:

—¡Perdónanos, Fernando!

¡Misericordia, mi Señor!

MULTI. *(Postrada de rodillas, en un alarido de arrepentimiento.)*

--¡Perdonanos, Fernando!...

¡Misericordia, mi Señor!...

FRAY.

¡Es patente el milagro!... ¡Las ciudades alzadas en sus propios escombros quedaron sepultadas!...

¡Ninguna de ellas se salvó!...

¡Tan sólo en pie quedaron las ciudades leales, porque contra las bárbaras potencias infernales, Dios con su manto las cubrió!...

Cuando protesta el Cielo contra tanta insolencia, ¿sólo vosotros, hombres, sufriréis con paciencia un vilipendio tan feroz?...

¿Dejaréis que devore la cizaña los granos de las celestes mieses, cuando pueden las manos segar los campos con la hoz?

¡Que en tigres y leones se truequen los corderos; que incendien los espacios relámpagos de acero para abatir al desleal,

si no queréis que rueda desquiciado el planeta, mientras retumba el trueno que lanza la trompeta del Angel del Juicio Final!...

¡Dios está con nosotros!... ¡En nombre de la ley empuñemos las armas para vengar al Rey y a nuestra Santa Religión;

que hasta las mismas cóleras de la Naturaleza, indignadas del crimen, se aprestan con fiereza a castigar la rebelión!

*(Mientras la multitud se estremece como una poseída, fanatizada por las palabras del fraile, Simón Bolívar, que desde la puerta de su casa ha oído los últimos periodos, irrumpe violentamente en el centro de la plaza, entre el asombro y la consternación de todos. Zingarello le sigue, y Fernando de Toro y don Francisco de Iturbe, sin poder contenerle, permanecen, prontos a la defensa en los umbrales de la casa.)*

## ESCENA ULTIMA

*Dichos, Simón Bolívar, Fernando de Toro, Don Francisco de Iturbe y Zingarello.*

BOL. *(Dirigiéndose al fraile, con la espada desnuda.)*  
 ¡Calla, fraile insolente, mal cristiano,  
 o te arranco la lengua con mi mano!  
 ¡Manchando estás la religión cristiana!...  
 Cristo no vino a redimir verdugos,  
 sino a romper cadenas y a hollar yugos,  
 para erigir la libertad humana!  
 Si la Naturaleza, en su fiereza,  
 al despotismo secular se alia,  
 lucharemos con la Naturaleza,  
 y triunfaremos de la tiranía!  
*(Arroja al fraile al suelo, y dispersa con su espada a la multitud aterrada, mientras descien-  
 de lentamente el*

## TELÓN

## ACTO SEGUNDO

Interior de la casa solariega de los Bolívar, en Caracas. Por el hueco de un gran arco se divisa un patio con una fuente monumental de tres caños, empotrada en el muro de la derecha. Las armas de los Bolívar campean, esculpidas en piedra, en el frontispicio de la fuente. Entre la fuente y el arco, una puerta de escape. Al fondo de este patio, otro arco más pequeño que da a otro patio, donde, al resplandor de la luna, sangran los flores rojas de los granados. A la izquierda, desde el arco central, una galería de tres arcos, que termina en una amplia puerta de madera labrada. En la galería, grandes escaños de caoba de alto respaldo blasonado. Sobre el muro, antiguos retratos de damas y caballeros en marcos de tallas doradas; damas y caballeros en caysn trajes y atavíos resplandecen todas las pompas, las sedas y los terciopelos, las joyas y los brocados de los siglos XVII y XVIII. En el primer término de la izquierda, otra gran puerta de madera labrada, como la del fondo de la galería. Encima de la puerta, dentro de su marco de talla dorada

empalidecida por los años, el retrato del fundador, el muy noble y valeroso señor don Simón de Bolívar Ochoa de la Rementería, procurador de Su Católica Majestad don Felipe II. Su rostro tiene la energía, la espiritualidad y la llama interior que enciende los atargados y pálidos semblantes de los hidalgos de Pantoja. Se destaca sobre un fondo gris, armado con todas armas, con la mano izquierda apoyada en el pomo de la espada, y la diestra sobre una mesa cubierta por rica estola de seda verde aceituna, donde descansa el yelmo de batalla. En uno de los ángulos del retrato aparece el antiguo escudo de los Bolívar, de un solo cuartel, donde campea una rueda de molino, de plata, en fondo de azur. A la derecha, en primer término, antes del comienzo del arco, una gran mesa de un solo tablero de caoba, cuyos pies, en forma de columnas salomónicas, están unidos entre sí por travesaños de hierro, trabajado también en espirales. Entre la mesa y la pared, un sillón frítiluno de cuero de Córdoba, con grandes clavos dorados, en cuyo alto respaldo aparece también, de talla dorada, el escudo de la casa. Pavimento de mosaico, en el interior, y de losajes de piedra blanca en el patio. Muros encalados. Viguería maciza de cedro. Una franja de azulejos rojos y azules, como de vara y media, cubre los muros. Dos grandes faroles de cristales verdes y amarillos alumbra la galería, pendientes del techo por largas cadenas. Otro farol, de la misma forma y colores, cuelga del arco central, cerca de la mesa.

## ESCENA I

Zingarello los esclavos Hipólita, Matea, Gonzalo, Pío, José y otros esclavos.

*(Cada uno porta un presente. Ramos de flores, jarras de miel, jarras de leche y cestos con queso y fruta. Zingarello lo recoge, y se los va entregando a Pío, que los coloca en el primer estanco de la galería.)*

JOSE. *(Entregando a Zingarello su presente.)*  
 Traigo a mi abito como presente,  
 la miel más dulce de sus colmenas!  
 En vez de flores, libaron oro  
 en sus panales nuestras abejas!

GONZA. *(Idem id.)*

¡Yo, el mejor queso de sus rebafios,  
hecho con leches de cabras navas!...  
¡Los más fragantes granos que cuajan  
los cafetales de sus haciendas!

MATEA. *(Idem id.)*

Yo, estas paionas que hicieron nido  
entre las ramas de aquella ceiba,  
donde solía colgar su hamaca  
para, a sus anchas, dormir la siesta!

ZINGA. *(A Hipólita.)*

Y tú, ¿qué portas para tu amato?...

HIPOL. ¡Le traigo flores para sus muertas!

*(Resuena el toque de ánimas. Todos se descubren y se postran de rodillas.)*

GONZA. ¡Suenan las ánimas! ¡Recemos todos,  
si el mayordomo nos da su venia!

*(A una señal de asentimiento de Zingardito todos se postran y rezan.)*

HIPOL. Cristo divino, Padre clemente,

por tu doliente crucifixión;  
por las espinas, que ornan tu frente,  
y hacer que sangre tu corazón;  
por los dolores tan afflictivos  
de tus costados por siempre abiertos,  
salud y dicha para los vivos,  
y gloria eterna para los muertos!

*(Bolívar aparece en el umbral de la puerta de escape de la derecha, y se queda un instante contemplando el cuadro.)*

## ESCENA II

*Dichos y Simón Bolívar.*

*(Al aparecer Bolívar, todos se levantan y se postran de nuevo.)*

BOL. *(Haciéndolos levantar.)*

¿A qué vinisteis?...

GONZA. ¡A visitarte!...

¡Ve las ofrendas de los esclavos!

¡Venimos, como todos los años,  
nuestras primicias a regalarte!...

BOLI. Por las primicias que me brindáis,  
decidme, en pago: ¿qué deseáis?

GONZA. *(Inclinándose de nuevo.)*  
¡Anito, mi hijo Simón quisiera  
que le donaseis por compañera  
a Margarita, la molinera,  
que es una rosa de primavera!

BOLI. El, en los juegos de nuestra infancia,  
cuando yo era Roldán de Francia,  
fué el escudero que en mis empresas,  
lanza y escudo me sostenía;  
el que conmigo monstruos vencía;  
desencantaba rubias princesas;  
libraba pueblos de extraños yugos,  
y de los cedros de los jardines  
colgaba el cuerpo de los verdugos,  
de los traidores y los malsines!...  
¡Alza del suelo, mi buen Gonzalo!...  
¡Será cumplida tu voluntad,  
y de sus bodas, como regalo,  
a ambos les brindo la libertad!  
*(Lo levanta con afectuosidad.)*  
¿Ya no recuerdas, cuando eras niño,  
con qué ternura, con qué cariño,  
en tus rodillas me cabalgabas,  
y, en las veladas, me relatabas,  
mientras gemían ronco los vientos,  
viejas leyendas de encantamientos?  
La de la mora que un viejo mano  
trocara en fuentes; la del Barano  
López de Aguirre, cuya alma en pena,  
de fuegos fatuos la noche llena,  
entre los pinos y entre las cañas  
que ornán las cumbres de las montañas!  
En recompensa de aquellos cuentos,  
y de tus raros merecimientos,  
y del cariño con que me quieres,  
desde ahora, libre también tú eres!

GONZA. Amo: mis padres, y los abuelos  
 de mis abuelos, todos los míos,  
 poblaron siempre tu señorío,  
 y no tuviera, bajo los cielos,  
 otros señores que tus mayores! . . .  
 Su sangre hizo rojas las flores  
 que prenden llamas en tus rosales,  
 y fecundaron con sus sudores  
 y con sus huesos tus cafetales!  
 Visten, desde hace doscientos años,  
 con los vellones de tus rebaños;  
 y de los cedros de tus montañas  
 cortan las vigas de sus cabañas,  
 forman la cuna para sus hijos,  
 los ataúdes para sus muertos,  
 y hasta fabrican los crucifijos,  
 que con sus grandes brazos abiertos,  
 guardan la tumba de sus amores! . . .  
 Tu hierro ostenta, y forma una  
 parte integrante de la fortuna  
 que has heredado de tus mayores!  
 ¡Somos tan tuyos, como las crías,  
 que van mugieado tras los ganados,  
 que son orgullo de su potrero! . . .  
 ¡Llevarnos puedes, cual mercancía,  
 a subastarnos a los mercados,  
 o a degollarnos al matadero!  
 Si ahora me arrojas de tu heredad,  
 ¿para qué quiero la libertad?

BOLI *(Impresionado por el acento doloroso del esclavo.)*

¡Cómo arrojarte de los parajes  
 donde las gentes de tus linajes,  
 con sus constancias y con sus bríos  
 trocó las selvas y las montañas  
 en lujuriantes campos de cañas,  
 que ya son tuyos, aun más que míos!  
 ¡Mi buen Gonzalo, vete, y descuida,  
 que donde mismo se abrió tu vida  
 a la celeste luz de los cielos,  
 cuando tu pobre cuerpo sucumba,

podrán tus hijos cavar tu tumba  
junto a las tumbas de tus abuelos!

GONZA. *(Bañándole en lágrimas las manos con la voz recortada en sollozos.)*

¡Bendiga el cielo, Señor, tus días,  
y haga perpetuas tus alegrías,  
y te conceda lo que mereces!...  
¡Prole fecunda! ¡Y que mis hijos  
vivan y mueran en tus brazos,  
y tus bondades paguen con creces!

HIPOL. *(Adelantándose a todos con los brazos.)*

También yo quiero felicitarte,  
y un pobre obsequio vengo a traerte.

*(Se abraza al cuello de Bolívar.)*

¡Mis labios tienen sed de besarte,  
y mis pupilas ansias de verte!

*(Lo mira y besa, embobada de ternura.)*

BOLI. *(Acariciándola.)*

Pues, mira y besa, ¡tienes derecho!

HIPOL. ¿Cómo pensaste que hoy no viniera  
quien te dió el pecho por vez primera,  
y el alma entera te dió en su pecho?

¡Es cumpleaños! ¡Te traigo flores  
para la tumba de tus amores!

Mis propias manos las han cortado  
de un rosal blanco por ti plantado,  
cuando mi nombre balbuceabas,  
y ni tres palmos del suelo alzabas!

¿No lo recuerdas?... ¡El que engalana  
de nieve el marco de tu ventana,

el que constantemente se enflora  
con rosas dignas por sus blancuras  
de ornar bordadas las vestiduras  
que lleva puestas Nuestra Señora!

¡Tú eras entonces muy buen cristiano  
¡ibas en todas las procesiones,  
llevando un cirio blanco en la mano;  
por Navidades tu altar ponías

y en las penumbras de los salones,  
entre mis brazos te adormecías.

*(Con severidad afectada.)*

balbuceando tus oraciones!...

Ahora me dicen que andas mezclado  
con los herejes que han derribado  
a Jesucristo de los altares;  
con los que quieren quitar al Rey,  
para, a sus anchas, vivir sin ley,  
y hacer que corra la sangre a mares!  
Eso se dice por San Mateo...

Pero, mi niño, yo no lo creo,

*(Con orgullosa ternura.)*

porque conozco tu corazón,  
y sé que es puro como estas flores,  
y guarda dentro la religión  
que fué legado de los mayores!

BOLL. *(Sonriendo con alegría y dedicación a la nodriza.)*

Por mí no pases ningún cuidado,  
porque este cuerpo que tanto amas,  
para las llamas no lo has erado,  
y por mis culpas no irá a las llamas!  
Mas, por si acaso; por si el Demonio,  
mi pobre alma tentar quisiera,  
en los altares de San Antonio  
enciende cuatro velas de cera!

*(Volviéndose a los otros.)*

¡Pobres esclavos, del suelo azaod,  
que cual recuerdo, desde este día  
concedo a todos la libertad,  
porque no es justo, noble ni humano,  
que el que combate la tiranía,  
esclavos tenga como un tirano!...

*(El júbilo llena los ojos de lágrimas y de agradecimiento.)*

MATEA *(Besándole las manos a Bolívar.)*  
¡Gracias, amito!

JOSE *(Idem id.)*  
¡Con tus virtudes  
nos ligan nuevas esclavitudes!

GONZA Libres nos hacen, pero entretanto  
será más firme la sumisión

pues no hay cadenas que amarren tanto  
 cual las cadenas del corazón!...  
*(Todos se inclinan, y van saliendo por la puerta  
 del fondo de la galería.)*

MATEA. *(Volviéndose a Bolívar.)*  
 ¡Que Dios derrame sobre tus huellas  
 más alegrías y más consuelos

HEPOL. *(Abrazando de nuevo a Bolívar.)*  
 que arenas tiene la mar, y estrellas  
 de noche muestran los altos cielos!...  
 ¡Y que a tus pasos sirva de guía,  
 como una madre, Santa María!...  
*(Desaparecen, entre alabanzas y bendiciones,  
 por la puerta del fondo de la galería.)*

### ESCENA III

*Simón Bolívar, Zingarello y Pio.*

ZINGA. *(Con emoción.)*

BOLI. ¡Señor, qué gesto tan noble y bello!  
 Es lo que resta de mis haciendas,  
 que, confiscadas por los tiranos,  
 me dejan pobre sobre la tierra!  
 ¡Mas prediquemos con el ejemplo,  
 y así eficaces serán las prédicas!...  
 ¿De un pueblo esclavo romper queremos  
 la servidumbre de sus cadenas?...

ZINGA. ¡Antes hagamos a todos libres,  
 para que libre la patria sea!...  
 ¿Qué haréis ahora, señor, qué haréis,  
 inerme y pobre, solo y sin fuerzas,  
 cuando las tropas de Monteverde  
 ya son las dueñas de Venezuela?

BOLI. ¡Volver de nuevo con más denuedos  
 y con más bríos a la pelea,  
 porque las almas como la mía  
 en los reveses su temple prueban!  
 Todo se opone contra mis sueños  
 y se conjura contra mi estrella;  
 mas, por el alma de mis mayores:

por los que alzaron las firmes piedras  
 de esta morada, y hace dos siglos  
 que cual señores moran en ella,  
 ¡juro no darle paz a mi vida  
 hasta que, al cabo, triunfe en mi empresa!...  
 Si en mi sendero de honor cejara,  
 (Señalando a los retratos.)  
 de esos retratos se desprendieran  
 todos mis muertos, para pedirme,  
 conmigo a solas, estrechas cuentas,  
 de la nobleza que me legaron  
 y de la sangre que arde en mis venas!...  
 (Resuenan aldabonazos lejanos, por la derecha.)

PIO. Están llamando...

BOLI. (A Zingarello.)

Ve tú quién llama...

(Zingarello sale por la puerta de escape.)

Dame mis armas, porque pudieran

(A Pio.)

tramar alguna nueva asechanza,  
 y no es prudente vivir sin ellas!...

(Pio sale por la puerta del fondo de la galería,  
 y vuelve con un par de pistolas y una espada,  
 que Bolívar ciñe al cinto.)

ZINGA. (Entrando por la puerta de escape.)

Son unos cuantos amigos vuestros  
 que urgentemente veros desean...

BOLI. (A Pio.)

Abre.

(Sale Pio por la puerta de escape.)

ZINGA. (En voz baja a Bolívar.)

La dama vendrá... Ya es hora...

BOLI. Pues en la calle su paso acecha,  
 y cuando llegue, con gran recato  
 por la otra puerta falsa la entras!...

(Sale Zingarello por la puerta del fondo de la  
 galería, mientras Bolívar se dirige a la puerta  
 de escape de la derecha a recibir a los que en-  
 tran.)

## ESCENA IV

*Amón Bolívar, Fernando de Toro, Mariano Montilla, José Félix Ribas, Juan Nepomuceno Quero y Pío.*

*(Todos tienen un aire señorial y noble que reclama, más que la elegancia de sus trajes y de sus sombreros a la moda inglesa, la virtud gloriosa de los gregüescos, los justillos y los chambergos plumados de antaño. Son jóvenes impetuosos y alegres. Bolívar corre a su encuentro y los va saludando afectuosamente.)*

- BOLÍV. ¡Salud, nobles amigos!... ¿A qué debo que honreis en esta noche mi morada?
- FERN. ¡De cólera, a decirlo no me atrevo!  
La capitulación ya fué burlada por Monteverde!
- MARIA. Al son de los tambores,  
por la solemne voz del pregonero,  
anuncia al mundo que esgrimíó el acero,  
dispuesto a degollar a los traidores!  
Y resuena su voz tan hosca y dura,  
que escuchando el pregón---¡caraspe!---empieza  
a erizarseme el vello de pavora,  
pues parece que miro mi cabeza,  
que en torrentes de sangre se desguaza,  
y al viento en muecas de dolor se mueva,  
despertando la risa de la plebe,  
clavada en una pica, en una plaza!...
- RIBAS. Las capitulaciones están rotas,  
y, víctimas de inicuas represiones  
otra vez teñirán los patriotas,  
con su sangre, cadalsos y prisiones!
- JUAN Sin armas ni recursos nos hallamos.  
¿Qué nos resta que hacer?
- MARIA *(Sin perder su aire burlón)*  
¡Humílimente  
regresar al fútil de nuestro amor!  
Vestirnos en sayal de penitente;  
y descalzos, con un dogal al cuello

atravesar las calles sollozando,  
de los cirios al tragico destello:

—¡Perdona nuestro crimen, Rey Fernando!...

JUAN.

¡Resistir es inútil!... ¡Con denuedo

se apresta Aníbal a destruirnos!...  
Solo queda un recurso...

RIBAS.

¿Cuál?...

JUAN.

¡Rendirnos!...

BOLL.

(Violencia.)

¡Solo se rinde la traición y el miedo!...

En el palo mayor de mi navio

icé a los cuatro vientos mi bandera,

y os puedo asegurar que no la arrio,

y seguirá flozando hasta que muera!...

JUAN.

¡Transijamos ahora, y esperemos

ocasion mas propicia y de más suerte!...

¡Transigir es vencer!

FERN.

¡No!, que aun tenemos

un remedio mejor: ¡el de la muerte!...

Si nuestra casa hasta los techos arde,

¿para que discutir mientras se quema?...

¡Apagarla o morir es el problema,

y el que la deje arder es un cobarde!...

JUAN.

Esperemos a ver que se decide

en España, si el trono es de Fernando

o de Napoleón!...

BOLL.

Pero, ¡hasta cuándo

la estéril discusión que nos divide!...

¡Qué importa que la España venda ahora

sus esclavos al Corso, o que los quiera

retener en sus garras opresoras,

al amparo otra vez de su bandera,

si nosotros estamos decididos

a morir o ser libres!... ¿Qué esperamos?

¿Qué vamos a esperar, cuando tenemos

ya de tanto esperar los pies tullidos?...

¿Tres siglos de opresión pasan en vano?...

Vacilar es morir, ¡y yo prefiero

morir luchando como un caballero

a vivir sin honor como un villano!

JUAN.

¡Perdió el pueblo la fe!... ¡No seguiria

- nuestro ideal!... ¡Ama los viejos lazos!...  
 MARIA. El pueblo es un rebaño que se guía  
 al compás del rabel o a latigazos!...
- JUAN. ¡La situación examinad conmigo!...  
 ¡Capitulamos!...
- BOLL. ¡No capitulamos!...  
 Capituio Miranda, ¡y en castigo,  
 en La Guaira, al huir, lo aprisionamos!...  
 Si ahora, por desengaños o temores,  
 las capitulaciones aceptamos,  
 en prender a Miranda mal hicimos!...  
 ¡Y, o somos con la patria unos traidores  
 o unos villanos con Miranda fuimos!...
- RIBAS. ¡Sepultad el pasado en el olvido,  
 y obren las manos lo que el labio calla!...  
 A las doce, en el sitio convenido  
 nos reunirémos, y si no nos falla  
 la ocasión o el recelo no nos pierde,  
 el cuartel o el palacio asaltaremos...  
 ¡Y en vez de que nos prenda Monteverde,  
 en su casa, nosotros le prendemos!...
- JUAN. ¡La cabeza se arriesga en la partida!...  
 ¡Es ardua la ocasión, y somos pocos!...  
 ¡Emprenderla es locura!...
- MARIA. ¡Hay que ser locos  
 para ser algo grande en esta vida!...  
*(Volviéndose jovialmente a Bolívar.)*  
 Mas ¡cáraspe!, Simón, ¿has olvidado  
 la tradición galante de esta casa,  
 cuando ni una botella has descorchado  
 en honor de tus huéspedes?... ¡Me abrasa  
 la garganta la sed!...
- BOLL. ¡Fú siempre el mismo!...  
 ¡Zumbando, a flor de labios, la ironía,  
 y en el fondo del alma el heroísmo,  
 que risueño a la muerte desafía!...  
*(A una inclinación de Bolívar, Pío, que habrá  
 permanecido en un escaño del fondo de la ga-  
 llería, penetra por la primera puerta de la iz-  
 quierda, y sale al instante con una botella de  
 champaña.)*

MARIA. *(Mientras Bolívar descorcha y escancia el vino en las copas.)*

¡Por fin, que tus deberes has cumplido!...

*(Solemnemente, levantando su copa espumante de champaña.)*

Al dar las doce, al sitio convenido  
 todos dirigiremos nuestro paso  
 para forzar la suerte... ¡Y, por si acaso,  
 en nuestros ojos fulgurar no vemos  
 la ardiente claridad de la mañana,  
 levantemos las copas, y brindemos  
 por la gloriosa libertad humana!

*(Todos chocan las copas y brindan. Después se despiden de Bolívar y desfilan por la puerta de escape de la derecha, precedidos de Pio. Al ir a salir Fernando de Toro, que se habrá quedado el último, Bolívar lo detiene por el brazo y torna con él al centro de la escena.)*

#### ESCENA V

*Simón Bolívar y Fernando de Toro.*

BOLL. ¡Tú te quedarás, Fernando!...

FERN. ¡Tu amistad no ha de exigirme tal infamia!...

BOLL. ¡Que tú vengas con nosotros es un crimen!

¡Vamos a buscar la muerte antes que la Luna expire!...

FERN. *(Con dignidad y amargura.)*

Si la muerte vais buscando,

¿por qué buscarla la impides al que, inválido en el mundo,

tan sólo de estorbo sirve?...

Porque me ves mutilado,

¿es justo, di, que me prives de morir como murieron los varones de mi estirpe?...

BOLL. *(Sentándose con Fernando de Toro, junto a la mesa.)*

¡Siéntate y oye, Fernando!

*(Pequeña pausa.)*

Un favor voy a pedirte...

¡Necesito que te quedes!

FERN.

¡Ese, Simón, no es posible,  
que hay peligros, y a tu lado  
quiero estar cuando peligros!

BOLL.

¡Pues quedándote en Caracas,  
mejor pudieras servirme!...

FERN.

¡No comprendo...!

BOLL.

Si una dama

amparo y favor te pide,

¿tu lealtad de caballero

fuera a su voz insensible?

FERN.

¡Mi vida diera gustoso  
si una dama me lo exige!

BOLL.

¡Pues bien, Fernando,  
una dama

se encuentra en trance difícil,

y a ti acudo a que la sirvas,

no pudiendo yo servirle!...

¡Tú ya la dama conoces,

pues antes que yo la viste,

cuando, en mitad de esa plaza,

con voz desgarrada y triste,

la libertad de su padre

de hinojos vino a pedirme!...

FERN.

¡Josefina!... Mas, ¿qué nuevas  
asechanzas la persiguen?...

BOLL.

¡Desde que entró Monteverde,  
se ensaña con ella el crimen!...

Por patriotas, sus bienes

confiscaron los serviles,

y su padre en las mazmorras

de Puerto Cabello gime!

Justicia pidió la dama,

mas se negaron a darle

¡Y no se acaba un ultraje

cuando otro nuevo le infligen!

Un bando de forajidos

que de soldados se viste,

anoche asaltó su casa,  
y, mientras con los fusiles  
forzaban puertas y cofres,  
la dama logró evadirse,  
y amparada por las sombras,  
amparo vino a pedirme!...  
Yo partir debo esta noche;  
y ya que tú lo permites,  
deja que su honra y su vida  
a tus leales confie!...

FERN. ¿Y ella a sospechar no llega  
quién es el que la persigue?...

BOLL. ¡No sospecha, y si sospecha  
no quiso el nombre decirme!...  
De don Carlos de Machado  
las riquezas son tan pingües,  
y es tan hermosa la hija,  
que bien cabe en lo posible  
que haya un malvado que a un tiempo  
hija y riquezas codicie!...

FERN. ¡Marcharte puedes tranquilo!...  
Y aunque con ello me impides  
que por la patria, en la lucha,  
de nuevo mi acero vibre,  
con confianzas tan íntimas  
agradezco que me obligues!...  
En el sitio de Valencia,  
cuando herido a tierra vine,  
entre un grupo de enemigos,  
tú a mi socorro acudiste!...

BOLL. Y una acción tan generosa,  
¿cómo quieres que la olvide?...  
¡No le recuerdes favores  
al que favores te pide!...

FERN. ¡Iré a llevarte la dama  
antes que la Luna expire!...  
(*Se levantan y se despiden.*)  
(*Saliendo por la puerta de escape.*)  
¡Y yo sabré dar la vida  
por servirla y por servirte!...

## ESCENA VI

*Bolívar y Josefina.*

*(Josefina aparece por el pequeño arco del fondo, como si oculta entre los granados hubiese estado escuchando la escena anterior.)*

JOSEF. *(Avanzando hasta Bolívar.)*  
¡Caballero, os doy las gracias,  
y me dispongo a partir!

BOLI. ¿Qué decís, señora mía?

JOSEF. ¡Caballero, lo que oí!...  
¡Que parto, porque no quiero  
que otros se arriesguen por mí!

BOLI. Pero, ¿qué os pasa, señora?

JOSEF. Estaba en ese jardín,  
con sus rosas distraendo  
la angustia de mi sufrir  
—porque mujeres y rosas  
fraternizan entre sí—,  
cuando resonar de súbito  
voces extrañas sentí,  
y azuzada por la eterna  
curiosidad femenil

—perdonadme la imprudencia—,  
no atreviéndome a salir,  
oculta entre esos granados  
vuestros proyectos oí...

Sé que antes que apunte el alba  
vais la lucha a proseguir,  
y con vos, señor, quisiera  
los peligros compartir,  
pues fuera más peligroso  
quedarme sin vos aquí.

BOLI. Un amigo generoso  
os ampara.

JOSEF. ¡Ya lo oí!...  
¡Mas fuera comprometerle  
sin salvación para mí!

*(Con las manos juntas y la voz suplicante.)*

¡Llevadme en vuestra compañía!

- BOLI. Mi señora, ¿qué decís?...
- JOSEF. En esta lucha tremenda,  
amenazado vivís  
constantemente... ¡Y quién sabe  
si esta mano femenil  
puede apartaros del pecho  
el arma que os vaya a herir!...  
Si os falla el golpe, y tenéis  
que, desterrado, partir,  
vuestra patria, al lado vuestro  
la habréis de llevar en mí.
- BOLI. *(Impresionado por el acento de sinceridad de  
doña Josefina.)*  
Corazón tan generoso,  
alma tan noble y gentil,  
¿cómo pudiera pagaros  
tanta ternura?... ¡Decid!...
- JOSEF. Con permitirme que sea  
vuestra sombra...
- BOLI. ¡Ohrar así  
fuera una insigne locura!...
- JOSEF. Pues si no lo consentís,  
abandonadme a mi suerte,  
y no os ocupéis de mí!...
- BOLI. ¿Abandonar a una dama  
a quien mi amparo ofrecí?...  
¡A mi honor de caballero  
un imposible pedís!...
- JOSEF. *(Con impetuosidad, desbordando todo el fuego  
de su alma en el anhelo de sus palabras.)*  
¡Pues llevadme a vuestro lado,  
vuestra suerte a compartir,  
que a vivir de vos ausente  
prefiero con vos morir!...

## ESCENA VII

*Dichos y Zingarello, que entra precipitadamente por la  
puerta de escape.*

- BOLI. *(Volviéndose al ver entrar a Zingarello.)*  
¿Qué pasa?...

- ZINGA. *(Desde el arco.)*  
El señor marqués  
de Casa León desea  
hablaros urgentemente!...
- BOLI. *(Sorprendido.)*  
¿Qué nueva cetada es ésta,  
cuando el marqués a estas horas  
viene a hablarme con urgencia?...  
¡Que pase, si vos, señora,  
*(Dirigiéndose a Josefina.)*  
para ello me dáis licencia!...  
*(Desaparece Zingarello por la puerta de escape.)*
- JOSEF. ¡Licencia os doy para todo!...  
Sólo mi vida se niega  
a no estar a vuestro lado  
cuando peligre la vuestra!...
- BOLI. *(Besándole galantemente la mano en el umbral  
de la primera puerta de la derecha.)*  
Si en vuestras dulces palabras  
mi necio orgullo creyera,  
juro que fuese el hombre  
más dichoso de la tierra!...  
*(Doña Josefina, sonrojada, desaparece por la  
puerta, que entorna tras sí. Bolívar se vuelve  
hacia el arco para recibir al marqués de Casa  
León, que, precedido de Zingarello, penetra  
por la puerta de escape. A su paso, Zingarello  
se inclina ceremoniosamente, y desaparece.)*

### ESCENA VIII

*Simón Bolívar y el marqués de Casa León.*

*El marqués de Casa León es alto, fuerte y distinguido. Tipo perfecto del caballero de la época, digno de haber sido immortalizado por los pinceles de Goya. Entra envuelto en su larga capa española.*

- BOLI. *(Con afectuosidad.)*

¿A qué debo que esta casa  
 honréis con vuestra presencia?...  
 MARQ. ¿A enmendar vengo los yerros  
 de las locuras ajenas!...  
 (*Bajando la voz.*)

Monteverde, que os espia  
 porque de todos recela,  
 conoce el plan de esta noche,  
 y a castigarlo se apresta!...

En el lugar de la cita  
 emboscadas tiene fuerzas...

Os prenderán, y mañana,  
 como ejemplar providencia,  
 en unas jaulas de hierro  
 sangrarán vuestras cabezas  
 en las plazas de Caracas  
 para que todos las vean!...

¡Y yo, arriesgando mi vida,  
 a salvar vengo las vuestras!...

BOLL. Mas, ¿quien pudo traicionarnos?..  
 MARQ. ¡El que menos se sospecha!...

Ni vos debéis preguntarme,  
 ni yo, aunque lo supiera,  
 os denunciara al culpable,  
 que hacerlo fuera vileza,  
 y vilezas no comete  
 quien de ser noble se precia!...

De hecho la traición existe,

¿qué importa el nombre que lleva?...

Éllo os servirá de aviso  
 para obrar con más prudencia...

Yo me atrevo a aconsejaros  
 —y perdonad mi insistencia—

que lo más pronto posible  
 abandonéis estas tierras,  
 porque es harto peligroso  
 que permanezcáis en ellas!

(*Bolívar permanece mudo, con la cabeza inclinada, la mano izquierda apoyada en el cuello, y el índice de la derecha sobre el labio superior, como meditando una resolución.*)

Cuando llegó Monteverde,  
 mi casa os abrió sus puertas  
 para que tan noble amigo  
 la honrase con su presencia!...  
 Sin atender a los ruegos  
 de mi amistosa insistencia,  
 vos mi casa abandonásteis,  
 dejando olvidada en ella  
 esta bolsa, que os devuelvo,  
 por si el oro que la llena  
 puede servir de algo  
 al emigrar de estas tierras!...  
*(Entregándole una bolsa.)*

BOLI. *(Comprendiendo la acción generosa del marqués.)*

Aunque os estime la dádiva,  
 y aún más la delicadeza  
 propia tan sólo de vos  
 con que venis a ofrecerla,  
 no la acepto como mía  
 sabiendo, marqués, que es vuestra!

MARQ.

¡Vuestra o mía, da lo mismo!...  
 Y me daréis una prueba  
 de verdadero cariño  
 si vuestra amistad la acepta!...  
 Mas el peligro está próximo,  
 y el tiempo rápido vuela...  
 ¡Para salvar los amigos,  
 tomad vuestras providencias!...  
 ¡Ya os di el aviso, y me marchó!...  
 ¡Vos salid de Venezuela  
 mañana, como podáis!...  
 Y ya sabéis que aquí queda  
 a vuestro arbitrio un amigo  
 que os ama, Simón, de veras!...  
*(Lo abraza conmovido.)*

BOLI.

¡Marqués, por tantas bondades  
 mi gratitud será eterna!  
*(Sale el marqués por la puerta de escape; la  
 bolsa habrá quedado sobre la mesa.)*

## ESCENA IX

*Dña Josefina Machado y Simón Bolívar.*

*Bolívar se aproxima a la primera puerta de la izquierda, en cuyos umbrales aparece doña Josefina.*

BOLI. Voy a partir, mi señora,  
a una urgente diligencia;  
pero descansad tranquila,  
que pronto estaré de vuelta!...

JOSEF. *(Inquieta.)*  
¿Qué os sucede?...

BOLI. Una denuncia  
nuestro plan echó por tierra;  
y a los amigos ahora  
voy a prevenir, no sea  
que concurren a la cita,  
y en ella la vida pierdan!...  
¡Qué tiempos tan miserables  
y qué ánimas tan abyectas!...  
El hermano odia al hermano;  
del hijo el padre recela;  
y la traición y la infamia  
por todas partes nos cercan!  
*(Llamando.)*  
¡Zingarello!...  
*(Aparece Zingarello por la puerta de escape.)*  
¡Ven conmigo!...  
*(Señalando la puerta del fondo, después de recoger el bolsillo y tomar la capa.)*  
¡Salgamos por esa puerta!...

JOSEF. *(Suplicante.)*  
¡Regresad pronto a mi lado!...  
No cometáis imprudencias,  
porque mi honra y mi vida,  
sin vos, quedan indefensas!...  
*(Acompañando hasta la puerta del fondo de la galería a Bolívar. Este le besa la mano, se envuelve en la capa y sale seguido de Zingarello.)*

## ACTO II

*Josefina Machado y Pio.*

- JOSEF. *(Con los brazos tendidos al Cielo.)*  
 ¡Protégelo, Virgen Santa,  
 porque su hidalga nobleza  
 es hoy el único amparo  
 que en este mundo me queda!...  
*(Permanece un instante con la cabeza entre  
 las manos, sentada junto a la mesa. Pio apa-  
 rece por la puerta de escape y avanza cautelo-  
 samente hasta Josefina.)*
- PIO.  
 ¡Señora!...  
*(Josefina se vuelve sobresaltada.)*
- JOSEF.  
 ¿Qué quieres, Pio?...
- PIO.  
*(Mostrándole una carta.)*  
 Un hombre que está en la puerta  
 esperando vuestras órdenes  
 me dió esta carta... ¡Leedla,  
 pues dice que su lectura  
 grandemente os interesa!
- JOSEF.  
 ¿Quién averiguó mi asilo?  
 ¿Qué nueva desdicha es ésta?  
*(Tomando avidamente la carta y leyendo la  
 firma.)*  
 ¡Es del liberto Machado!...  
*(Leyendo.)*  
 —Señora doña Josefa:  
 Vuestra honra y vuestra vida  
 dependen de que yo os vea;  
 de un minuto que perdamos,  
 al traste dará con ellas!...  
*(Perpleja, con la carta en la mano.)*  
 ¿Qué debo hacer? Darle entrada  
 el mejor remedio fuera,  
 porque así acaso conozca  
 quién se ensaña con mis penas!  
 ¡Dile que pase, y en tanto  
*(A Pio)*  
 avísame si alguien llega!

*(Él sale por la puerta de escape. Doña Josejina permanece un instante apoyada en la mesa, con la cabeza entre las manos. Al rumor de los pasos alza la cabeza y se encuentra frente a frente del mulato Machado, que penetra lenta y cautelosamente por la puerta de escape.)*

### ESCENA XI

*Doña Josejina Machado y el mulato Machado.*

- JOSEF. *(Con natural altivez.)*  
¿Cómo diste con mi asilo?
- MACH. *(Algo cortado.)*  
Supe que la soldadesca  
asaltaba vuestra casa,  
y al momento corri a ella,  
dispuesto a perder la vida,  
señora, en defensa vuestra!  
Buscándoos, inútilmente  
recorri la casa entera;  
y, cuando desesperado  
salíme, en esa plazuela  
miré correr una sombra...  
La seguí, pero una puerta  
entre los dos se interpuso...  
**Mas, vanamente lo hiciera,**  
porque, ¿quien que os haya visto  
aun en sombra no os recuerda?...
- JOSEF. ¿Y a qué vienes?...
- MACH. ¡A salvaros!  
A mi mismo me avergüenza  
que, sabiendo que mi vida  
la diese en vuestra defensa,  
en vez de buscar mi apoyo,  
cometiéseis la imprudencia  
de, olvidada de quién sois,  
pedir refugio en esta  
casa, donde vuestra honra  
su reputación arriesga!...
- JOSEF. ¿Qué dices?...

- MACH. ¡Que si se sabe  
que estáis refugiada en ella,  
vuestro honor, dentro de un féretro,  
y en medio de cuatro velas,  
como un muerto, mi señora,  
va a salir por esas puertas,  
para servir de ludibrio  
y escarnio a las malas lenguas!...
- JOSEF. *(Irguiéndose con altivez.)*  
Mas, ¿cómo, dime, te atreves  
a inferirme tal ofensa?...  
¡Mi honra, como el Sol, disipa  
con su luz todas las nieblas!...
- MACH. *(Con fingida humildad.)*  
¡No os exaltéis, mi señora,  
que exaltaros no quisiera;  
y por la amistad que os tengo,  
perdonadme la franqueza!  
Si conocen vuestro asilo  
se despertarán sospechas,  
que aunque vos las despreciáis,  
la gente no las desprecia!...  
¡Ya veis como dar con vos  
no es muy difícil empresa!  
Igual que yo lo he logrado  
puede lograrlo cualquiera!...  
*(Remarcando la intención, lentamente, dejando  
caer las palabras.)*  
Suponed que la justicia  
del Rey hasta aquí penetra  
para prender a Bolívar,  
con quien tiene viejas cuentas;  
y oculta en esta morada,  
¿cómo salváis vuestra honra  
si tal caso sucediera?...
- JOSEF. *(Comprendiendo el peligro que la amenaza.)*  
¡Dios, que mira nuestras almas,  
defenderá mi inocencia!
- MACH. *(Con feroz ironía.)*  
Mas el mundo sólo mira  
y juzga las apariencias;

y todas, en este caso,  
 os acusan y os condenan!...  
 Hacia un presidio de España,  
 agobiado de cadenas,  
 a estas horas vuestro padre  
 por esos mares navega  
 Huyeron vuestros parientes;  
 confiscaron vuestra hacienda;  
 vuestra casa y vuestras joyas  
 saqueó la soldadesca;  
 y sola y desamparada  
 os halláis sobre la tierra!...  
 Yo, que libertad y nombre  
 debo a la familia vuestra,  
 que os aprecio desde niño,  
 ¿cómo no queréis que venga  
 a arrancaros de esta casa,  
 cuando peligráis en ella?...

JOSEF.

*(Con altivez y resolución.)*  
 ¡Bolívar me prestó amparo,  
 y a su valor y nobleza  
 mi honra y mi vida confío,  
 segura de que en la tierra  
 no habrá como él ninguno  
 que la respete y defienda!...

MACH.

*(Sin poder refrenar la pasión y los celos que le devoran.)*

¡Bolívar!... ¡Quizá por eso  
 la luz del alba no vea!...

JOSEF.

*(Irguiéndose fieramente.)*

¿Le amenazas?

MACH.

*(Transfigurado por el rencor.)*

¡No amenazo,  
 sino cumplo una promesa!...

JOSEF.

¿Una promesa?...

MACH.

*(Aproximándose más, desgarrando las palabras entre sus dientes y con los ojos centelleantes.)*

¡Señora!...

¿Vuestro orgullo no recuerda  
 cuando, postrado de hinojos,  
 esta pasión que me incendia

se desbordó por mis labios  
 en frase locas y trémulas?...  
 ¡Vos, de mi dolor burlándoos,  
 os alejásteis risueña,  
 diciéndome que me diese  
 vuestro espejo la respuesta!...  
 ¡Y yo juré, desde entonces,  
 humillar vuestra soberbia!...  
 ¡Y para humillaros  
 haceros mía a la fuerza,  
 y que la dueña del pardo,  
 esclava del pardo fuera!...

JOSEF. *(Con todo el orgullo y la fiera de su es-  
 tirpe.)*

¡Esclavo, sella los labios,  
 que aún sobre tus carnes llavas  
 la cicatriz de la marca  
 con que a las reses se hierra!...

MACH. ¡Pues bien; por esas señales  
 de ignominia; por la afrenta  
 del látigo, los sudores  
 y la sangre que vertieran  
 seis generaciones mías  
 en las ergástulas vuestras,  
 juro que, si no mi esposa  
 - porque mi orgullo os desprecia- ,  
 para ludibrios mayores  
 habéis de ser mi mancha!

JOSEF. ¡Y yo te juro que, antes  
 de pasar por tal vergüenza,  
 mi cuerpo diese a los perros,  
 y mi alma al Infierno diera,  
 porque, a ser tuya, prefiero  
 la condenación eterna!

MACH. *(Cambiando de tono.)*  
 ¡Pensad bien lo que decís,  
 y dad un momento treguas  
 a vuestra altivez, y oídme,  
 que el oírme os interesa!

JOSEF. *(Señalándole la puerta con profundo desprec-  
 cio.)*

- ¡Bastante tiempo te he oído!...  
¡Vete ya de mi presencia,  
que tan sólo con mirarte,  
de oprobio y baldón me llenas!
- MACH. *(Con sonrisa feroz.)*  
¡Vuestra honra está en mis manos,  
y pudiera deshacerla!...
- JOSEF. ¡A deberte a ti mi honra,  
prefiero vivir sin ella!...
- MACH. ¡Salvar puedo a vuestro padre!
- JOSEF. ¡Que en sus prisiones perezca,  
antes que a ti la limosna  
de su salvación te deba!
- PIO. *(Entrando precipitadamente por el fondo de la  
alquería.)*  
¡Señora, Bolívar llega!  
*(Señalando de nuevo al mulato la puerta de  
escape.)*
- JOSEF. ¡Vete, esclavo, si no quieres  
que en castigo a tu insolencia,  
a latigazos yo misma  
te arroje por esas puertas!
- MACH. *(Saliendo tras de Pio por la puerta de escape,  
y volviéndose hacia doña Josefina.)*  
¡Me iré!... ¡Mas volveré pronto!  
¡Y acaso cuando yo vuelva,  
me ofreceréis de rodillas  
lo que el orgullo me niega;  
que las venganzas que forjo,  
ni el Infierno las inventa!
- (Sale. Doña Josefina permanece un instante  
apoyada en el arco central, como fatigada del  
esfuerzo, mientras por la puerta del fondo de  
la galería penetran Bolívar y Zingarello.)*

## ESCENA XII

Doña Josefina y Simón Bolívar.

- BOU. ¡Mis amigos, del peligro  
salvos se encuentran, por fin!

¡Disponed vuestra partida,  
que es necesario partir!...

JOSEF. *(Con la voz aún sofocada.)*

¡Con vos solamente parto,  
y sin vos no quedo aquí!...

BOLI. *(Reparando en la agitación de doña Josefina.)*

Mas, ¿que os pasa, mi señora?...

JOSEF. *(Entregándole la carta del mulato Machudo,  
que aun estruja entre su mano convulsa.)*

Esta carta recibí...

BOLI. *(Después de haber leído la carta a la luz del  
farol.)*

¿Y habiásteis con quien la tema?...

JOSEF. ¡Y tales cosas os,  
que es preciso, de Caracas,  
esta misma noche huir!

### ESCENA XIII

*Dichos y Zingarelio.*

ZINGA. *(Entrando precipitadamente por la puerta del  
fondo.)*

¡Señor, la casa han cercado!

JOSEF. *(Ansiosamente a Bolívar.)*

¡Huyamos, señor, de aquí!

ZINGA. ¡Tomaron todas las puertas!

¡UERA. *(Mientras llaman con fuertes alabanzos.)*

¡En nombre del Rey, abrid!

BOLI. *(A doña Josefina.)*

¡Pronto, pronto, mi señora,

ocultaos en el jardín!

¡Abre las puertas!

*(A Zingarelio.)*

JOSEF. *(Desesperadamente, mientras Bolívar la con-  
duce al jardín.) Zingarelio sale por la puerta  
de escape.)*

¿Que haces?

BOLI. *(Con resolución.)*

¡Salvados o sucumbir,

que indigno de un caballero  
fuera dejaros así!...

*(Ella se oculta en el jardín del fondo, y volver se advierte resuelto hacia el proscenio.)*

¡Está en el fiel la balanza!...  
Con mis deberes cumplí,  
¡y ahora, que Dios y el Destino  
cumplan sus leyes en mí!...

#### ESCENA XIV

*Simón Bolívar, don Domingo Monteverde, el mulato Machado, Bernardo Muro, Zingarello, Pío y soldados.*

*Por la puerta de escape aparecen Monteverde, Bernardo Muro y el mulato Machado. Un piquete de soldados guarda la puerta y rodea a Monteverde. Este tiene banda de capitán general. Es alto, gallardo y fanjarrón. El mulato Machado parece capturar los soldados. Zingarello pasa al lado de Bolívar, como dispuesto a defenderle.*

DOMIN. ¡Simón Bolívar, daos preso!

BERN. ¡Por traidor y desleal  
habréis de sentir el peso  
de la justicia real,

por vos tan vilpendiada!...

¡Por fin quedamos con él!

*(Rencorosamente, al mulato Machado.) Bolívar  
permanece en el centro de la escena con los  
brazos cruzados.)*

DOMIN. *(A Bolívar.)*

¡Capitán, dadme la espada!

BOLL. *(Con trónica altivez.)*

¡Capitán, no; coronel!

BERN. *(Con indignación al mulato Machado.)*

¡Con qué altivez respondió!

DOMIN. *(Con jactanciosa severidad.)*

Si no fallan mis noticias,

capitán de las milicias

del Valle de Aragua

- BOLI. ¡No! ¡Coronel venezolano!...
- BERN. ¡Ya ha caído Venezuela!...
- BOLI. *(Mirando desachosamente, desde arriba abajo, a Bernardo Muro.)*  
¡Cayo, pero me consueia  
que sacra aizama mi mano!...
- DOMIN. ¡Sois altivo!...
- BOLI. ¡Serlo quiero!...
- BERN. ¡Con la vida muchas veces  
se pagan las altiveces!...
- DOMIN. ¡Capitan, dadme el acero!...
- BOLI. *(Con sorna.)*  
¡Capitán, no; coroneil!...
- BERN. *(Al mulato Machado, tremulo de ira.)*  
¡Al dictar vuestros oficios  
a mi hoja de servicios  
no arranqueis ese laurel!...
- DOMIN. *(Con severidad, sin poder reprimirse.)*  
¡Coronel o capitan,  
entregadme vuestra espada!
- BOLI. *(Serchamente.)*  
Vuestras capitulaciones  
no me la impiden ceñir...  
Decidme: ¿Por que razones  
me la venis a pedir?...  
¡No os la entrego, vive Dios,  
porque a vuestra nima quiero  
—mirad si soy caballero  
darle mas valor que vos!...
- DOMIN. ¡Calle esa lengua altanera!...
- BOLI. ¡Vuestra capitulacion  
ta rompo vuestra nima!...
- DOMIN. ¿Fraccion decis?
- BOLI. ¡Villama!...
- DOMIN. *(Mirando seriamente a Boviado, que testea  
con un ojo la narrada.)*  
Et que se acoge a una tregua  
para conspirar. ¿No sabreis  
su consejo de indalgua?

¡Y decidme, por Dios vivo,  
con toda sinceridad,  
puesto que sois tan altivo,  
si no digo la verdad!...

BOLI.

¡Y yo contestar podría  
a vuestras imputaciones,  
que en las capitulaciones  
no estampé la firma mía!  
¡Y es mas; convencido yo  
que el hacerlo nos desdora,  
califiqué de traidora  
la mano que las firmó!

DOMIN.

*(Sin poder contener su cólera.)*

¡Moderad vuestra altivez!

BOLI.

¡Mi altivez no admite yugo!...

DOMIN.

¡Pensad que soy vuestro juez!

BOLI.

Nunca fué juez el verdugo,  
pues quien fuerza la balanza  
de la ley, en su provincia,  
no realiza una justicia,  
sino cumple una venganza!

DOMIN.

¡Las pruebas son abrumantes  
en contra vuestra!

BOLI.

¡Y el juez  
dictó la sentencia antes  
de oír mis descargos! ¡Pardiez!  
El sentenciar de antemano  
atendiendo el propio gusto,  
para voz es muy humano,  
y a mi me parece injusto!

DOMIN.

¡Cese ya tanta locura  
y tan torpe obstinación!  
¡Muro, empieza la lectura  
del acta de acusación!...

*(Bernardo Muro se cala las gafas, y a la luz del farol se dispone a leer.)*

BOLI.

*(Deteniéndole.)*

El trabajo os ahorraré  
de un acto tan singular,  
porque de memoria sé  
cuanto se me va a imputar!...

Se me acusa ante la ley  
 que, siendo noble y soldado,  
 en armas me he levantado  
 contra España y contra el Rey!  
 Y al que tal hace, el rigor  
 del Código Militar  
 manda al punto fusilar  
 de espaldas, como un traidor!  
 Contra el fallo no protesto;  
 ¡ya conozco mi condena,  
 y con la frente serena  
 a sufrirla estoy dispuesto!  
 Mas, a tal resolución  
 se opone, por mi fortuna,  
 vuestro nombre al pie de una  
 legal capitulación!

DOMIN. ¡Se ha cumplido lo pactado,  
 y mi piedad ha extendido  
 un velo de paz y olvido  
 sobre el crimen del pasado!...  
 Las viejas deudas ya están  
 liquidadas, y son nuevas  
 las que a liquidarse van!  
 Mi autoridad tiene pruebas  
 concluyentes, según creo,  
 de que, burlado las paces  
 firmadas en San Mateo,  
 vos, con otros contumaces,  
 para esta noche tramáis  
 alguna nueva algarada,  
 y las armas ocultáis  
 en vuestra propia morada!...

ROLL. *(Serenamente.)*  
 ¡Si tal acción suponéis,  
 la suposición recojo!  
 Registrad a vuestro antojo,  
 y así os convenceréis  
 de que a Vuestra Señoría  
 villanamente ha engañado  
 el celo de un torpe espía  
 o la traición de un menguado!...

- ;Franca mi casa tenéis!...  
 DOMIN. *(Al mulato Machado y a los soldados que le siguen.)*  
 ;Pues la casa registrad,  
 y a todos cuantos halléis  
 en su interior, apresad!...  
*(El mulato Machado, seguido de algunos soldados, se dirige hacia la primera puerta de la izquierda, y Bernardo Muro, con otro grupo, penetra en el fondo de la galería, mientras unos cuantos soldados vigilan la puerta de escape y rodean a Monteverde. Bolívar permanece en el centro de la escena, como dispuesto a defender el arco del fondo. Zingarello se apoya en el dintel de dicho arco.)*
- MACH. *(Penetrando en la primera puerta de la izquierda.)*  
 ;Temblad, doña Josefina;  
 ya no tenéis esperanza,  
 que vuestro orgullo termina  
 donde empieza mi venganza!...
- DOMIN. *(Irónicamente a Bolívar.)*  
 Cerca del Guaira, impaciente,  
 en vano os ha de esperar  
 esta noche vuestra gente.  
 Mas yo iré en vuestro lugar;  
 y en prueba de cortesía,  
 a quien tope en la reunión,  
 para haceros compañía  
 mandaré a vuestra prisión!
- BOLL. *(En el mismo tono.)*  
 ;Buscad esbirros mejores!...  
 ;Tornes son los que tenéis!...  
 ;Id, y os juro que hallaréis,  
 en vez de conspiradores,  
 los árboles ribereños,  
 que en un dulce murmurio  
 cabecean sus ensueños  
 sobre las ondas del río!  
*(Vuelven a salir los soldados, el mulato Machado y Bernardo Muro.)*

- MACH. *(Con desesperación reconcentrada.)*  
 ¡Nada encontramos, por fin!...  
*(Reparando en el arco del jardín, y señalándose-  
 lo a Monteverde.)*  
 ¡Sólo ese jardín nos queda!
- DOMIN. *(Al mulato Machado.)*  
 ¡Pues al instante, proceda  
 a registrar el jardín!...  
*(El mulato Machado, seguido de algunos solda-  
 dos, se dirige al jardín. Bolívar, desnudando la  
 espada y empuñando una pistola, se interpone.  
 Zingarello se apresta a defenderle.)*
- BOLL. *(Con voz de trueno, amartillando la pistola.)*  
 ¡Aquí no se pasa!... ¡Fuera,  
 miserables!... ¡El que acierte  
 a dar un paso, pudiera  
 encontrarse con la muerte!...  
*(Los soldados retroceden.)*
- MACH. *(Con un gozo infernal, impulsando a los solda-  
 dos.)*  
 ¡Entrad!... ¡Nuestra es la partida!...  
*(Los soldados intentan avanzar de nuevo, y Bo-  
 livar los contiene con su espada.)*
- BOLL. *(Al mulato Machado.)*  
 ¡Sólo a ti el paso te cedo,  
 y avanzar puedes sin miedo,  
 que no arriesgarás la vida,  
 porque conoce mi mano  
 los prestigios de mi acero!  
 ¡La estocada al caballero,  
 y el cintarazo al villano!  
*(Al intentar avanzar el mulato Machado, le cru-  
 za el rostro con el plano del acero.)*
- MACH. *(Retrocediendo, de un salto, como una fieru he-  
 rida.)*  
 ¡Pendelete queda esta cuenta,  
 y a cobrársela me obligo!  
 ¡Y aun más grande que la afrenta  
 habrá de ser el castigo!...  
*(Cuando los soldados se disponen a acometer a  
 Bolívar, aparecen precipitadamente, por la puer-*

*la de escape, don Francisco de Iturbe y el marqués de Casa León. Un gesto de Monteverde contiene a los soldados.)*

ESCENA XV

*Dichos, Don Francisco de Iturbe y el Marqués de Casa León.)*

MARQ. *(Dándose cuenta del peligro de Bolívar, y corriendo hacia Monteverde.)*  
¡Monteverde!

ITURB. Mas, ¿qué pasa?

BERN. ¿Que se opone este insurgente a que registren su casa!

DOMIN. *(Al marqués de Casa León.)*

Me alegro que estéis presente, señor marqués, porque así, disipando vuestro error, ya no exigiréis de mi que mitigue mi rigor!

MARQ. Tenéis razón; es verdad...

Mas no me doy por vencido, y con más tesón os pido de nuevo su libertad.

ITURB. *(Adelantándose hacia Monteverde.)*

También a Su Señoría yo le ofrezco, como prendas, mi hacienda por sus haciendas, y por su vida la mía!

DOMIN. ¡Ya nada os puedo negar!

¡Mas ved que en armas alzado mi orden ha desacatado, impidiéndonos entrar!

BOLL. *(Serena, pero resueltamente.)*

¡Y aún en mi actitud persisto, y antes que pasen de aquí vuestras gentes, ¡vive Cristo!, tendréis que matarme a mí!  
Pero ya que estos amigos se ofrecen como fiadores, quiero hablaros sin testigos...

DOMIN. *(A todos.)*  
 ¡Dejadnos solos, señores!...  
*(Todos salen por la puerta de escape.)*

### ESCENA XVI

*Simón Bolívar y Domingo Monteverde.*

BOLL. *(Acercándose a Monteverde, en voz baja.)*  
 Si una dama en vos se fia  
 y vuestro auxilio reclama,  
 en defensa de esa dama,  
 ¿qué hiciera vuestra hidalguía?...

DOMIN. *(Caballerosamente, comprendiendo en todo su valor el gesto de Bolívar.)*  
 ¡Antes que la descubriera  
 ojo humano, ¡vive Dios!,  
 la vida por ella diera  
 como ibais a darla vos!...  
 Obrasteis con honradez,  
 y en prueba de lo que os digo,  
 os tiende mano de amigo  
 el que vino como juez!...  
*(Le estrecha la mano.)*  
 Sólo, Bolívar, deploro,  
 que ese ardiente corazón  
 que aquilata tanto oro,  
 se entregue sin reflexión  
 a rebeldes aventuras,  
 cuando, dentro de la ley,  
 aún pudiérais, fiel al Rey,  
 vivir a vuestras holguras!  
 Y ahora escuchad un consejo,  
 cuya pronta ejecución  
 a vuestro arbitrio he dejado!  
 ¡Partid, sin más dilación,  
 que aun cuando amigos tenéis  
 en Caracas y en la Corte,  
 vivir aquí no podéis!...  
 ¿Para qué país queréis  
 que os extienda el pasaporte?

BOL. Para Curaçao.  
DOMIN. (Llamando.)  
¡Entrad!...  
(*Penetran todos por la puerta de escape.*)

## ESCENA XVII

*Actos, el Marqués de Casa León, Don Francisco de Hurbe,  
Don Bernardo de Muro, el mulato Machado, Zingarello,  
Pío y soldados.*

DOMIN. (*A Don Francisco de Hurbe y al marqués de  
Casa León.*)

¡Atento a vuestras razones,  
sus más averiguaciones  
ordenó su libertad!

MARQ. ¡Mil gracias!

DOMIN. (*Volviéndose a Bernardo Muro.*)

Bernardo Muro:

A Bolívar un seguro  
extendí, en atención  
a que estamos obligados  
por los servicios prestados  
al Rey y a nuestra Nación,  
decretando la prisión  
de Miranda

(*Bernardo Muro se sienta a la mesa, y se dis-  
pone a escribir.*)

BOL. (*Sin poder reprimir su rebeldía.*)

¡A cambio de eso  
no acepto la libertad!

¡Tomad mi espada!... Estoy preso;  
porque si aprehendí, en verdad,

a Miranda, me consuela  
que no realicé la hazaña  
en beneficio de España,  
sino en pro de Venezuela!...

DOMIN. (*Con ira y asombro.*)

¿Qué decis?...

MACH. (*Con rencor.*)

¡Cuánta osadía!...

- BERN. ¡Qué nuevas balandronadas...!  
 ITURB. *(A Monteverde.)*  
 ¡No haga vuestra señoría  
 caso de calaveradas!...
- DOMIN. *(Después de un momento de vacilación, firma el  
 pliego que ha extendido Bernardo Muro, y se lo  
 entrega a Bolívar.)*  
 ¡Ya lo prometí, y os voy  
 el pasaporte a entregar,  
 porque palabra que doy  
 no la puedo retirar!  
*(Saluda, y sale seguido del marqués de Casa  
 León, don Francisco de Iturbe, Bernardo Muro,  
 Zingarello, Pío y soldados. Bolívar se detiene un  
 instante junto a la mesa, agobiado de dolor. La  
 luna se oculta, y por el arco del jardín aparece  
 lentamente doña Josefina.)*

### ESCENA ULTIMA

*Bolívar y Doña Josefina Machado.*

- BOLÍV. *(Dejándose caer en el sillón de la mesa.)*  
 ¡La patria que yo soñé,  
 para siempre la perdí! ...  
 ¿Por qué tan bajo caí  
 yo, que tan alto volé?  
 ¡Soñé un cielo mi ambición,  
 y es un infierno despierto! ...  
 ¡Doblad, que la patria ha muerto,  
 campanas del corazón!  
 Solo, con la fe perdida,  
 sin una luz ni una estrella  
 ¿para qué quise la vida  
 si nada me resta en ella?  
*(Maquinalmente empuña una pistola.)*
- SEF. *(Deteniendo a Bolívar.)*  
 ¡Alzad altiva la frente,  
 y luchad con más empeño  
 ¡Mientras vuestro pecho aliente,  
 la patria no será un sueño;

que aún tiene vuestro valor  
para asombrar a la Historia,  
vuestra espada, que es la gloria,  
y yo, que soy el Amor!...  
*Le estrecha apasionadamente entre sus brazos,  
mientras desciende con lentitud el*

TELÓN

### ACTO TERCERO

Telón corto, que represente el interior a oscuras de una tienda de hacienda de coque, situada en el camino real de Valencia a Puerto Cabello. En primer término, pretiles literales de amplias hojas. Al fondo, tres arcos de gruesas columnas de madera. Entre los arcos, un pretil de media vara, con barandaje de madera del mismo tamaño y asientos a ambos lados de las columnas. Por el hueco de los arcos se divisa, a lo lejos, recortándose en sombras sobre el añil profundo de los cielos estrellados, la mole inmensa y crestada del *Barbula* glorioso en las crestas oscuras, como carbonizados por la noche, rojean de vez en cuando, estremecidos por las ráfagas del viento, los resplandores de las fogatas del ejército realista. Viguería tosca y gruesa. Pavimentos de ladrillos y vacijos, cobijas y hamacas por todos lados. Fusiles formando pabellones. Lanzas apoyadas contra la baranda y las columnas. Carhicheras y sables pendientes de los muros. En el centro de la escena, una mesita rústica con escabeles a los lados. Sobre el tablero de la mesa, lintero y salvadera de barro cocido, un mazo de plumas de ave, rollos de papel, planos militares y una larga vela de sebo empalmada dentro del cuello de una botella. Un gran farol, pendiente del arco central, derrama como una mancha tenebrosa y sangrienta al filtrar su luz mortecina al través de sus vidrios bermejos. Al levantarse el telón, grupos pintorescos de soldados animan la escena. Unos descansan, adormecidos, de bruces, sobre el barandal del fondo, o tendidos sobre sus cobijas, al pie de las columnas. Otros conversan y beben, sentados en el suelo, junto a la puerta de la derecha. Algunos juegan a los dados, bajo el farol del arco del centro. Visten casacas azules con vivos y bocamangas rojas, calzones blancos, ceñidos con correajes y polainas de cuero amarillo. Focan sus testas pe-

lambrosas anchos sombreros de palma, cuyos aros recorre sobre la frente una escarapela roja, azul y amarilla. Son negros, indios, zambos, mestizos, mulatos, pero predomina, sin embargo, el tipo netamente blanco de la raza criolla. Todos ellos, tienen un aire juvenil y alegre, que contrasta con lo desarrapado de su porte, la miseria descolorida y la mesa de su indumentaria. Algunos muestran aún las cabezas entrapajadas y los brazos en cabestrillo por sus heridas recientes.

### ESCENA I

*Mari-Juana la Cantinera, Mateo el Seminarista, el Cobo Trujillo, Tomás Sánchez, José Antonio el Zambo, Agustín el Mulato, Guillermo el Mulato y soldados.*

*José Antonio el Zambo, Agustín el Mulato y los soldados juegan a los dados. El cobo Trujillo Mateo el Seminarista, y Guillén Torres, tres tipos netamente criollos, sentados junto a la puerta de la derecha, beben aguardiente en totumas, que Mari-Juana la Cantinera va llenando. Tomás Sánchez, herido y febil, reposa en un yacimiento, junto a la puerta de la izquierda, con la cabeza entrapajada. Es rubio, ancho y fuerte, con esa fortaleza ágil y tenaz de los labradores andinos.)*

- GUIL. ¡Aguardiente, Mari-Juana, que mi voz se ha e-ronquecido, y a los godos un "corrido" tengo que cantar mañana!
- MATEO. ¡No sé qué virtud le ha dado el Señor al aguardiente, que hace al cobarde valiente, y hablador al más callado!
- MARI. *(Con los brazos en jarra, dejando de servir.)*  
¿Y con qué a pagarme ven?
- MATEO. *(Queriendo abrazarla.)*  
¡Con ósculos, serafín!
- MARI. *(Rechazándole a empellones.)*  
¡Quieto, señor sacristán, que yo no entiendo latín!

- MATEO. *(Cómicamente indignado, queriendo aproximarse de nuevo.)*  
 ¿Yo sacristán?... ¡Qué osadía!...  
 ¡Ordenado!... Mari-Juana.
- MARI. *(Rechazándole.)*  
 ¡Qué jactancia!  
 ¡Si a tres leguas de distancia  
 vais oliendo a sacristía!...
- MATEO. *(Echándole el tufo a Mari-Juana.)*  
 Huele y dame a lo que huelo.
- MARI. *(Con repugnancia, dándole un empujón.)*  
 ¡Aguardiente!
- MATEO. ¡Irreverente,  
 santiguate!... ¡El aguardiente  
 es el perfume del cielo!...  
*(Nuevas risas en el grupo.)*
- TOMAS. *(A Mari-Juana, levantando penosamente su cabeza entrapajada.)*  
 ¡Dadme agua, que me acoraso!...  
*(Grupo de la derecha se vuelve a Tomás para socorrerle.)*
- MARI. *(Disponiéndose a salir por la puerta de la derecha.)*  
 ¡El agua voy a buscar!
- MATEO. *(Deteniéndole y llenando una totuma de aguardiente y dándosela a Mari-Juana.)*  
 ¡Llena de aguardiente un vaso,  
 que ya lo dice el cantar:  
 "Beber aguardiente puro  
 mandan las antiguas leyes...  
 ¡Que beban agua los bueyes,  
 que tienen el cuero duro!"  
*(Todos vuelven a reír.)*
- MARI. *(Aproximándose solícitamente al herido y dándole la totuma. Tomás Sánchez se incorpora con trabajo y bebe febrilmente. Mateo el Seminatista y Guillén Torres se aproximan también.)*  
 ¡No puedes tenerte en pie!...  
*(Le toma las manos al retirarle la totuma.)*  
 ¡Tienes fiebre!...

TOMAS. *(Irguiéndose en un esfuerzo que saltó a la vista.)*

¡Me da igual!...

MATEO. *(Sosteniéndole mientras el herido bebe ansiosamente.)*

Si estás enfermo, ¿por qué no te has ido al hospital?

TOMAS. *(Reanimándose.)*

Mientras un fusil yo pueda en mis manos sostener, suceda lo que suceda, en mi puesto me han de ver, aun cuando para cumplir con tan santa obligación, arrastras tenga que ir detrás de mi batallón.

¡Cómo quieres que me vaya mis heridas a curar, si mañana va a empezar nuevamente la batalla, y en ella estoy decidido a devolverle a los godos, con grandes réditos, todos los golpes que he recibido!

LUIS. ¡Va a ser dura la pelea, pues con cinco mil soldados valientes y bien armados, Monteverde nos rodea!  
¡Terrible será el asedio que vamos a resistir, y no queda otro remedio que triunfar o sucumbir!

TOMAS. ¡Esta lucha nueva gloria a nuestras armas dará, que donde Bolívar va le precede la victoria!  
Y que lo digan la no Niquitar, los Harcones, Teguanes, y cien accorres donde su genio arrolló a las huestes del tirano;

y en nueve meses apenas  
dejó libre de cadenas  
al pueblo venezolano!

MATEO. ¿Y cuándo entraste en campaña?

TOMAS. Desde Cucuta... Tenía  
una hacienda en la montaña,  
tan pingüe, que producía  
con holgura mi sustento.  
Cuidaba la sementera,  
cuando, desplegada al viento,  
nuestra gloriosa bandera  
cruzar de repente vi;  
y dejando abandonado  
en los surcos el arado,  
tras la bandera corri,  
dispuesto a perder la vida,  
o a darme muerte yo mismo,  
antes de verla abatida  
a los pies del despotismo.  
¡De vivir entre leones,  
también me torné en león!  
¡Tomé parte en veinte acciones!  
Fué una hazaña cada acción,  
y una herida cada hazaña;  
¡y en mi cuerpo hecho pedazos,  
la historia de esta campaña  
la tengo escrita a balazos!

MARI. *(Entusiasmada, abrazándole.)*

¡Bien merece este valiente,  
por su amor a la bandera,  
que le dé esta cantinera  
otro trago de aguardiente!

MATEO. *(A Mari-Juana.)*

Puesto que la heroicidad  
es el único sostén  
de tu generosidad,  
dame a mi un trago también,  
porque he sido un héroe, Juana!

MARI. *(Riéndose y sirviendo aguardiente a los tres.)*  
Mas, dime, ¿cómo has trocado

por las galas de soldado  
el manteo y la sotana?...

**MATEO.** En el Tacima iba yo  
mi primera misa a cantar,  
cuando Bolívar entró  
con sus tropas al lugar.  
Desde su blanco corcel,  
que temblaban apiñados  
de entusiasmo en torno de él,  
y hasta el potro relinchaba,  
revuelta al viento la crin,  
porque su voz resonaba  
como si fuera un clarín!  
Así Bolívar decía:  
—“¡Soldados republicanos,  
las armas libertadoras  
que con tanta bizarría  
empuñais en vuestras manos,  
resplandecen vencedoras!  
¡En dos meses de campañas  
pregonan vuestras hazañas!...  
Y espero que en la tercera,  
que comienza en este instante,  
con heroico frenesí  
nuestra gloriosa bandera  
habreis de llevar triunfante  
al país donde nació!...  
¡A Caracas!... Y lo mismo  
que de infieles los cruzados  
libraron Jerusalén,  
la cuna del Cristianismo,  
¡vosotros, nobles soldados,  
id a redimir también  
la generosa ciudad,  
cuna de la libertad!  
Por su suerte, querido  
si brevario olvidé,  
costi el traje de soldado  
y a sus huertes me agregue  
¡Desde entonces, Mari-Juana,  
en tierra venezolana,

si echas cuentas, y son buenos  
tus cálculos, hallarás

que hay un patriota más  
y un semitratista menos!...

*(Todos ríen. José Antonio el Zambo, Agustín el Mulato, y los soldados dejan de jugar y se aproximan al grupo.)*

JOSE.

*(A Mari-Juana.)*

¡Mari-Juana, unas maracas

y un (cuatro) para cantar

al estilo de Caracas!...

AGUSTE.

*(A Mari-Juana.)*

¿Quieres conmigo bailar

un joropo, Mari-Juana?

MARI.

¡El baile apenas divierte!

¡Y quien sabe si mañana

bailaremos con la muerte!

*(Entra y sale rápidamente por la puerta de la derecha. Trae dos maracas y un cuatro. Los soldados se aproximan y forman corro. Dos de ellos tocan las maracas, y José Antonio el Zambo, pulsa el cuatro, y entre las risas y la algarazara de todos, en medio del corro, Mari Juana y Agustín el Mulato, empiezan a tejer los primeros compases del joropo, una danza que confunde en suspiros, salvajismos africanos, gracia española y languideces criollas.)*

MATEO.

*(Mientras la pareja danza.)*

Con la cabeza de Bobes

dos totumas voy hacer

para que Fernando Séptimo

en ellas tome café!

*(Resuena de pronto un redoble de tambores.*

*La música cesa y todos los soldados corren a recoger sus armas.)*

## ESCENA II

Dichos, *Don Vicente Campo-Elias*, el capitán *Gumersindo López* y el mulato *Machado*.

*(Por la puerta de la derecha aparecen el coronel don Vicente Campo-Elias, el capitán Gumersindo López y el mulato Machado, de oficial de patriotas. Este último penetra envuelto en su cobija, como en una cava, y con el ala del sombrero caída sobre los ojos. Los soldados se cuadrán.)*

VICENT. *(Al capitán Gumersindo López.)*  
Relevad las avanzadas  
y aumentad los centinelas;  
y que a mansalva fusilen  
a quien no dé el santo y seña!

GUMER. De manco de Tocaragua,  
¿qué hacemos?

VICENT. Lo que se ordena.  
La Ley de Trujillo: ¡Ahorcarle!

MACH. *(Interviniendo con intención.)*  
Coronel, es buena presa,  
pues, según dice la gente,  
tiene más oro que pesa...!

VICENT. *(Al capitán.)*  
¡Pues pesadle, y si mañana  
su peso en oro no entrega,  
antes que empiece el combate  
que se cumpla la sentencial  
*(A una indicación de Campo-Elias desfilan los soldados por la puerta de la derecha, en cuyo dintel, como esperando órdenes, permanecen el cabo Trujillo.)*

GUMER. ¿Y los demás prisioneros?

VICENT. *(Con severidad.)*  
Capitán: Tened en cuenta  
que prisioneros no deben  
existir en esta guerra,  
y que a la patria traiciona  
quien da asilo a la clemencia

¡Montad un cuerpo de guardia  
con lo mejor de la fuerza,  
que Bolívar, esta noche,  
viene a dormir a esta hacienda!  
Dadle el mando de esa guardia  
al oficial...

*(Señalando al mulato Machado.)*

¡Y que sean  
cumplimentadas mis órdenes  
antes que Bolívar vuelva!  
*(Sale por la puerta de la derecha.)*

### ESCENA III

El mulato *Machado*, el capitán *Gumersindo López* y el  
cabo *Trujillo*.

GUMER. *(Por Campo-Ellas.)*

¡Este español es de hierro!

MACH. ¡Es un hombre de una pieza!

GUMER. De todos los españoles  
que siguen nuestras banderas,  
es, si no el más valeroso  
--porque aún Villapol alienta...  
el que más tenaz y duro  
en esta lucha se muestra!

¡Me voy a cumplir sus órdenes!

*(Saliendo por la puerta de la derecha.)*

MACH. ¡Aquí espero yo las vuestras!

### ESCENA IV

El mulato *Machado* y el cabo *Trujillo*.

MACH. *(Con voz sorda.)*

¡Venganza, por fin llegaste,  
que a aquel que tiene paciencia  
y sabe esperar su hora,

todo en el mundo le llega!

El suplicio de tu padre.

*(Dirigiéndose al cabo Trujillo y tomándole vio-*

*lentamente por el brazo.)*

¿vengar, Trujillo, deseas?...

CABO.

*(Como enloquecido por el recuerdo.)*

¡Cuando en mitad de la plaza,

junto a la cruz de la iglesia,

mis ojos vieron del tronco

separada su cabeza,

tomándola entre mis manos,

y ambas rodillas en tierra,

mientras mis labios cerraban

sus pupilas entreabiertas,

¡juré, por Dios y el infierno,

tomar venganza que hiciera

gruñir de miedo y de espanto

a los tigres de las selvas!...

Una ley, la de Trujillo,

fué causa de su condena,

y la firma de Bolívar

esa ley de sangre lleva!...

Y a Bolívar, desde entonces,

mi feroz venganza acecha,

como acechan los caimanes

en la corriente su presa:

el cuerpo oculto en las aguas,

y sólo los ojos fuera,

como dos llamas de odio

que en las sombras zigzaguan!...

Y viendo que mi venganza

de lejos difícil era,

me fui con los insurrectos

para esperarle de cerca,

y hallar ocasio propicia

como una víbora, que pudiera

como víbora, que, cuando

se desliza entre la hierba

verter en él las ponzoñas

que en sus entrañas embriagan!

MACH.

— Dale ya gracias al Cielo

que la ocasión nos presenta

de que vengas a tu padre,

y yo castigo mi afrenta.

pues Bolívar, esta noche,  
solo a nuestro arbitrio queda!...  
¡Tú vengas a tu padre, y yo,  
de un tiro mato dos piezas,  
saciando en él mis rencores  
y mi venganza en ella!

CABO.  
MACH.

¡Pero doña Josefina!  
¡De Bolívar no se aleja!  
Con él salió de Caracas,  
Desembarcó en Cartagena;  
y, cual su sombra, le sigue,  
en once meses de guerra!...  
Cuando lo supe, pedile  
a Monteverde licencia  
para, en calidad de espía,  
incorporarme a las fuerzas  
patriotas... ¡Y hace dos meses  
que combato al lado de ellas,  
soñando siempre encontrar  
una ocasión como ésta!

CABO.

Pero, dime: ¿y si Bolívar  
a reconocerte llega?

MACH.

¡Un suplicio más terrible  
que el de tu padre me espera!...  
Mas, nada gana en el mundo  
quien nada en el mundo arriesga!...  
Además, para evitarlo  
ya tomé mis providencias!

Tú te quedarás al frente  
de la guardia cuando él venga

Yo al campamento realista  
avisaré el santo y seña,  
para que, cuando se apague  
este farol, nos sorprendan

*(Señalando el farol del arco del centro.)*

CABO.

Mas, si Bolívar se salva...

MACH.

Trujillo, ¿acaso tú piensas  
que pueda temblar mi mano  
cuando el corazón lo hiera?...

¡Con la luz de esa farola  
se apagará su existencia.

- CABO. Mas, si tú le das la muerte,  
a mi venganza ¿qué dejas?...
- MACH. ¡Si me falla el primer golpe,  
puedes darle cuantos quieras!...  
¡Tú encárgate de la guardia;  
lo demás es de mi cuenta!...
- CABO. Mas, ¿qué harás?...
- MACH. Con el pretexto  
de mudar los centinelas,  
a las tropas enemigas  
voy a dar el santo y seña!...  
Cuando él llegue y se retire  
a descansar, esta hacienda  
con gente de confianza  
cautelosamente cercas;  
apagas esa farola,  
y, entonces, en las tinieblas,  
realizarán nuestras manos  
lo que ahora callan las lenguas!...  
*(Se vuelve a escuchar un redoble de tambores.  
El cabo Trujillo se asoma al arco del centro.)*
- CABO. ¡A caballo, con la dama,  
Bolívar hasta aquí llega!...
- MACH. ¡Gracias, cielos, que la hora  
de mi venganza se acerca!...  
No olvides lo convenido;  
me marchó, que el tiempo apremia,  
y no quiero que perdamos  
una ocasión como ésta!...  
*(Sale precipitadamente por la puerta de la izquierda,  
mientras el cabo Trujillo se dirige hacia la de la derecha.)*

## ESCENA V

*Don Vicente Campo Elías y el cabo Trujillo.*

- VICENT. *(Entrando por la puerta de la derecha. El cabo se cuadra.)*  
¿Y el oficial de guardia?
- CABO. ¡Entregóme el mando mientras

en los puestos avanzados  
relevo a los centinelas!...

VICENT. El general ha llegado...  
Tomad vuestras providencias  
para que, mientras descansa,  
nadie a importunarle venga!

CABO. ¡Ya veréis, mi comandante,  
cómo mi lealtad lo vela!

VICENT. ¡Que nadie, sin orden mia,  
cruce el umbral de esas puertas!

CABO. ¡En todo serán cumplidas,  
señor, vuestras advertencias!...

¿Algo más queréis?...

VICENT. ¡No; idos  
a distribuir la fuerza!...  
*(Sale el cabo Trujillo, después de saludar mi-  
litarmente a Campo-Elias, por la puerta de la  
derecha.)*

#### ESCENA VI

*Josefina Machado, Simón Bolívar, Zingarello y Don Vi-  
cente Campo-Elias.*

*(Por la puerta de la izquierda aparecen doña  
Josefina, Simón Bolívar y Zingarello, este úl-  
timo en traje de oficial.)*

VICENT. *(Saludando a Bolívar, e inclinándose genti-  
lmente ante doña Josefina.)*

¡General! ¡Señora mía!

BOLI. *(Estrechando la mano de Campo-Elias.)*

¡Don Vicente, alojamiento  
por esta noche os pedimos!

VICENT. ¡Gran merced me hacéis con ello;  
y sólo, señor, deploro,  
en tan críticos momentos,  
el no tener un alcázar  
para poder ofrecéroslo!

BOLI. ¿Qué tal las tropas?...

VICENT. ¡Ansiando

conquistar laureles nuevos!...

BOLI. ¿Y están bien municionadas?...

VICENT. ¡Municiones no tenemos!...

Mas, teniendo el enemigo,  
¿quién se preocupa por eso?...

BOLI. Antes de dar la batalla

pues el caso es grave y serio...

escuchar las opiniones

de algunos jefes deseo...

Convocadlos vos ahora,

que aquí mismo los espero.

A Girardot y a Urdaneta.

VICENT. ¡Mi general, torno presto!

*(Saluda y se va por la derecha.)*

## ESCENA VII

*Simón Bolívar, Doña Josefina Machado y Zingarello.*

BOLI. *(A Zingarello.)*

Los jinetes de mi escolta,  
que todos estén dispuestos

para partir, porque antes  
que la lucha dé comienzo,

dejar a doña Josefa  
en lugar seguro quiero!

Con el mando de esa escolta,

a tus lealtades entrego

la prenda de más valía

que en este mundo poseo!

ZINGA. Aunque ser depositario

de ella tal no merezco,

confíamela podéis,

seguro que Zingarello,

por guardarla y defenderla,

la vida diera contento!

Por lo demás, vuestra escolta

siempre para todo evento,

la encontraréis prevenida,

porque en estos duros tiempos

de sorpresas y traiciones,  
de peligros y de riesgo,  
los que os custodian, no deben  
conocer, señor, el sueño!...  
¡Eres valiente y astuto!...  
¡Pienso mal, y siempre acierto!...  
Soy romano, y los romanos,  
por instinto, conocemos  
el veneno que da muerte  
y la truca, que, a tiempo,  
con sus virtudes anula  
los efectos del veneno,  
porque del Mal y el Bien somos  
y fuimos siempre maestros!  
¡Dormid tranquilo, señor,  
si un romano os vela el sueño!...

BOLI.  
ZINGA.

BOLI.

Escuchándote, mi espíritu  
se torna firme y sereno,  
y más dueño de sí mismo,  
cual si en tu voz, Zingarello,  
su experiencia el Viejo Mundo  
le infiltrase al Mundo Nuevo!...  
Marcha a cumplir mis mandatos,  
que agradecido te quedo,  
por las finas atenciones  
y la lealtad que te debo!...

*(Sale Zingarello por la puerta de la derecha. Doña Josefina Machado, que ha permanecido reclinada en el batantal del arco del centro, como absorta en el misterio de la noche, se vuelve lentamente hacia Bolívar.)*

### ESCENA VIII

*Simón Bolívar y Doña Josefina Machado.*

IOSEF. *(Con voz resuelta, avanzando hacia Bolívar.)*

¡Yo no parto esta noche!...

BOLI

*(Sin poder vencer sus graves preocupaciones.)*

¡Qué locura!...

¿Tú no sabes que va a ser la jornada,

como ninguna, peligrosa y dura?...  
 ¡Tres mil hombres nos cercan!...

JOSEF. Mas, tu espada,  
 para de lauros coronar tu frente,  
 y con sus hechos asombrar la Historia,  
 sabrá romper el cerco y nuevamente  
 ha de abrirse un camino: ¡el de la gloria!  
 BOLI. De España al enemigo te han llegado  
 refuerzos...

JOSEF. *(Con altivez.)*  
 Mas, ¡Bolívar no ha contado  
 jamás sus enemigos!... ¡Sólo sabe  
 atacar y vencer!...

BOLI. ¡El caso es grave!...

JOSEF. ¡Pues por ser grave el caso, aquí me quedo,  
 como espejo y ejemplo del soldado,  
 no vaya a murmurar algún menguado:  
 --¡A la lucha Bolívar tiene miedo,  
 cuando aleja a su amada de su lado!...

BOLI. Mas, ¡ved que no hay cuartel!... Y si la suerte  
 mañana nos negase sus favores,  
 ¡no tendrán compasión los vencedores!...

JOSEF. ¿Acaso no sentí silbar la muerte  
 a tu lado, en diez meses de campañas,  
 sin que palidciera mi semblante,  
 ni temblasen siquiera mis pestañas?...  
 Desde Caracas, con pasión de amante  
 y humildades de siervo, ¿no he seguido  
 tu éxodo de esperanzas y dolores,  
 dándote, en la ilusión de mis amores,  
 para hacer tu destino más florido,  
 toda mi vida, transformada en flores?...  
 En horas de amargura y asechanza,  
 cuando todo perdido parecía,  
 y hasta era un imposible la esperanza,  
 ¿no compartí contigo la osadía  
 de soñar una patria sin cadenas,  
 libre como los cóndores andinos?  
 ¡Mis pies sangraron todos tus caminos!  
 Desembarqué contigo en Cartagena,  
 y asistí, en el Jordán del Magdalena,

al bautismo inmortal del patriotismo...  
Galopando a los bordes del abismo,  
te vi cruzar las cumbres de los Andes,  
¡y los Andes parecen menos grandes  
ante la excelisitud de tu heroísmo!...  
Después, con tus tropeles de centauros,  
la sien ceñida de inmortales lauros,  
te ha contemplado, en éxtasis, mi anhelo,  
resucitar en Cucuta y Taguanes  
el mito inmortal de los titanes  
que escalaron las cúspides del Cielo,  
para arrancar con sus potentes manos  
el rayo que fulmina a los tiranos!...  
A tu lado, por bosques y montañas,  
y en la paz infinita de los llanos,  
en diez meses de homéricas hazañas,  
te vi retar, indómito, a la suerte  
y vencer los peligros cara a cara  
¡Y te besé la mano que firmara  
en Trujillo la Ley de Guerra a Muerte,  
porque es un reto audaz en sangre escrito,  
que noblemente, y a la luz del día,  
arrojaste a la faz del infinito,  
para inmortalizar tu rebeldía!...  
Yo vi la patria desangrada y muerta  
en el más duro oprobio sepultada.  
Mas, de pronto, tu voz clamó irritada,  
igual que Cristo a Lázaro: —¡Despierta!...  
Y al golpear su tumba con tu espada,  
se abrió la tumba, y de su tumba abierta  
volvió a surgir la patria immaculada  
en un nuevo y feraz resurgimiento  
de libertad, de amor y primavera,  
desplegando a las ráfagas del viento  
la gloria tricolor de su bandera!...  
*(Que ha ido exaltándose con la embriaguez  
heroica de las palabras de doña Josefina, la es-  
trecha apasionadamente entre sus brazos.)*  
¡Aquí te quedarás!... ¡Y aunque arreciara  
el universo entero en contra mía,  
si esa voz en mi oído resonara,

BOLIVAR

al universo entero vencería.

Sólo la gloria y el amor redimen  
el tedio insuportable de la vida.

*(Besándola con apasionamiento.)*

¡Y amor y gloria por tus labios gimen  
una salutación de bienvenida!...

¡Gloria y amor vuestra embriaguez sagrada  
ofreced a la par al labio mío,  
que el mundo, sin la gloria, está vacío,  
y fuera del amor no existe nada!

*(Permanecen un instante abrazados bajo el arco del centro, habiéndose el alma por los labios. Zingarello aparece en el dintel de la puerta derecha. Al rumor de los pasos, los amantes se separan. Bolívar se adelanta al encuentro del recién llegado, mientras doña Josefina Machaao permanece reclinada en el barandil del arco del centro.)*

## ESCENA IX

*Dichos y Zingarello.*

ZINGA. Aquí se acercan los jefes  
que por vos llamados fueron...

BOLI. ¡Zingarello, a la señora  
condúcela a su aposento!...  
*(Doña Josefina se aproxima.)*

JOSEF. ¿Durará mucho la junta?...

BOLI. Apenas unos momentos,  
¡pues tus amantes palabras  
me dieron impulsos nuevos!  
Pesaré las opiniones  
de mis bravos compañeros,  
y resolveré en segunda  
lo que ya tengo resuelto!  
Esta noche, vida mía,  
por tu amor, capaz me siento  
de conquistar uno a uno  
todos los astros del Cielo  
para hacerte una corona

y ceñirla a tus cabellos!...  
*(Se inclina galantemente y le besa la mano. Doña Josefa, precedida de Zingarello, sale por la puerta de la izquierda. Por la derecha aparecen don Vicente Campo-Elias, Anastasio Girardot, Rafael Urdaneta y Giovanni Bianchi.)*

## ESCENA X

*(Entran Bolívar, Don Vicente Campo-Elias, Anastasio Girardot, Giovanni Bianchi y Don Rafael Urdaneta.*

*(Girardot es joven y rubio, arrogante e impetuoso. Rafael Urdaneta tiene apenas veinticinco años. Naturaleza aristocrática. Perfil de medalla, frente pensadora y mirada serena. Modales distinguidos, espíritu heroico, de sacrificio y seguridad absoluta de sí mismo. Su hablar es reposado y grave, aunque lleno de calor y de vida. Todos lucen vistosos uniformes. Bianchi continúa con su traje de corsario mediterráneo y su aro de oro en la oreja derecha. El sol de los trópicos ha bronceado aún más su tez de pirata argelino. Todos saludan militarmente a Bolívar.)*

**BOLL.** *(Después de haber correspondido con un fuerte apretón de manos al saludo de los oficiales.)*  
 ¡Soldados del honor, libertadores

de la América hispana,  
 antes que vibre el toque de diana  
 quiero saber vuestra opinión, señores!  
 En medio de dos fuerzas superiores,  
 la prez de los ejércitos de España,  
 al pie de esta montaña nos hallamos,  
 y en un solo combate a riesgo vamos  
 los triunfos de diez meses de campaña!...

**BIAN.** *(Adelantándose a todos.)*  
 Sobre el sonoro estruendo de las olas,  
 con el velamen desplegado al viento,  
 miré cruzar las naves españolas,  
 y os puedo asegurar con fundamento,

pues muy cerca, al pasar, las he mirado,  
 que son lo menos diez embarcaciones  
 cargadas de soldados y cañones  
 las que a Puerto Cabello han arribado!...  
 Atacar, me parece una locura,  
 y es jugarse la vida inútilmente  
 buscar en los combates sepultura!...  
 ¡Segregad en guerrillas nuestra gente,  
 que estos son los ardides militares  
 que suelen emplearse en esta guerra.  
 ¡Sin compasión, piratear por tierra,  
 como yo pirateo por los mares!...  
*((Bolívar se pasea agitado por la estancia. Al-  
 gunos cañones se runcen de indignación.))*

RAFA. *(Inclinándose sobre la mesa y señalando dos  
 planos militares.)*

¡La situación es crítica! De un lado  
 el Barbula, y del otro las trincheras!  
 ¡Construyamos un campo atrincherado,  
 despleguemos en él nuestras banderas,  
 y esperemos tranquilos la embestida,  
 pues en esta llanura,  
 pueden nuestros jinetes, con bravura,  
 ganar, como en Taguanes, la partida.  
 Y en caso adverso, su gloriosa espada  
 prolongaría nuestra resistencia,  
 protegiendo a la par la retirada  
 para fortificarnos en Valencia!...

VICENT. Yo, al mismo Monteverde atacaría  
 en las trincheras, y su campamento,  
 sin piedad, a cuchillo pasaría...  
 Prendiera fuego a todo, y luego, al viento  
 ¡las cenizas de todos echaría!...

ANAST. ¡Yo opto también, señor, por el asalto,  
 que la pasividad me desespera!...

BOLI. *(Deteniéndose súbitamente y encarándose con  
 Girardot)*

¡Pues mañana, del Barbula en lo alto,  
 plantaréis vencedor nuestra bandera!  
 Ha sido Monteverde un imprudente  
 al dividir su gente.



interponiendo entre los dos un llano...  
 El Barbula mañana asaltaremos.  
 Si socorrerlo intenta, será en vano,  
 porque en el llano le destrozaremos;  
 que siempre ha sido la Caballería  
 el gran factor del triunfo en las llanuras...  
 ¿Y qué otra fuerza resistir podría  
 los corvos sables y las lanzas duras,  
 que en sus potros salvajes y ligeros,  
 entre alaridos y entre maldiciones,  
 esgrimen nuestros épicos dragones,  
 y blanden nuestros típicos llaneros?...  
 Hay que tomar el Barbula mañana,  
 mientras yo, interceptando la sabana,  
 ataco en su refugio a Monteverde...  
 ¡Cada nuevo minuto que se pierde  
 es un combate que el contrario gana!...  
 Hay que tener la rapidez del rayo,  
 y luchar sin descanso y sin desmayo  
 para desconcertar al enemigo,  
 hasta obligarlo, con la lanza al cuello,  
 a encerrarse otra vez bajo el abrigo  
 de los cañones de Puerto Cabello.  
 ¡Todo el país se ha armado en contra nues-  
 [tra!...  
 ¡Vacilar es morir!... ¡La menor muestra  
 de cansancio o temor nos destruiría!...  
 ¡La infamia acecha, y la traición espía;  
 el pesimismo infunde su presagio!...  
 ¡Sólo la rapidez y la energía  
 puede salvar la patria del naufragio!...  
 Para saciar su fanatismo ciego,  
 Yanes y Cerbériz, a sangre y fuego,  
 devastan las campiñas de Occidente;  
 y por los llanos galopar se siente,  
 como tormenta que atronando avanza,  
 Boves, que, roja, de matar, su lanza,  
 con los fulgores de sus ojos fieros  
 azuza la embriaguez de la matanza,  
 el instinto brutal de sus llaneros!  
 Uno a uno, cual fieras almañas,

hay que cazarlos antes que, reunidos,  
 acaben con los triunfos conseguidos  
 en diez meses de épicas hazañas!...  
 ¡Soldados del deber libertadores  
 de la América hispana,  
 descansad, porque al son de los tambores,  
 el Sol naciente alumbrará mañana,  
 sobre estos verdes bosques tropicales,  
 la más heroica hazaña que la gloria  
 esculpió, en caracteres inmortales,  
 en las tablas de bronce de la Historial...  
*(Anastasio Girardot, Giovanni Bianchi y Ra-  
 fael Urduneta saludan a Bolívar, y salen por la  
 puerta de la derecha. Bolívar, después de salu-  
 dar a don Vicente Campo-Elias, desaparece por  
 la puerta de la izquierda. Campo-Elias se  
 aproxima también a la puerta de la derecha, y  
 en ella aparece el cabo Trujillo, como si hu-  
 biese estado esperando órdenes.)*

## ESCENA XI

*Don Vicente Campo-Elias y el cabo Trujillo.*

CABO. *(Cuadrándose ante Campo-Elias.)*

¡Mi comandante, a sus órdenes!

VICENT. ¡La guardia del general!...

CABO. ¡Está montada en sus puestos!...

VICENT. Me retiro a descansar,  
 que mañana va a ser dura  
 la refriega... ¡Vigilad  
 esta estancia, y avisadme  
 si ocurriese novedad!...

*(Saluda y sale por la puerta de la derecha. El  
 cabo Trujillo se inclina sobre el barandal, como  
 si esperase algo. Después se vuelve recatada-  
 mente y sopla el farol que pende del arco cen-  
 tral. La escena queda sin más claridad que el  
 fulgor, como de arabuche, de la noche cerra-  
 da, que penetra por los huecos de los arcos.)*

## ESCENA XII

El cabo *Trujillo* y la voz de los centinelas.

CENTIN. ¡Centinela, alerta, alerta!...

OTRA. *(Más lejana.)*

¡Centinela, alerta está!...

CABO. *(Estremeciéndose a la voz del centinela.)*

¡Mucho mejor, centinelas,  
que vuestra insomne lealtad,  
le vigila mi venganza  
con la mano en el puñal!...

*(Pequeña pausa. Se acerca a la puerta de la derecha, observa y la cierra cautelosamente. Después se aproxima a la izquierda y permanece un instante espiondo.)*

¡Todo quedóse sumido  
en una paz sepulcral!...

¡En venir tarda el mulato,  
y para mi ardiente afán,  
cada minuto que pasa  
es como una eternidad!...

*(Por el hueco del arco central se encarama cautelosamente una sombra. El cabo Trujillo se desliza hasta ella.)*

## ESCENA XIII

El mulato *Machado*, el Cabo *Trujillo* y voces de centinelas.

MACH. ¡Llegó el momento, Trujillo!...  
Con rapidez hay que obrar,  
porque las tropas realistas  
aquí se encaminan ya.  
¿Conoces el aposento?...

CABO. A mano derecha está  
del corredor, y la llave  
conseguí inutilizar!...  
¡A ti te dejo la dama;  
yo me encargo del galán!...

- MACH. *(Impulsando al cabo Trujillo hacia la puerta de la izquierda.)*  
¡Pues, adelantel...
- CABO. ¡Adelantel!...  
Crees tú que voy a temblar,  
cuando hasta la cruz le hunda  
en el pecho este puñal?...  
*(Los dos desenvainan sus puñales, y avanzan cautelosamente.)*
- MACH. ¡Todo cuanto he padecido,  
bien vale el goce infernal  
que mi odio saborea  
su venganza al consumir!...  
*(De pronto rasga el silencio la voz lejana del centinela. Los dos se detienen cerca del umbral, estremecidos de pavor.)*
- VOZ. ¡Centinela, alerta, alerta!...
- OTRA. *(Más lejana.)*  
¡Centinela, alerta está!...
- MACH. ¡Y ahora, firmeza en el pulso  
para poder asestar  
certera la puñalada!...  
¡Y que Dios y Satanás,  
de Bolívar y su dama,  
tengan a un tiempo piedad!...  
*(Empujan la hoja de la puerta de la izquierda, y penetran por ella con los puñales desenvainados. Hay un momento de silencio. El alba empieza azulear en la lejanía timidamente. La escena queda sola. De súbito resuena un disparo, y salen precipitadamente por la puerta de la izquierda el mulato Machado y el cabo Trujillo. El primero avanza tambaleándose, con la mano apoyada en el pecho. El segundo corre hacia el arco del fondo. Tras ellos aparece Zingarillo con una pistola humeante aún en una mano, y en la otra la espada. Escena rápida.)*

## ESCENA XIV

*Zingarello, el mulato Machado y el Cabo Trujillo*

- MACH. *(Tambaleándose, y yendo a caer en la mesa del centro.)*  
¡Maldición!...
- CABO. *(Corriendo hacia el arco del centro.)*  
¡Nos ha fallado el golpe!...
- MACH. *(Expirando.)*  
¡Me muerol!...
- ZINGA. *(Perseguiendo al cabo Trujillo.)*  
¡Atrás!...  
¡Traición que trama la envidia la deshace la lealtad!...  
*(Vuelve a disparar sobre la sombra del cabo Trujillo, que salta por el barandal. Resuenan un grito, y por la puerta de la derecha aparecen don Vicente Campo-Elias, Anastasio Girardot, Rafael Urdaneta, Giovanni Bianchi, Guillen Torres, Mateo el Seminarista y soldados. Los oficiales entran con las espadas desnudas, y los soldados con antorchas y farolas. Por la puerta de la izquierda tambien aparece Simón Bolívar con la espada desnuda. Gran movimiento escénico. En las cumbres empieza a clarear el día.)*

## ESCENA XV

*Don Simón Bolívar, Rafael Urdaneta, Doña Josefina Machado, Zingarello, Don Vicente Campo-Elias, el mulato Machado, Anastasio Girardot, Giovanni Bianchi, Mateo el Seminarista, Guillen Torres, oficiales y soldados.*

- VICENI. Mas, ¿qué pasa?..
- ANAST. ¿Qué sucede?..
- ZINGA. ¡Señores: al general dos traidores intentaron esta noche asesinar!...  
El uno cayó sin vida.

*(Señalando al mulato Machado. Todos se inclinan a reconocerlo a la luz de las farolas.)*

¡Su cadáver contemplad!...

¡Y el otro, también herido,  
saltó por el barandall...

*(Señalando al arco central.)*

BOLI. ¡Mi cariño, Zingarello,  
sabrà premiar tu lealtad!...

JOSEF. ¡Es el liberto Machado!...

*(Contemplando el cadáver.)*

BOLI. ¿Y el otro?...

TOMAS. *(Abriéndose paso entre todos, y cuadrándose ante Bolívar.)*  
¡Descanse en paz!...

### ESCENA ULTIMA

*Dichos y Tomás Sánchez.*

TOMAS. Vigilaba yo la hacienda,  
pues me gusta vigilar  
todos los lugares donde  
pernocta mi general,  
cuando escuché los disparos,  
y a un hombre miré saltar  
por esa baranda, huyendo.  
Las garras le logre echar...  
Temeroso, confesóme  
las urdimbres de este plan...  
Por él supe que Machado,  
para poder acabar  
con todos, dió el santo y seña  
al ejército Real...  
La noticia, presuroso,  
corri a dar a un oficial,  
para que estén prevenidos.

VICENT. ¿Y el traidor?

TOMAS. ¡Descansa en paz!...  
¡Cuello que mi mano oprime  
no cobra vida jamás!...

BOLI. ¡Obligado me tenéis!

TOMAS. ¡Gracias, señor oficial!...  
(Casi llorando de emoción.)

¿Oficial?...

BOLI. ¡Desde este instante,  
en pago a vuestra lealtad!...  
(Resuena la diana. La aurora empieza a resplandecer, tiñendo de púrpura las cumbres del Barbula. Bolívar, señalando hacia el fondo.)

El sonoro clarín toca a diana,  
y en las cumbres del Barbula florece,  
como un rosal de gloria, la mañana!...  
¡Es un sol sin ocaso el que amanece,  
para alumbrar con luces inmortales  
el heroísmo épico, y la gloria  
de esta fecha ejemplar en los anales  
inmarcesibles de la patria Historia!...  
(Tomando una bandera y entregandosela a Girardot.)

¡Oid, Girardot, a vuestro heroico brio  
la enseña de la patria le confío!...

¡Y en la cima del Barbula quisiera,  
vencedora de todos los eventos,  
ver flotar, a la gloria de los vientos,  
la gloria tricolor de esa banderita!...  
¡Ya, nobles y valientes paladines,  
(Dirigiéndose a todos.)

os llaman al combate los clarines,  
y sus primeros rayos el sol vierte!...  
¡Id al asalto con la frente erguida,  
(Señalando con el brazo la cumbre del Barbula,  
que resplandece como si fuese de oro.)

bajo el arco triunfal de la mañana!...  
(Girardot despliega la bandera. Todos los soldados tienden la mano hacia el Barbula, como si pronunciasen un silencioso juramento.)

Ya sabéis la consigna: ¡Guerra a muerte!...  
¡Porque la guerra a muerte dará vida  
a la gloriosa patria colombiana!...  
(Resuena un nuevo toque de clarines. Bolívar se dirige a los soldados, señalándoles la bandera.)

¡Tras esa enseña hacia en combate vuela,  
soldado del derecho y del honor!...

TOMAS. *(Frenético de entusiasmo.)*

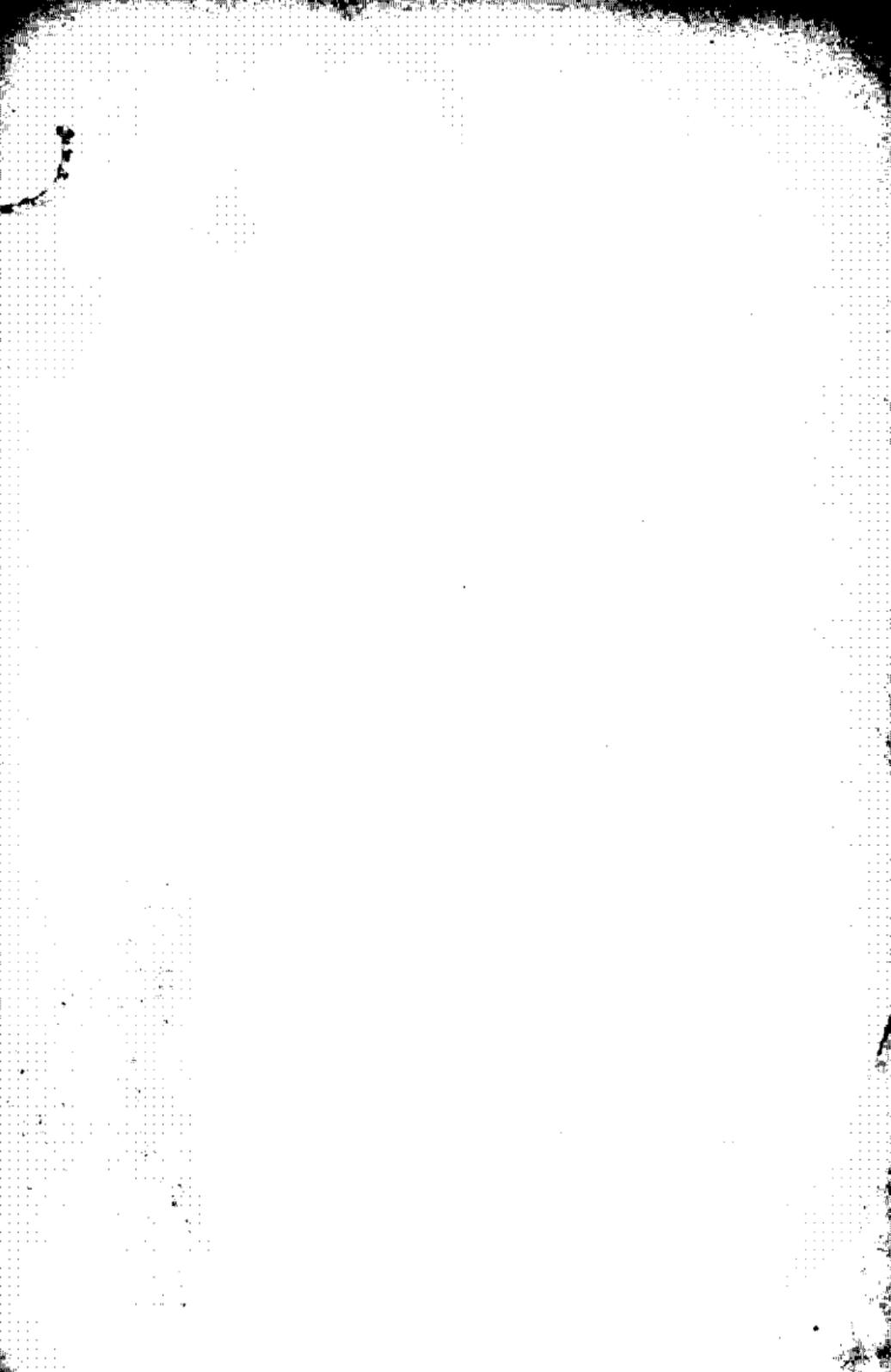
¡Viva el Libertador de Venezuela!...

TODOS. *(En un clamor de entusiasmo, mientras redoblan los tambores y vibran los clarines en una diana de triunfo.)*

¡Viva el Libertador!...

*(Cae el*

TELON





Imp. Artística Saez Hermanos  
Murte 21 Telef. 16244 Madrid

20530